

BREVE HISTORIA de las...
CIUDADES
DEL MUNDO CLÁSICO
Ángel Luis Vera Aranda

La fabulosa historia de las más importantes ciudades del mundo clásico y sus impresionantes monumentos arquitectónicos como el Partenón, el Coliseo, el templo del bosque de Dafne, el Faro de Alejandría, el Artemision, la Avenida de las Columnatas...

BREVE HISTORIA DE LAS CIUDADES DEL MUNDO CLÁSICO

Ángel Luis Vera Aranda



Colección: Breve Historia

www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de las ciudades del mundo clásico

Autor: © Ángel Luis Vera Aranda

Director de colección: José Luis Ibáñez

Copyright de la presente edición: © 2010 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTv

Reservados todos los derechos del texto de este libro. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-916-3

Libro electrónico: primera edición

A mi hijo Ángel Luis.

Índice

Introducción

Capítulo 1: Las grandes aportaciones griegas al urbanismo. Atenas y la polis clásica: la ciudad monumental

- La polis arcaica

- Los cimientos de la grandeza ateniense

- Atenas camina hacia su edad de oro

- El esplendor ateniense en la época de Pericles

- El lento languidecimiento de una polis

- La visita del emperador Adriano, el último resurgir de la grandeza clásica

- La decadencia y destrucción de una polis clásica

Capítulo 2: Alejandría, un emporio cultural tolemaico en el delta del Nilo

- La ciudad de Alejandro

- Los primeros Tolomeos

- El estancamiento durante los últimos Tolomeos

- La Alejandría romana: crecimiento demográfico, apogeo económico y esplendor cultural

- Comienza la crisis: el cristianismo y el final de la Gran Biblioteca

- El triste final de la Alejandría clásica: los árabes y el islam

Capítulo 3: Las ciudades helenísticas en el Próximo Oriente. Antioquía: la gran olvidada del mundo clásico

- La fundación de Antioquía

- La Reina de Oriente

- Antioquía romana

- El comienzo de la decadencia

- La furia de la tierra se ceba sobre Antioquía

Capítulo 4: Los orígenes de Roma y el desarrollo del urbanismo romano durante el periodo republicano

- Las grandes etapas de la evolución urbana romana

- El origen y la consolidación de la antigua Roma

- Crecimiento y desarrollo de la ciudad republicana

- Una nueva época de expansión

Capítulo 5: La Roma de los césares, el centro del mundo hace dos mil años

- El auge y el apogeo de la etapa imperial

Las causas de la decadencia

La época de la crisis

El último momento de esplendor

La ruina de la Roma clásica

La muerte de la Roma imperial

Capítulo 6: Otras ciudades de la antigüedad clásica: Seleucia, Ctesifonte, Éfeso, Pérgamo y Petra

Seleucia, una metrópolis helenística

Ctesifonte, la capital de los partos y los persas sasánidas

Éfeso

Petra

Pérgamo

Bibliografía

Introducción

Grecia y Roma son dos de las civilizaciones que más aportaciones han hecho a la Historia. Con ellas, el mundo antiguo, heredero de los egipcios y de los mesopotámicos, llegó a su esplendor. Durante más de un milenio, los griegos primero y los romanos después llevaron la cultura a un grado de desarrollo que el mundo no había contemplado hasta entonces, y que volvería a tardar otros mil años en contemplar.

Los griegos desarrollaron el pensamiento y el conocimiento. Suyas son las grandes aportaciones teóricas que sentaron las bases de la ciencia moderna. Los romanos llevaron a la práctica los grandes avances de los griegos. Fueron ellos quienes los difundieron y los llevaron a su culmen en todo el ámbito del mar Mediterráneo. Ambas culturas destacaron en muchos aspectos, pero nosotros nos centraremos en su urbanismo.

En un principio, las aportaciones griegas al urbanismo no fueron particularmente destacadas. Hasta el siglo VIII a. C. las *polis* o ‘ciudades griegas’, eran pequeños asentamientos de escasa población y con poca extensión. Pero a partir de ese momento, el crecimiento demográfico significará también el aumento de la extensión del espacio edificado. Cuando este crece, la mente organizada e inquieta de los griegos les lleva a plantearse la necesidad de racionalizar ese desarrollo urbano. Hasta entonces, las polis habían crecido de una manera anárquica, sin apenas preocuparse de su planificación o de la organización del espacio, pero los responsables de las ciudades y los propios ciudadanos eran conscientes de la necesidad de diseñar la ciudad del futuro.

En el siglo V a. C. Grecia inicia una desigual lucha contra el mayor imperio que había en ese momento, el persa. Este reacciona contra la sublevación de las ciudades griegas de la costa jonia (en la actual península turca de Anatolia) arrasando algunas polis (en particular Mileto, como represalia a los griegos por haber incendiado anteriormente Sardes, la capital donde residía el *sátrapa* o ‘gobernador persa’), como castigo por haberse rebelado. Aquella guerra entre David y Goliath acaba sorprendentemente con el triunfo de los que, en principio, parecían más débiles, los griegos. Y, aprovechando aquel momento de euforia, el genio griego se muestra con toda su brillantez y es el urbanismo uno de los aspectos en los que se hace patente.

Pocos años después de la destrucción de estas ciudades, un urbanista griego llamado Hipódamo recibe el encargo de diseñar un plano para la reconstrucción de la ciudad de Mileto. Hipódamo traza una nueva urbe basada en la línea recta, con manzanas rectangulares que se cortan en ángulos de noventa grados, rodeadas de calles que siguen esa misma línea. Es el plano que, en urbanismo, se conoce como *ortogonal*, ya que todos los ángulos del mismo se cortan con líneas rectas y son, por tanto, iguales. Hipódamo aplica el plano por primera vez en Mileto, y fue tal su éxito que a este tipo de plano lo conocemos como plano *hipodámico*. El triunfo de ese trazado no solo se reduce al área de la propia Grecia o a sus costas en el mar Egeo. Cuando, en el último tercio del siglo IV a. C., el macedonio Alejandro Magno emprende una de las epopeyas más increíbles de la humanidad, la conquista de todo el mundo conocido al oriente del Mediterráneo, la civilización griega se extiende por todos esos territorios, y con ella también lo hace su concepción del urbanismo.

Cuando Alejandro murió en el 323 a. C., sus generales pelearon duramente por conservar la herencia del gran rey. En esas continuas luchas que tuvieron lugar, los *diádocos* o ‘sucesores’ se empeñaron en hacer grande la herencia griega, no solo en lo político o militar, sino también en lo cultural. Pocos años después, esos generales acabaron por proclamarse reyes de sus respectivos territorios. Y dado que una de las tareas de todo reino es procurarse una capital digna de ser considerada como tal, los diádocos se preocuparon de construir ciudades que hicieran su gloria imperecedera.

Así aparecieron urbes como Alejandría en Egipto, que ya había iniciado el propio Alejandro; Seleucia o Antioquía, cuyos nombres proceden de algunos de los generales que habían acompañado al rey macedonio en sus campañas. En todos los casos, los urbanistas que llevaron a la práctica los proyectos de sus soberanos, es decir, de los diádocos, copiaron el diseño hipodámico que tantísimo éxito había tenido. La ortogonalidad presidió la planificación urbana de las ciudades que, con el tiempo, acabaron albergando en su interior a cientos de miles de personas.

Siempre se ha dicho, no sin razón, que Roma fue la heredera directa de la cultura y de la civilización griega, y esa afirmación cobra todo su sentido si la aplicamos al caso del fenómeno urbano. En el siglo II a. C., los romanos entraron en contacto con el mundo griego, y en pocas décadas se hicieron con el control del decadente mundo helénico. Pero los romanos, pueblo práctico como pocos en la historia, supieron reconocer la grandeza y el mayor desarrollo de la civilización que habían conquistado, y no solo la hicieron suya asumiendo cuanto pudieron de ella sino que, en la medida de lo posible, la superaron y de esa forma contribuyeron a un nuevo desarrollo del mundo helenístico. Como en tantos otros terrenos, los romanos copiaron también de los griegos los avances del urbanismo y, de ese modo, el plano hipodámico se extiende por todo el territorio mediterráneo, en forma de colonias romanas y de nuevas fundaciones de ciudades.

Pero cuando Roma asimila la civilización griega, la capital del que luego sería el mayor imperio del mundo antiguo tenía ya detrás una historia de casi seis siglos y, a lo largo de ese extenso periodo de tiempo, el espacio edificado de la misma se había extendido ya considerablemente. Roma había crecido durante todos esos siglos de manera anárquica, y aunque los romanos aceptaron rápidamente la idea de la ortogonalidad aplicada a las nuevas fundaciones urbanas, se resignaron también a la realidad de conservar su gran capital como un conjunto desordenado de calles y de viviendas con escasas posibilidades de transformación.

Hubo algunos grandes hombres en la antigua Roma que intentaron modificar esta estructura del plano, pero todos sus esfuerzos chocaron con la realidad con la que se encontraron previamente. Finalmente, se desistió ante la imposibilidad de crear de nuevo una ciudad que poco a poco se iba acercando a la asombrosa cifra, para aquel tiempo, de un millón de habitantes.

Sin embargo, los romanos aceptaron plenamente el orden urbano de los griegos y decidieron aplicarlo en las ciudades que crearon de nueva planta. Por toda la zona mediterránea fueron apareciendo nuevos asentamientos que repetían, cada vez que el espacio disponible lo permitía, el ya clásico plano hipodámico.

Roma hizo también algunas aportaciones novedosas. Centuraciones, *castrum*, foro (que sustituyó al ágora griega), cardo, decumano, *mundus*, etc., son conceptos que aparecen por primera vez en el urbanismo de esta época. Tingad (en la actual Argelia), Tarraco (la actual Tarragona, en España), Volubilis (en Marruecos, hoy día), Cartago (muy cerca de la moderna Túnez), Leptis Magna (junto a la actual Trípoli, en Libia) y una gran cantidad de nuevas ciudades copian este diseño una y otra vez.

y, en muchos casos, su impronta ha llegado hasta nuestros días con la pervivencia del plano ortogonal, a pesar de los dos milenios que han transcurrido.

En este libro vamos a acercarnos, brevemente, a los dos grandes modelos existentes en época clásica, el ortogonal, que vendrá representado por Alejandría, Seleucia, Éfeso y Antioquía; y el desordenado o irregular, que tendrá como ejemplos a Pérgamo, Petra, Atenas (la más antigua de todas las ciudades que veremos y, por tanto, muy anterior a las teorías hipodámicas) y Roma, centro del mundo antiguo.

Esta excepcionalidad del urbanismo romano nos lleva a plantear de diferente forma la evolución urbana de la gran ciudad imperial. Por una parte, Roma es probablemente la ciudad más monumental que existe en el mundo, al menos desde la perspectiva que nos interesa del mundo clásico. Por otra, es sin duda la ciudad sobre la que poseemos más información sobre su urbanismo en este periodo histórico. Es por ello que el planteamiento que hacemos en esta obra no puede ser el mismo para el caso romano que para cualquiera de las restantes ciudades. En estas últimas tendremos que centrarnos forzosamente en aspectos más generales, ya que las huellas del mundo clásico son bastante escasas en la actualidad, quizás con la excepción de Atenas, cuya época de esplendor aún es visible hoy día en algunos de los monumentos que hicieron de ella una gran ciudad de la época clásica. En Roma se conservan, en mejor o peor estado, buena parte de las grandes obras que se llevaron a cabo hace dos milenios, y ello nos permite plantear de forma muy distinta y con mayor profundidad los dos capítulos que le hemos dedicado al urbanismo de la ciudad eterna.

En los capítulos que siguen desarrollaremos, por tanto, los aspectos más importantes del urbanismo de todas estas ciudades, centrándonos tanto en su enorme crecimiento demográfico, como en su grandeza monumental, haciendo referencia a aquellas grandes construcciones que con el tiempo se han ido perdiendo o deteriorando, pero que fueron en su época la admiración y el asombro de quienes las contemplaron.

El Partenón y la diosa Palas Atenea, el Olimpeion o la biblioteca de Adriano, en Atenas; la gran avenida de las columnatas o el bosque de Dafne, en Antioquía; el gigantesco Taq i Kusra (también llamado Taq i Kisra) o palacio blanco del rey sasánida Cosroes, en Seleucia-Ctesifonte; el Artemision o la biblioteca de Celso, en Éfeso; la Gran Biblioteca, el Museion, el Soma o el Faro de la Alejandría tolemaica; los foros imperiales, las termas de Caracalla o Diocleciano, el mausoleo de Adriano, el Circo Máximo o el anfiteatro Flavio, en Roma, son ejemplos de espectaculares monumentos que, o bien han desaparecido, o bien han llegado a nuestros días muy transformados o en condiciones que impiden reconocer en ellos su antigua grandeza.

En este volumen hemos querido dotar de una gran importancia a un fenómeno que habitualmente otras obras que tratan esta temática suelen omitir o describen de una forma superficial, el de la desaparición de estas grandes ciudades y el legado que conservaban en su interior. Por regla general, los autores suelen referirse al mismo de una manera genérica y abstracta, recurriendo a los tópicos al uso: la crisis demográfica, las invasiones de los pueblos bárbaros, la crisis política y económica, etc. Pero no se suele entrar en las causas más importantes que propiciaron su degradación. Es interesante analizar este hecho para comprobar cómo, en muchos casos, fue la propia naturaleza, y no solo el afán destructivo de los hombres, quien llevó a cabo esa tarea. Hay algo muy curioso en este sentido, y es que la mayor parte de las ciudades entraron en crisis en la misma época y, su destrucción, o al menos la pérdida de su legado monumental, tuvo lugar casi al mismo tiempo en todas ellas.

Atenas fue la primera en experimentar la sacudida. En el año 267 d. C., los godos la saquearon de tal forma que ya nunca más se recuperó. Pero fue la labor destructiva de los terremotos entre el 522 y el 551, la que junto con inundaciones del río Erídano, causarían definitivamente el fin de la Atenas clásica.

Por el contrario, en Alejandría fue un suceso poco conocido, pero de un gran dramatismo. En el 365, un gigantesco maremoto sumergió a buena parte de la ciudad bajo las aguas del Mediterráneo, en cuyo fondo permanecen hasta hoy muchos de los edificios más significativos del mayor centro cultural del mundo en la antigüedad. Las luchas entre facciones religiosas entre el 391 y el 415 (que aparecen reflejadas por el director cinematográfico español Alejandro Amenábar en su película sobre Hipatia de Alejandría titulada *Ágora*) fueron la causa final de buena parte de sus monumentos, cuando fanáticos cristianos procedieron a la destrucción de su legado pagano.

Seleucia-Ctesifonte también desapareció bajo la acción de las aguas, pero en este caso no fue el mar, sino el río Tigris cuyo caprichoso cauce invadió en el siglo V el espacio urbano de la ciudad y lo sepultó bajo varios metros de limo, arrastrando por otra parte cuanto encontró a su paso.



Estado actual de la ciudad de Éfeso con el teatro en primer plano y la vía Arcadiana que conducía al puerto. Hoy día el mar se halla a cinco kilómetros de este lugar debido a los depósitos de sedimento del río Cayster.

Roma experimentó también terremotos e inundaciones, pero en este caso sí fue la labor destructiva de los hombres la que llevó a la desaparición de la mayor urbe de toda la antigüedad. En el escaso lapso de tiempo que media entre los años 410 y 549, Roma sufrió cinco horribles saqueos, de los que tardó en recuperarse casi mil años. El abandono posterior y su transformación en la principal ciudad del cristianismo hicieron que se perdiera buena parte del extraordinario legado de la época imperial.

Éfeso también sufrió la furia destructora de los godos en el 262, dos terribles temblores en los años 358 y 368 y un imparable proceso de sedimentación de los limos del río Cayster que enterraron la ciudad a más de cuatro metros de profundidad e hicieron retroceder la costa más de cinco kilómetros cegando el puerto.

Antioquía, por último, fue quizás la que peor suerte tuvo. Tres terribles terremotos la sacudieron hasta sus cimientos entre el 526 y el 588, en los que se dice que murieron miles de personas. Entre medio de ellos, la conquista persa en el 538 acabó por destruir la que fue conocida en su tiempo

como la Reina de Oriente, y es quizás la ciudad cuyo legado peor se ha conservado de todas, aunque posiblemente todavía quede mucho por descubrir bajo la actual Antakya, en donde la urbanización continúa la labor destructiva iniciada por las fuerzas tectónicas hace un milenio y medio.

En las páginas que vienen a continuación, intentaremos ofrecer al lector una panorámica de los principales acontecimientos que vivieron estas ciudades. Nos dedicaremos en especial a su historia urbana y demográfica, haciendo especial énfasis en el legado monumental que las caracterizó, pero también intentaremos dar algunas pinceladas de la vida política, económica y social de las mismas, aunque siempre en relación con la evolución urbana.

Las grandes aportaciones griegas al urbanismo. Atenas y la polis clásica: la ciudad monumental

En el centro de la región del Ática, en el territorio que conocemos como Grecia, se encuentra situada una meseta de unos trescientos metros de largo por ciento treinta y cinco de ancho, aproximadamente. Su altura máxima sobre el nivel del mar es de ciento cincuenta y seis metros, y el perímetro total de la superficie de esa planicie es de unos ochocientos metros. Ese promontorio elevado recibe, desde hace varios miles de años, el nombre de *acrópolis*, término que en lengua griega quiere decir ‘la ciudad alta’. Hubo acrópolis en muchas ciudades, pero la Acrópolis por excelencia es la ciudad alta de Atenas.

Si buscáramos el origen de nuestra cultura occidental, la respuesta más acertada nos llevaría probablemente a ese lugar, la Acrópolis y, por extensión, a toda la ciudad de Atenas.

Allí, y en el territorio que la rodea, se produjeron, hace unos dos mil quinientos años, cambios y transformaciones que dieron lugar a lo que hoy denominamos la civilización occidental, que no es sino una herencia directa de la cultura clásica grecolatina.

La Acrópolis es hoy un espacio medio en ruinas, rodeado por una gran ciudad en la que viven varios millones de personas. Pero, en su momento de máximo esplendor, la ciudad era muy distinta a la que conocemos hoy. Como si de una triste y trágica rutina se tratara, muchos pueblos llegaron después y, por regla general, se empeñaron con ahínco en la tarea de derribar, destruir y hacer desaparecer los vestigios que aquella brillante civilización griega había creado.

Pero, con todo, esos monumentos eran de tal importancia que ni siquiera siglos de abandono, de incuria y de barbarie consiguieron hacer desaparecer lo que todavía muchas personas veneran como el origen de su cultura y de su civilización.

Hace unos cinco mil años, la Acrópolis empezó a ser habitada. En aquellos momentos, la civilización de la península balcánica se encontraba en la etapa cultural que los historiadores llaman los inicios de la Edad del Bronce, por ser este metal el más representativo de las armas y objetos que se fabricaban en aquel periodo. Aproximadamente en aquella época, empezaron a construirse en la cima de la meseta y en sus laderas, viviendas, pozos, tumbas y también alfares. La meseta estaba estratégicamente situada, ya que desde ella se dominaba perfectamente la amplia llanura del Ática que la rodeaba.

Durante más de mil años, la vida cambió poco en este lugar. Pero hacia el año 1400 a. C. se estaba extendiendo por Grecia una civilización procedente del sur, de la península del Peloponeso, a la que, dado que era Micenas la ciudad desde la que se expandió, llamamos civilización micénica.

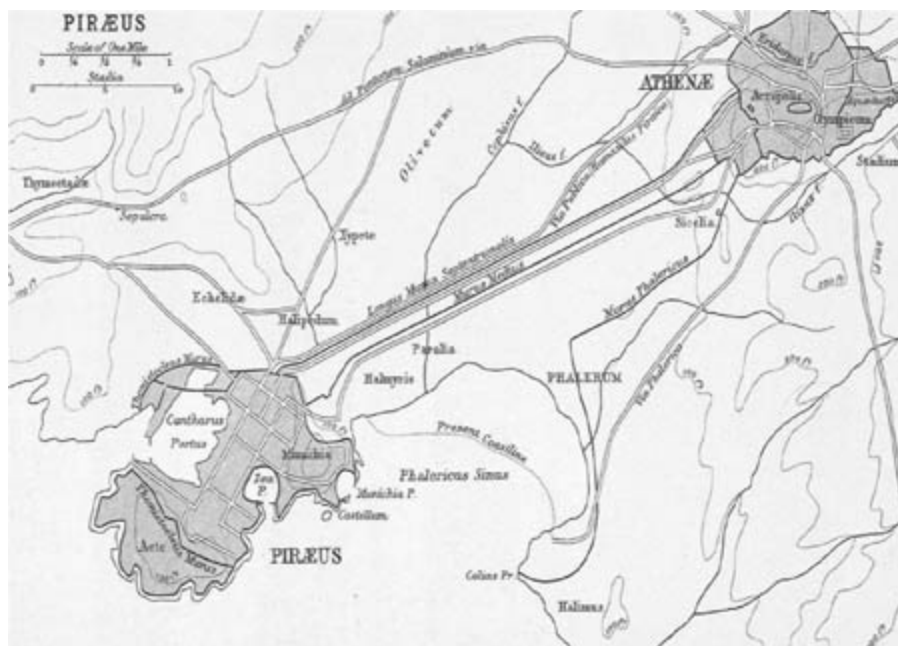
En su expansión hacia el norte, los micénicos llegaron al Ática, observaron el pequeño poblado que existía en aquella colina elevada y, conscientes de su importancia estratégica, decidieron ocuparla. Para los recién llegados era evidente que, en una sociedad guerrera como aquella, las

elevaciones como la que tenían ante ellos, garantizaban la seguridad ante posibles invasores debido a la dificultad de acceso que ofrecían las zonas altas.

De esta manera, expulsaron probablemente a los antiguos habitantes que vivían en la Acrópolis, la fortificaron con una muralla con aparejo ciclópeo, esto es, de grandes bloques de piedra, y construyeron en su interior un edificio al que llamaron palacio, para que en él se asentara el gobernador o mandatario de las personas que allí se ubicaron.

LA POLIS ARCAICA

Durante un siglo y medio, las condiciones políticas en Grecia cambiaron poco, y el asentamiento existente en la Acrópolis se desarrolló sin especiales problemas. Pero, a mediados del siglo XIII a. C., la situación empezó a cambiar. La inseguridad ante los ataques de pueblos procedentes del norte aumentó, y en la mayor parte de Grecia los núcleos habitados tuvieron que organizarse de diferente forma para hacer frente al peligro creciente.



Plano de la antigua Atenas, El Pireo y los Muros Largos, que conectaban a la ciudad con el puerto en época clásica.

De esta forma, hacia el 1250 a. C., empezó a reforzarse el muro de la Acrópolis ante el temor de que se produjera un ataque de estos invasores, a los que conocemos genéricamente como dorios. La muralla se hizo más poderosa y en el interior de la misma se erigió, cerca del palacio, un santuario dedicado a la diosa Atenea. Por esta época, se debieron de empezar a realizar enterramientos en el sector que luego sería conocido como el barrio del Cerámico.

A mediados del siglo XII a. C., la situación se complicó mucho más y los pueblos invasores se hicieron con el control de la Acrópolis. Expulsaron a los micénicos, cuya civilización estaba por entonces en crisis y pronto desaparecería. Poco después los jonios, otro de los pueblos invasores, rechazaron a su vez a los dorios y, a continuación, ocuparon también la Acrópolis.

Toda esta situación quedó reflejada siglos más tarde en una de las obras literarias más importantes que se escribieron en la antigua Grecia, la *Iliada*, cuyo autor fue el gran poeta Homero. Según la descripción que se hace del Ática en esta obra, Atenas, que era el nombre que ya se le

aplicaba a la población en honor a su diosa de la sabiduría, protectora y patrona de la ciudad, era todavía un lugar de poca importancia, al igual que las tierras que la rodeaban, pero no obstante es la primera mención que conservamos sobre la aparición de la ciudad.

En este momento, y durante varios siglos, Atenas debió de ser un pequeño poblado sin apenas importancia que controlaba las tierras de su alrededor. En él, como en tantas otras polis, se inició una dinastía de reyes que duró algo más de un siglo.

A partir de mediados del siglo XI a. C., el poblamiento se iba consolidando en la ciudad. La población ya no solo ocupaba la Acrópolis, sino que se iba extendiendo por la base de la misma, en el sector llamado entonces Asty y que hoy conocemos como el Ágora. En este momento, las calles atenienses eran pequeñas y angostas. No existía ningún tipo de planificación urbana, y las viviendas que había eran pequeñas cabañas hechas con adobe.

El poblamiento seguía siendo aún muy reducido, aunque iba creciendo lentamente. Durante los siglos X y IX a. C., fueron apareciendo un conjunto de poblados agrícolas compuestos por granjas, caseríos y pequeñas aldeas por toda la zona del Ática. La cercana Acrópolis siempre podía ser utilizada como zona de refugio en caso de que la llanura fuese atacada por algún enemigo, algo que sucedió muchas veces a lo largo de la historia. Pero, posteriormente, cuando Atenas creció y fue imposible resguardar su población en el Ática, hubo que buscar nuevas formas de defenderse ante los diferentes ataques y destrucciones que sufrió la ciudad a lo largo del tiempo.

Sin embargo, hacia el siglo VIII a. C. la situación cambió. En Grecia comenzaron a producirse una serie de transformaciones que repercutieron también positivamente sobre la llanura del Ática, donde la población comenzó un proceso de fuerte crecimiento que duraría varios siglos. El comercio se incrementó, la población aumentó, e incluso fue necesario buscar nuevas tierras. Esto se llevó a cabo con el objetivo de que las personas que no podían subsistir en el Ática, debido al excedente de población, partieran hacia otras zonas alejadas que, sin embargo, fueran ricas y tuvieran poca población nativa. Se inició de esta forma el proceso que conocemos como la colonización griega del Mediterráneo.

Esta situación se produjo también en Atenas debido a un fuerte crecimiento demográfico, a partir del año 775 a. C. aproximadamente. La mejora de las técnicas agrícolas permitió en un principio abastecer a esta población creciente. De esta manera, no solo mejoró en lo económico, también en lo político aparecieron cambios que condujeron paulatinamente a una unificación de todos los poblados que hasta entonces existían dispersos por el Ática.

Fue en este momento, en el periodo que denominamos arcaico, cuando empezó a construirse el Ágora en la zona que rodea a la Acrópolis. El ágora era el lugar de reunión pública que existía en todas las ciudades griegas importantes. En él tenía lugar el mercado público, pero también era el centro de la vida política y social, ya que en esta zona se fueron concentrando con el tiempo la mayoría de los edificios públicos y administrativos que hacían que la ciudad funcionase eficazmente. Será, por tanto, en este momento cuando aparezcan edificios como el *Bouleuterion*, o ‘sala del consejo de la ciudad’; los primeros pequeños santuarios dedicados a dos dioses: Zeus y Apolo; la *stoa* o ‘pórtico’ del Basileus o del Rey, donde se custodiaba también la antigua legislación de la ciudad; el Pritaneo, donde se reunían los senadores, aunque también era el edificio que se utilizaba como granero público, pues era allí donde se daban las comidas que el Estado ateniense ofrecía a sus ciudadanos más distinguidos; y, finalmente, también se construyó un primitivo tribunal.

Debido a todas estas construcciones, el Ágora ateniense se convirtió rápidamente en el centro de

la vida de la ciudad. Con el tiempo, los romanos copiarán su utilización y lo trasladarán a todos sus dominios, aunque ellos le darán un nombre distinto: el foro.

El hecho de que en él se ubicase la plaza del mercado daba también al Ágora un importante carácter económico y no solo político. Talleres, tiendas, templos y otros servicios se fueron instalando en el mismo. Mientras que la Acrópolis se convertía con el tiempo en el centro militar y religioso de la ciudad, el Ágora lo fue de la vida cívica y ciudadana.

LOS CIMIENTOS DE LA GRANDEZA ATENIENSE

En el siglo VII a. C., Atenas ya empezaba a convertirse en la gran ciudad que sería pocas centurias después. La economía seguía creciendo y la población lo hacía también al amparo de esta. Pero no todo era positivo para la ciudad. Con el aumento demográfico, la población agrícola también crecía en gran cantidad y, pese a que la emigración no había dejado de incrementarse, llegó un momento en el que la tierra disponible para el campesinado del Ática no era suficiente para dar trabajo a todos ellos. De esta forma, muchos campesinos empezaron a contraer deudas, y cuando estas se hicieron imposibles de pagar, apareció el terrible proceso que conocemos como esclavitud. Los deudores perdieron su libertad, y fueron sometidos de tal forma que perdieron su rango de hombres libres, pasando a servir a sus antiguos acreedores en forma de esclavos.

La civilización ateniense, que consiguió grandes logros que hoy día siguen asombrando a la humanidad, no fue capaz, sin embargo, de crear un sistema más justo y menos inhumano para la redención de las deudas. La brutalidad y la irracionalidad que suponía convertir a miles de hombres y mujeres en esclavos de otros, perdiendo todos sus derechos y quedando reducidos a la mera categoría de objetos o de cosas, a efectos legales y jurídicos, es algo que hoy día nos sigue causando vergüenza. Algunos legisladores, como Dracón o Solón, intentaron promulgar leyes que evitaran esta situación, pero casi nunca lo consiguieron de forma eficaz. Es más, en el caso del primero de ellos, a pesar de ser considerado como uno de los grandes sabios de Grecia, las leyes que propuso eran tan duras y tan difíciles de cumplir que la expresión «leyes draconianas» la seguimos empleando cuando nos queremos referir a un castigo excesivamente duro y que pretende dar un severo escarmiento a quien ha infringido una determinada norma.

A mediados del siglo VI a. C. la situación comenzó a cambiar. El Ática se estaba especializando en la producción de vides y de olivos, y en la consiguiente exportación de vino y de aceite, mientras que, por el contrario, comenzó a importar trigo de las zonas costeras del mar Negro para alimentar a su hambrienta población. Esta nueva situación de la economía provocó una mayor especialización del campesinado y la llegada de trabajadores cualificados a la ciudad (artesanos, comerciantes, artistas, etc.), hecho auspiciado por el aumento del nivel de vida que experimentó la misma.

Por esta época subió al poder el primero de los tiranos atenienses, Pisístrato, cuyo gobierno se encaminó a la mejora cultural y económica de la ciudad. Es preciso aclarar que la palabra *tirano* no tenía en aquella época el mismo sentido peyorativo que le damos hoy, sino que era parecida a la que actualmente utilizamos como ‘rey’. En este contexto, Pisístrato inició una serie de obras que, con el tiempo, acabarían convirtiendo a Atenas en la ciudad más culta del mundo gracias a sus artistas, escritores y científicos, así como en uno de los lugares más monumentales de la antigüedad.

Como ejemplo de las grandes obras de Pisístrato, se erigió el Hecatompedón, un templo de treinta metros de largo que se consideraría, a partir de entonces, modelo de los templos clásicos

griegos, el primero de grandes dimensiones sobre la Acrópolis, que sustituyó a los primitivos santuarios allí existentes hasta entonces.

Pisístrato también ordenó construir un palacioresidencia en esta misma colina; comenzó las obras del gigantesco Olimpeion, o templo de Zeus Olímpico, que tardaría muchos siglos en ser concluido; erigió la primera fuente pública para dotar de agua fresca al sector norte del Ágora, la cual se canalizaba mediante un acueducto que se construyó para que abasteciera de agua a la sedienta ciudad; mandó que se reestructurara la explanada que existía hasta entonces en la pendiente de la colina ateniense denominada Colonos Agoraios, y finalmente inició la construcción del templo arcaico de Atenea dedicado a Atenea *Polias*, o Atenea ‘de la ciudad’, ya que se la consideraba la diosa que protegía a Atenas.

Sus hijos, Hiparco e Hippias, continuaron la labor de su padre y mantuvieron tanto el periodo de crecimiento económico, como la tarea de embellecer Atenas y dotarla de nuevos monumentos acordes con la importancia que iba tomando la ciudad. A ellos se les debe también el florecimiento cultural de la misma, pues con su mecenazgo sobre las artes y las letras atraieron también a numerosos poetas, dramaturgos, arquitectos, escultores, etc.

De esta forma erigieron una nueva fuente pública, esta en el lado sur del Ágora; el altar de los Doce Dioses, que sirvió a partir de aquel momento como punto de referencia desde donde se calculaban las distancias desde Atenas al resto de las ciudades, y ya a finales de su gobierno se inició también la construcción del templo de Afaia en Egina, en las proximidades de Atenas.

A finales del siglo VI a. C. subió al poder Clístenes. Su gobierno es muy importante para Atenas y casi podría mos decir que para el resto del mundo, pues fue Clístenes quien inició las reformas políticas que, poco tiempo después, darían lugar al surgimiento del primer sistema democrático que conocemos.

Quizás la democracia es, de todas las grandes aportaciones que legó la cultura griega (y en particular la ateniense) a la humanidad, la más importante de todas ellas. Su origen tuvo lugar en Atenas, y desde allí se irradió al resto del mundo, aunque en ese lento proceso hubo muchos altibajos y retrocesos, y todavía hoy hay pueblos que no han alcanzado el orden, la racionalidad y el sentido común que el pensamiento democrático y la libertad impulsaron entre los antiguos atenienses.

Clístenes no solo destacó por ser el primero en dar los pasos hacia lo que llamamos ‘el gobierno del pueblo’ (pues ese es el significado de las palabras griegas que dan origen a la palabra *democracia*), sino que además continuó la política de sus antecesores embelleciendo la ciudad y dotándola de monumentos cada vez más importantes y grandiosos.

Aunque su gobierno no duró mucho (510-507 a. C.), fue en su época cuando se llevó a cabo la primera gran reforma del Ágora, con la realización de una serie de obras, entre ellas el levantamiento del pórtico de Zeus Eleuteros, un nuevo Bouleuterion y el edificio circular denominado Tholos. También continuó las lentas obras del Olimpeion, pero por esta época, hacia el año 500 a.C. solo se había construido el *estilóbato* o ‘plano superior en el que se debía asentar el futuro templo’, así como algunas de las majestuosas columnas del mismo.

Fue en este momento cuando comenzaron las obras para la construcción del templo de Delfos, situado en un lugar relativamente próximo a la ciudad y que tendría una gran influencia sobre la misma. Esto era debido a que la *sibila*, o ‘mujer que adivinaba el futuro’, tenía allí su sede, lo que permitió que los atenienses la consultaran repetidamente a lo largo de su historia, y lo que es más importante, hicieron por regla general caso a sus recomendaciones, lo que a veces fue decisivo para

la propia Atenas.

ATENAS CAMINA HACIA SU EDAD DE ORO

En el siglo V a. C. tuvo lugar el apogeo de la ciudad, y estamos tentados de decir que también el de la civilización griega y, por extensión, el apogeo del mundo clásico, aunque esta última afirmación sea quizás discutible.

En esos cien años, Atenas brilló como muy pocas ciudades lo han hecho a lo largo de la historia. Y, al menos desde un punto de vista de su contribución a la cultura universal, no parece que haya ninguna otra que lo haya hecho con tanta brillantez y con tanta importancia, como lo hizo esta metrópolis durante la época del más grandioso de sus ciudadanos: Pericles.



El estado de la Acrópolis en el año 500 a. C. Obsérvese cómo estaba en construcción el primitivo recinto del Partenón, que fue posteriormente destruido por los persas.

El siglo comenzó con vientos de guerra. Las ciudades griegas del mar Egeo se habían rebelado contra el Imperio persa que las sojuzgaba, y Atenas tomó parte en esa lucha apoyándolas. Este hecho acabaría teniendo terribles consecuencias para su caserío y sus monumentos, pero sobre todo hizo que, al menos durante el primer cuarto de siglo, las obras y las actuaciones urbanas se paralizaran en

gran medida debido a que el esfuerzo de la guerra canalizó las energías atenienses en otra dirección más urgente e importante.

Por este motivo, la política constructiva se dedicó a proporcionar a la ciudad sólidas defensas y las mejores fortificaciones posibles. En este sentido, los gobernantes de la época, encabezados por Temístocles, fueron conscientes de la necesidad de dotar a Atenas de un puerto seguro en el que se pudiera fondear la escuadra de la ciudad, puesto que esta armada era la base de su poder militar, ya que en tierra los atenienses tenían adversarios que los superaban claramente, como los persas o los espartanos.

Por eso, desde comienzos de siglo, los esfuerzos constructivos se centraron en la creación y fortificación de un buen puerto. El lugar elegido fue un promontorio rocoso en la costa cercana a Atenas, un lugar al que se le conocía como El Pireo. Allí se iniciaron las obras hacia el año 493 a. C. que se prolongarían durante varias décadas.

El Pireo fue construido por el que quizás fue el mayor urbanista de la antigüedad, Hipódamo de Mileto. En el diseño del puerto aplicó su gran invención, el plano regular o cuadriculado, que también se conoce por su propio nombre, el plano hipodámico. Hipódamo levantó una acrópolis en la colina de la Muniquia, de ochenta y seis metros de altura, entre los puertos de El Pireo y del Falero, y rodeó todo el conjunto del puerto con una muralla para protegerlo.

En ese intervalo de tiempo, los atenienses tuvieron que hacer frente al primer ataque persa en el año 490 a. C., y de él salieron victoriosos al repeler al ejército que se dirigía hacia la ciudad, enfrentándose a sus enemigos en la famosa batalla de Maratón, en la que resultaron claramente vencedores. Se cuenta de esta batalla que tuvo lugar en la ciudad del mismo nombre, situada a algo más de cuarenta kilómetros al norte de Atenas, que los atenienses estaban esperando ansiosamente noticias del enfrentamiento. Si sus hombres resultaban derrotados, la población civil indefensa tendría que salir huyendo, pero esto lo harían después de prender fuego a la ciudad, para que, de esta forma, los persas solo encontrasen ruinas en ella cuando la conquistasen. Para evitar esta destrucción, nada más acabar la batalla, se le encargó al mejor corredor que había en el ejército ateniense, un tal Filípides, o Fidípides según otras fuentes, que fuera corriendo a la ciudad para contar la noticia e impedir tanto la huida de sus compatriotas, como, sobre todo, la destrucción de la urbe. Filípides corrió tanto que, cuando llegó exhausto a la ciudad, solo pudo decir «¡Victoria!», y, según esa narración, falleció a continuación debido al supremo esfuerzo realizado. En su honor se celebra hoy día la carrera de maratón, la más larga del programa olímpico, que fue instituida en el mismo año desde que se iniciaron los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna, en la propia Atenas, en el año 1896.

El triunfo ateniense fue seguido de un sentimiento generalizado de alegría en la ciudad, y esta se propuso agradecer convenientemente a sus dioses protectores por haber ayudado a defenderla y haberla protegido contra el enemigo persa. De esta forma, se procedió al derribo del primitivo templo períptero (rodeado de columnas) del Hecatompedón en la Acrópolis, y en su lugar se inició la construcción de un nuevo templo dedicado a la diosa *Atenea Partenos* ('Atenea la Virgen'), protectora de la ciudad, del que se deriva el nombre de *Partenón*, o 'templo de la Virgen'.

Pero la derrota persa solo había sido el comienzo de una larga lucha. El poderoso aunque distante Imperio persa no estaba derrotado por completo, sino que solamente había perdido un contingente de soldados relativamente pequeño. De esta forma, un nuevo rey persa, Jerjes I, decidió darle un severo escarmiento a la ciudad que se había atrevido a humillar al orgulloso imperio tras

vencer a sus tropas. En circunstancias normales, Atenas habría sido rápidamente arrasada por los persas, al igual que le había sucedido anteriormente a otras ciudades griegas, pero esta vez la fortuna jugó a su favor. Los persas tuvieron que sofocar varias rebeliones que surgieron a la misma vez en su vasto imperio, a consecuencia de lo que algunos pueblos sometidos al yugo persa entendieron como una debilidad tras su derrota en Maratón. Por ello, Jerjes tuvo que pasar varios años luchando contra estas rebeliones, antes de volver su ira contra los atenienses.

Estos eran conscientes de lo que se les venía encima, y empezaron a prepararse para el siguiente ataque persa. Con el fin de implicar al mayor número posible de ciudadanos en la lucha, Temístocles decidió reformar el sistema democrático, dándole mayor poder a la asamblea del pueblo de Atenas. De esta forma, los atenienses se sentirían más motivados aún en la defensa de su ciudad.

En el año 483 a. C., tuvo lugar un hecho imprevisto pero enormemente afortunado para Atenas. A pocos kilómetros de la ciudad, en una zona denominada Laurion, se descubrieron unas importantes minas de plata. Temístocles propuso que con la riqueza que se obtuviera de ellas, Atenas debería construir una importante flota para defenderse contra el previsible ataque persa. No fue fácil convencer al pueblo ateniense de que «su» plata se tenía que invertir en fabricar barcos de madera, pero finalmente se impuso la sensatez y la previsión de su líder, y se emprendió un ambicioso proyecto para poner en el mar nada menos que a doscientos trirremes. Esta decisión sería a la larga la salvación de la ciudad y le permitiría a Temístocles hacerse un lugar en la historia para la eternidad.

En el año 480 a. C., un formidable ejército persa, del que se decía, de forma bastante exagerada, que debía de constar de doscientos cincuenta mil hombres (pero sí probablemente de más de cien mil), se presentó en Grecia al mando de su soberano, Jerjes. Atenas estaba perdida, pero Temístocles había dispuesto un plan para salvar a sus habitantes. Se tenía que evacuar a toda la población a las islas cercanas, donde estaría protegida por la flota recién construida. Pero para ello, había que detener el avance persa hasta que diera tiempo a sacarlos de la ciudad. Para conseguir esto, trescientos espartanos a las órdenes de Leónidas, rey de Esparta, y varios miles de griegos más (beocios, tebanos...) se sacrificaron en el paso de las Termópilas, mientras le daba tiempo a la población del Ática a ponerse a resguardo. Su sacrificio no fue en vano. Cuando los persas acabaron con ellos y llegaron a Atenas, la ciudad había sido ya prácticamente abandonada.



Vía de las Panateneas en el Ágora. El dibujo presenta una reconstrucción del espacio principal de Atenas.

Jerjes decidió vengarse, tanto de esta huida como de la anterior derrota del ejército persa, y ordenó que se saqueara la ciudad, en especial todas las construcciones del Ágora y de la Acrópolis, y que fuesen incendiados ambos lugares. También dio órdenes de saquear el tesoro del santuario de Delfos, así como todo lo que se pudiese arrebatarse a los escurridizos griegos. Mientras esta destrucción tenía lugar, la población ateniense se había refugiado en la isla de Salamina, protegida por su escuadra, y allí fueron a buscarla los barcos persas. El encuentro entre las flotas griega y persa se produjo en el golfo de entrada a la isla, y fue allí donde en el año 480 a. C. tuvo lugar una de las grandes batallas navales de la historia. El triunfo griego fue completo, y los barcos de la escuadra persa acabaron derrotados y hundidos o salieron huyendo para escapar del acoso griego.

Ahora los persas se encontraban aislados en medio del Ática, en una ciudad en ruinas y con los campos de los alrededores devastados, con lo cual difícilmente podían encontrar alimento para abastecer a tan alto número de soldados. Sus posibilidades de regresar a Persia habían desaparecido, ya que, carentes de flota y con el mar en manos atenienses, no era posible atravesar los estrechos que los separaban de su patria. Decidieron pues acampar cerca de la todavía humeante Atenas y tratar de pasar el invierno lo menos mal posible. Conocedores de esta circunstancia, los atenienses y el resto de los griegos decidieron atacarlos, ya que los persas se hallaban muy debilitados por las penurias sufridas durante el invierno pasado. Los atenienses y espartanos se enfrentaron con ellos en Platea, una ciudad cercana a Atenas, separada de ella por el río Asopo, y allí destruyeron a la mayor parte del ejército persa. Atenas se había salvado de los persas, y esta vez de forma definitiva.

Cuando los atenienses regresaron a su ciudad, la encontraron destruida y arrasada, pero su espíritu les llevó a proponerse la reconstrucción inmediata de la misma, y de una manera mucho más rica y ostentosa de lo que hasta entonces había sido. Lo primero que hicieron para garantizar su seguridad fue construir unas nuevas murallas, si cabe más poderosas que las anteriores, de manera que ningún ejército los volviera a sorprender prácticamente desguarnecidos. Estas nuevas murallas poseían trece puertas, y su perímetro no sería sobrepasado por el crecimiento urbano hasta seis siglos después, ya en la época del emperador romano Adriano. Por otra parte, en el 476 a. C. el puerto de El Pireo estaba ya prácticamente acabado en sus aspectos principales. La escuadra ateniense dispondría en él de una base fundamental en la que resguardarse y esperar a su entrada en acción.

Se emprendió también una política urbana de embellecimiento de la ciudad, y pronto se dispuso la creación de parques y de edificios destinados al uso público: el Teseion, en el lado oeste del Ágora, al pie de la Acrópolis; un nuevo Tholos, donde albergar a los *pritanos* o ‘magistrados’, y también dos muros largos de unos seis o siete kilómetros, uno hacia Falero, al norte, y otro más importante hacia El Pireo, hacia el sur. Este último era la clave de todo el sistema defensivo.

El levantamiento de los Muros Largos, o las Largas Murallas, tuvo lugar entre los años 475 y 457 a. C., y cuando estuvieron terminados la ciudad se encontró rodeada de un doble muro de unos siete kilómetros de largo y con un espacio interior de ciento sesenta y siete metros de ancho que protegía la vía de comunicación desde Atenas hasta El Pireo. De esta forma, se pensaba que se podría abastecer a Atenas mediante los alimentos que su flota desembarcara en el puerto y que se podrían hacer llegar hasta la ciudad. Así, esta podría soportar largos asedios sin tener que volver a evacuar a su población nunca más.

Por aquel entonces, Temístocles había dejado de ser el máximo dirigente de Atenas, pues había sido condenado al ostracismo, es decir al exilio, ya que los griegos para decidir quién debía ser expulsado de la ciudad escribían el nombre de la persona en trozos de cerámica a los que denominaban *ostraka*. Unos años después, alcanzó el poder el líder del partido democrático, Pericles. Durante su periodo de gobierno, entre el año 461 y el 429 a. C., Atenas alcanzó el momento culminante de su grandeza, hasta el punto de que se suele denominar a esta etapa el siglo de Pericles.

Pocas veces en la historia una ciudad se ha encontrado en su seno con tal pléyade de figuras relacionadas con todos los ámbitos de la cultura, como ocurrió con la Atenas de este periodo. Fue una etapa dorada que rara vez volvería a tener parangón posteriormente, si es que alguna vez ha existido algún caso similar.

Pericles inició su gobierno con dos decisiones muy diferentes, pero muy importantes para la posterior historia de Occidente. Por una parte, decidió que para que todo el mundo pudiera tener acceso a los cargos públicos, incluso los hombres libres entre los atenienses más pobres, era necesario pagar un salario a los políticos, ya que, si no recibían una compensación económica, solo aquellos que tuvieran suficiente dinero podían dejar sus actividades habituales para participar en la tarea del gobierno de la ciudad. A Pericles se le tiene comúnmente, a raíz de esta decisión, por el padre de la democracia, aunque en realidad no es del todo cierta esa afirmación, puesto que hacía ya medio siglo que este sistema político imperaba en Atenas; ahora bien, él lo dotó de la necesaria base popular que requiere todo auténtico sistema democrático, aunque sentara también un precedente singular al proponer aquel pago económico a quienes se encargaran del gobierno ciudadano.

En segundo lugar, Pericles tomó una decisión bastante discutible, pero que a la larga permitiría la construcción de algunas de las obras de arte más brillantes de todos los tiempos: decidió que el tesoro de Delos no se custodiase en aquella isla, donde estaba muy expuesto a los ataques de los piratas, sino en la propia Atenas.

Tras la derrota de los persas, Atenas había propuesto crear una especie de confederación o liga de ciudades griegas bajo su hegemonía que se reunían periódicamente en Delos y que, tras aportar una parte de sus riquezas para el mantenimiento de la liga, el tesoro resultante que se acumulaba con estas donaciones se custodiaba en el santuario de dicha isla. Pericles consideró que el dinero estaría mejor guardado en Atenas, y ordenó que se sacara de Delos y se llevara a su ciudad. Pero la riqueza acumulada en el santuario era tan enorme que Pericles no pudo resistir la tentación de emplearla para embellecer la urbe. Ya que los persas habían destruido Atenas, y esta los había derrotado, ¿por qué no utilizar el dinero de todos los griegos para construir una capital digna de su nación? Fue una decisión arbitraria y sin duda injusta, pero permitió que a las generaciones posteriores les fueran legadas unas obras de arte de una categoría como muy pocas veces se han elaborado a lo largo de toda la historia.



Dibujo que muestra una reconstrucción del Partenón en su momento de máximo esplendor en el siglo V a. C.

Con dinero, imaginación, deseos de cambiar su ciudad y en paz, Pericles se dispuso a acometer obras de una envergadura como hasta entonces no se habían conocido. Se inició esta política edilicia con el templo de Hefestión, en el Ágora. A la misma vez, el Bouleuterion era transformado en archivo y templo de la diosa madre o Metroon. También se inició la construcción del templete de Hefaistos. Pero, a partir de 447 a. C., esas pequeñas transformaciones se multiplicaron con la remodelación del conjunto de la Acrópolis.



Reconstrucción actual de la estatua crisoelefantina de Palas Atenea del Partenón. Se encuentra en la ciudad estadounidense de Nashville.

Pericles encargó al arquitecto Ictinio la construcción de un nuevo templo dedicado a Palas Atenea que sustituyera al que existía hasta entonces. Es el Partenón que hoy día conocemos, aunque actualmente y desde hace siglos se halle en ruinas. Ictinio, junto con Calícrates, ambos arquitectos,

levantaron en quince años un enorme templo de mármol de unos setenta metros de largo por treinta de ancho. El encargado de esculpir las estatuas fue el escultor griego más grande de toda la historia, y uno de los más grandes de todos los tiempos: Fidias.

Mientras esta magna obra se llevaba a cabo, Pericles ampliaba sus actuaciones urbanas por toda Atenas e incluso fuera de ella, como ocurrió con el templo dórico del cabo Sunión que habían destruido los persas.

Entre estas obras destacan los *propileos* o ‘puertas monumentales para acceder a la Acrópolis’; el odeón para espectáculos musicales, el pórtico de Zeus Eleutheros, en mármol y toba, con ochenta metros de longitud; el Erecteion; el templo de Atenea Niké; el Asklepion; el teatro de Dionisos; y el templo de mármol de Ares, dios de la guerra. También se restauró el Ágora, en donde se construyeron el pórtico del sur, el pórtico real, la *stoa* Poikilé y el pórtico de Hermes; y, sobre todo, se realizó la vía Sagrada, en la parte central del Ágora, encargada al arquitecto Mnesicles, que la amplió entre los años 435 y 432 a. C.

Entre los años 438 y 436 a. C., Fidias realizaba la gran estatua crisoelefantina de Palas Atenea (de marfil y con cien kilos de oro, aunque hay historiadores que elevan esta cantidad a cuarenta y cuatro talentos de peso, que equivalen a mil ciento cuarenta kilos de oro, o lo que es lo mismo, el coste que supondría construir una flota de doscientos treinta trirremes, más de setecientos talentos de la época), que se ubicó dentro del Partenón y alcanzaba una altura de doce metros.

No solo fueron las grandes construcciones de edificios públicos las que le dieron grandeza a Atenas, sino que la propia ciudad experimentó también un considerable crecimiento urbano y demográfico. De esta forma, se expandió el barrio del Pnyx, en el que se hacinaban viviendas de todo tipo, en medio de unas calles angostas e irregulares. Estas calles eran en realidad estrechos pasadizos sinuosos y sin pavimentar. En ellas solía haber bastante suciedad, ya que el saneamiento, que se realizaba mediante sumideros en los desagües que iban a parar finalmente a las cloacas, era bastante deficiente. Esta situación representaba un claro contraste con la gran belleza de las obras de arte que se llevaban a cabo en la Acrópolis y sus alrededores.



Reconstrucción del conjunto monumental de la Acrópolis tal y como debió de ser aproximadamente hacia el siglo V a. C.

La mayoría de las casas privadas atenienses de esta época eran construcciones pequeñas e irregulares, con pisos de tierra. Se encontraban agrupadas alrededor de patios. En estos solía haber un pozo del que se abastecían sus habitantes. O también podían hacerlo del agua de lluvia cuando no era posible localizar el agua subterránea mediante pozos.

A partir del siglo VI a. C., no se permitieron más enterramientos dentro de la ciudad. Por ese motivo, se ubicó una necrópolis en el barrio extramuros del *Kerameikos* o del ‘Cerámico’, donde se localizaban los talleres de la mayor parte de este tipo de artesanos. También se construyeron numerosas tumbas alrededor de las vías de acceso a la ciudad.

La Atenas de Pericles no solo destacó por sus monumentos y su urbanismo, sino sobre todo por el gran número de personalidades de todo tipo relacionadas con la cultura y con la ciencia. En este sentido, como ya hemos dejado sentado, la ciudad no ha tenido parangón probablemente en toda la historia con ninguna otra.

Además de los mencionados Ictinio, Calícrates, Mnesicles, Hipódamo o Fidias, escritores como Esquilo, Sófocles o Eurípides vivieron en la ciudad en aquellos prodigiosos tiempos. También lo hicieron los filósofos Sócrates y Protágoras; historiadores como Heródoto y Tucídides; científicos de la talla de Anaxágoras, Leucipo o Demócrito; médicos como Hipócrates, y una larga lista que no es posible enumerar aquí en su totalidad.

Los florecimientos del arte, la ciencia y la cultura en general, así como la propia riqueza no podían ir sino unidos a un crecimiento demográfico que es difícil de establecer con precisión. Hacia el año 430 a. C., que es cuando probablemente Atenas y la región del Ática alcanzaron su máximo nivel demográfico, la población de la región que rodeaba a la ciudad, y que alcanzaba el nada

despreciable territorio de dos mil seiscientos kilómetros cuadrados, podía estar habitada por un total de más de medio millón de personas.

Es difícil saber cuánta de esta población vivía dentro de los muros de Atenas. Los cálculos son muy dispares, y fluctúan entre ciento cincuenta mil y doscientas cincuenta mil personas. Conocemos con cierta precisión el número de ciudadanos libres en su momento de máximo esplendor, unos cuarenta y cinco mil hombres entre dieciocho y sesenta y un años que podían servir en el ejército, y unos veinte mil *metecos* o ‘extranjeros’. A estos se podrían unir sus familiares y también los esclavos. Pero no es posible calcular su número exacto. De ahí que cualquier estimación esté condenada a tener una escasa fiabilidad.

Sin duda Atenas se encontraba en esta etapa en su momento de máximo apogeo, pero incluso los más brillantes periodos tienen su punto culminante y su crisis. En el caso ateniense esta llegó por dos motivos. En primer lugar, porque en el año 431 a. C. la barbarie de la guerra regresó a Grecia, y en este caso no se trató de un enemigo exterior, sino que fueron los propios griegos los que iniciaron un largo y duro enfrentamiento al que conocemos como guerra del Peloponeso. Durante casi veintiocho años, atenienses y espartanos se enfrentaron en una larga y destructora lucha sin cuartel, que acabó condenándolos a ambos a la decadencia.

Como consecuencia de los desastres de la guerra y de las privaciones que los atenienses tuvieron que sufrir encerrados tras los Largos Muros, al año siguiente de estallar aquella apareció una nueva catástrofe aún mayor. Se trató de algún tipo de epidemia a la que se ha conocido como peste, aunque los investigadores que la han estudiado están convencidos de que debió de ser alguna otra clase de enfermedad diferente. Fuera lo que fuera, la «peste» devastó a Atenas y durante los tres años que duró se llevó a la tumba a más del 20% de su población, entre otros a su gran líder Pericles.

A pesar de tanto desastre, las obras monumentales, aunque se redujeron considerablemente, no desaparecieron del todo. En pleno enfrentamiento bélico se acabó de construir el templo de Atenea Niké o Victoriosa, el pórtico de las Cariátides sobre la tumba del mítico rey Cecrops, el santuario de Dionisio Eleutheros, el dedicado a Asclepios, el estilóbato o gigantomaquia de la Acrópolis, la balaustrada de mármol de los Propileos, y se finalizó también el templo del Erecteion con sus Cariátides.

Y no deja de resultar sorprendente que todo esto se pudiera levantar a pesar del terrible esfuerzo bélico al que estaban sometidos los atenienses. La ciudad estaba completamente arruinada, los tributos que sus gobernantes tuvieron que imponer a la sufrida población para costear los gastos de la guerra eran elevadísimos. En el 406 a. C., cuando los acontecimientos bélicos habían situado a Atenas al borde del colapso y de la derrota total, se recurrió a una solución desesperada, fundir los ornamentos de oro y de plata de la Acrópolis para construir una nueva y última flota, cuyo concurso de nada sirvió, pues la guerra ya estaba finalizando con la completa derrota de los atenienses.

Dos años después, Atenas se rindió a Esparta. La ciudad jamás volvería a recuperarse de la tragedia vivida. Nunca volvería a ser considerada una ciudad grande, aunque eso sí, seguiría viviendo de su prestigio y de su pérdida grandeza durante muchos siglos, y de alguna forma, aún lo continúa haciendo hoy día.

EL LENTO LANGUIDECIMIENTO DE UNA POLIS

Hacia el año 400 a. C., Atenas aún contaba con unas diez mil viviendas según el historiador

Jenofonte. En ellas debían de vivir algo menos de cien mil personas, y es que la ciudad había perdido más de la mitad de su población a causa de la guerra y de las epidemias. Los espartanos decidieron castigarla todavía más, obligando a que los Largos Muros que la protegían fuesen completamente demolidos para que ningún ateniense pudiera refugiarse nunca más detrás de ellos. Aun así la paz trajo, como es lógico, sus ventajas. Los atenienses, a pesar de la derrota, no habían perdido las ganas de vivir. De esta forma, pocos años después del final de la guerra, se inició la construcción en piedra de un nuevo teatro, el de Dionisio, en sustitución del que existía hasta entonces. También se construyó el Argirokopeion, o Casa de la Moneda.

Por esta época, a principios del siglo IV a. C., el filósofo Platón adquirió unos terrenos que poseía un tal Akademos a un kilómetro de Atenas. Allí fundó la que sería una de las escuelas filosóficas más importantes de la antigüedad, y a la que conocemos con el fundacional nombre de la Academia. Nombre que, por extensión, se ha dado posteriormente a muchas instituciones relacionadas con el saber y con la cultura. Medio siglo más tarde, en el 336 a. C., era otro filósofo, Aristóteles, el que fundaba una nueva escuela de filosofía, el Liceo, cuyo nombre proviene de que el edificio se ubicaba muy cerca del templo de Apolo *Lykeios*, es decir, Apolo ‘el Matador de Lobos’.

Sin embargo, la atonía constructiva y urbana dominó a la ciudad durante la mayor parte de este siglo. Solo en el último tercio del mismo, se emprendieron algunas construcciones dignas de mención. Por ejemplo, la reparación y el reforzamiento de algunas de sus fortificaciones, como los Muros Largos o la puerta del Dipylon. Los espartanos habían sido también derrotados, y los atenienses aprovecharon su debilidad para preparar a la ciudad para nuevas guerras, en este caso contra un enemigo procedente del norte: los macedonios.

En este periodo que va desde el año 340 a. C., aproximadamente, hasta el 319 a. C., Atenas, al hilo del expansionismo griego por Oriente con el macedonio Alejandro Magno, aprovechó la coyuntura para reemprender temporalmente su programa de reformas y de construcciones urbanas.

Así se erigió la Linterna de Lisícrates, que aún se conserva en el barrio de Plaka, para conmemorar el triunfo de este autor dramático en las fiestas dionisiacas. Se construyó en el Ágora la *stoa* de Licurgo, sobre un antiguo templo de Pisístrato. Finalizó la construcción del teatro de Dionisio, que se había iniciado más de medio siglo antes, y que llegó a tener una capacidad máxima de nada menos que diecisiete mil espectadores. También se remodeló la calle de los Trípodes y se construyó el templete jónico del santuario del templo de Apolo Patroos. Pero, sobre todo, Licurgo llevó a cabo la construcción del primitivo estadio olímpico Panatenaiko, en el que veintidós siglos después se celebrarían los primeros Juegos Olímpicos de la historia moderna. Finalmente, se erigió en una cueva de la Acrópolis el monumento corégico a Trasilo.

El hecho de que Atenas y su gran orador Demóstenes tomaran parte en la oposición contra el gran conquistador que fue Alejandro Magno, implicó una nueva desgracia para la ciudad. Tras la muerte del mismo, los atenienses decidieron rebelarse contra los herederos del soberano macedonio, pero uno de ellos, el general Antípatro, destruyó definitivamente la flota ateniense un año después de la muerte del gran macedonio. Atenas nunca recuperó su grandeza en el mar, como un siglo antes la había perdido en tierra.

El siglo III a. C. traería nuevas desgracias a la ciudad. Los galos penetraron en el Ática y sometieron a saqueo tanto el santuario de Delfos como la región circundante. Paradójicamente, pocos años antes se había construido en Atenas una fortaleza en la cima de la colina de las Musas con el objeto de favorecer su defensa. En cualquier caso, no se trató de un saqueo particularmente

destrutivo como el que habían cometido los persas dos siglos antes.

En este contexto, y para pagar las deudas que había contraído con los soldados que defendían la ciudad, en el año 295 a. C., un gobernante local llamado Lacares decidió fundir el oro que cubría la estatua de Atenea Partenos, sustituyendo el metal por un baño dorado de bronce. Esto no dejaba de ser otro símbolo evidente de la decadencia ateniense.

Atenas continuó vegetando durante un largo tiempo sin apenas sufrir nuevas tragedias, pero también sin intervenir en la vida política, económica o cultural de su tiempo. Sin embargo, su grandeza y su prestigio histórico continuaban intactos, y esto tuvo una gran importancia en el siglo II antes de nuestra era, ya que una serie de soberanos de otras tierras adoptaron la curiosa costumbre de regalarle importantes monumentos y edificios para que su nombre quedase ligado al de la gran ciudad de Pericles. Fue un extraño caso de generosidad interesada, como no se ha dado muchas veces en la historia.

El primero en inaugurar esta costumbre fue el rey Eumenes de Pérgamo, que ordenó construir un enorme pórtico de ciento sesenta y tres metros de largo en el año 197 a. C. para unir el teatro de Dionisio con el lugar donde se encontraba el odeón de Pericles. Dos décadas después, el propio Eumenes mandó construir un monumento, que hoy día se conoce como el «monumento de Agripa», rematado en su parte superior por una quadriga. En este contexto de recuperación de la ciudad, se iniciaron de nuevo las paralizadas obras del Olimpeion o templo de Zeus Olímpico.

A mediados del siglo II a. C., y bajo el control de los nuevos conquistadores romanos que se habían adueñado de Grecia por aquella época, la actividad constructiva volvía a ser importante en Atenas y la ciudad comenzaba a expandirse por segunda vez bajo el auspicio de la llamada *Pax romana*. Y es que a Roma la habían proclamado capital de la provincia que acababa de crear en Grecia, hecho que la favoreció enormemente.

Es el momento de la creación de la *stoa* de Átalo II de Pérgamo, en el sector oriental de la Acrópolis, para que sirviera de paseo de los atenienses y para que en ella se ubicasen comercios. Se trataba de un enorme edificio para el mercado público con ciento doce metros de largo por veinte de ancho. Se construyeron también los gimnasios de Diógenes y de Ptolomeo y un pórtico más en el Ágora. El prestigio cultural de la ciudad seguía atrayendo a monarcas generosos y deseosos de dejar su impronta en la urbe, para que, de esa forma, su nombre quedara ligado a la misma.

La recuperación de Atenas hubiera seguido su lento camino, de no ser porque la ciudad tomó una decisión desgraciada que a la larga le costaría muy cara. En el contexto de las guerras que los romanos sostenían contra Mitrídates VI, rey del Ponto (reino ubicado en lo que hoy es el noreste de Turquía), los atenienses decidieron aprovechar la ocasión para rebelarse contra sus nuevos amos y ponerse de parte de los enemigos de Roma. Cuando los romanos derrotaron a estos últimos, sus deseos de venganza no se hicieron esperar y sometieron a la ciudad a un cruel y despiadado castigo.

En el año 86 a. C., las tropas del general romano Sila entraron en Atenas y practicaron en la misma un salvaje pillaje por haber apoyado a Mitrídates. Las destrucciones fueron terribles: desaparecieron los bosques sagrados, se incendiaron numerosos edificios públicos, sobre todo los del lado sur del Ágora, que desaparecieron, fue destruido el odeón de Pericles, las murallas se derruyeron sistemáticamente, las estatuas acabaron derribadas de sus pedestales, y muchas obras de arte fueron saqueadas y llevadas a Roma como botín de guerra. La necrópolis del barrio del Cerámico fue abandonada, pues tal fue la devastación a la que la sometieron los romanos que incluso los cementerios se resintieron de la furia vengativa de los soldados de Sila.

Cuando la tragedia acabó, Atenas se hallaba totalmente postrada, vencida y humillada. Buena parte de la ciudad permaneció en ruinas durante mucho tiempo, y sus habitantes jamás volverían a tomar una decisión política importante hasta casi dos mil años más tarde.

No obstante, como en otros casos (Cartago o Jerusalén, por ejemplo), los romanos decidieron que no se debía mantener el castigo durante tanto tiempo, y más a una ciudad como Atenas, que había sido uno de los grandes faros de la cultura del mundo de su tiempo. Por eso, décadas después, permitieron que la ciudad empezara a reconstruirse y a recuperarse, una vez que se les había pasado el afán de venganza que los había llevado casi a su destrucción.

En la segunda mitad del siglo I a. C. empezaron a realizarse algunas obras tendentes a la recuperación de lo destruido. El odeón de Pericles comenzó de nuevo a ser reconstruido. A la misma vez se inició el levantamiento de uno de los monumentos más curiosos que aún se recuerdan de la antigüedad, la denominada Torre de los Vientos, de planta octogonal, en cuyo interior se colocó un reloj de agua atribuido a Andrónico, además de otros sistemas de estudio del tiempo atmosférico.

Esta nueva etapa de prosperidad llegaría con uno de los más grandes políticos de todos los tiempos, Augusto. Durante el casi medio siglo en el que estuvo al frente del Imperio (27 a. C. - 14 d. C.), el primer emperador centró buena parte de sus esfuerzos en recuperar la grandeza perdida por la capital griega. Al principio de su periodo como gobernante, Atenas aún había sido descrita por Estrabón, uno de los grandes geógrafos griegos de la antigüedad, como una ciudad arruinada y casi despoblada; sin embargo, a la muerte de Augusto en el año 14 de nuestra era, la situación había empezado a cambiar considerablemente.

Augusto inició un programa de reconstrucciones de edificios públicos y religiosos que comprendió, entre otros, los siguientes: el odeón de Agripa, una enorme sala de espectáculos con capacidad para quince mil personas; el templo circular de Roma y Augusto, bajo un gran zócalo en la fachada este del Partenón; la restauración del Ágora, con un nuevo gran pórtico de mármol que se había proyectado en la época de César; la construcción de un enorme mercado de ciento doce por noventa y seis metros; junto a él se acabó la obra de la Torre de los Vientos, a la que se dotó también de una veleta y de un reloj solar; se reconstruyó la zona oeste de la *stoa* de Átalo, el templo de Ceres, y ya, en una decisión mucho más popular, dotó a la ciudad de numerosos urinarios públicos con el objeto de mejorar la sanidad de la misma.



Plano de Atenas durante la dominación romana.

Tras la muerte de Augusto, un nuevo periodo de atonía constructiva se apoderó de Atenas. Las nuevas construcciones se estancaron y durante casi un siglo apenas sí se llevaron a la práctica nuevas intervenciones urbanas. Parece como si el empuje dado por Augusto hubiera bastado para sacar a la ciudad de su letargo, y esta fuera incapaz de seguir con la línea trazada por el gran emperador. En todo este largo periodo de estancamiento, solo cabe mencionar la presencia en la ciudad del primer emperador que la visitó. Se trataba de Nerón, quien tomó parte en uno de los certámenes musicales que tuvieron lugar por aquella época en el teatro de Dionisio. El propio Nerón también participó en los Juegos Olímpicos, conduciendo un carro en una de las carreras que tuvieron lugar en el año 66.

LA VISITA DEL EMPERADOR ADRIANO, EL ÚLTIMO RESURGIR DE LA GRANDEZA CLÁSICA

Durante el siglo II d. C., un nuevo impulso constructivo volvió a hacer de Atenas una ciudad importante en el mundo de su tiempo. El primero en dar pie a esta nueva etapa fue el emperador Trajano, que ordenó construir una biblioteca a la que se dio el nombre de Panteno o Pantanios. Era un gran edificio con un pórtico de setenta metros, en el que se ubicaron numerosas tiendas. También en su época se erigió el monumento honorario y sepulcral de Filopapo, en la colina de las Musas.

Lo que Trajano había iniciado lo llevó a su culmen su sucesor, el emperador Adriano. Hombre de una gran cultura que se dedicó a viajar por todo el Imperio y centró sus esfuerzos en reconstruir la grandeza perdida de muchas ciudades que en aquel momento habían pasado su momento de esplendor y se encontraban en decadencia, como sucedía con el caso de Atenas.

Adriano ordenó iniciar un ambicioso programa reconstructivo en la ciudad griega con el objeto de, si no devolverle todo el esplendor perdido, al menos evitar su ruina y decadencia en la que llevaba ya sumida varios siglos. Este apoyo a Atenas permitió que esta volviera a recuperarse también demográficamente. En este momento, durante la primera mitad del siglo II d. C., la ciudad se extendió hacia el este, alrededor del enorme complejo del Olimpeion, superando con el nuevo barrio los límites que habían fijado seis siglos antes los primitivos muros de Temístocles. Esto obligó a que

el propio Adriano decidiera ampliar los antiguos límites del recinto amurallado, para que estos nuevos barrios quedaran englobados dentro del espacio intramuros de la ciudad.

Adriano visitó Atenas en el año 127, y esta estancia fue providencial para la urbe, puesto que el emperador, enamorado totalmente de la cultura griega, decidió hacer de ella de nuevo el centro del saber de su tiempo. Lástima que le quedaba poco tiempo de vida, porque sus construcciones, en tan escaso periodo cronológico, no dejan de asombrar por la importancia que tuvieron. Sus proyectos fueron megalómanos, ciertamente, pero todavía resultan admirables por su gran deza. Decidió construir una nueva biblioteca que superara a la de su antecesor. Esta biblioteca, que llevaría su propio nombre, era un edificio gigantesco de ciento veintidós metros de largo por ochenta y dos de ancho, con un enorme patio interior en el centro del cual había un gran estanque. A este espacio interno se abrían las salas de lectura laterales, en las que los lectores e investigadores podían trabajar con los miles de pergaminos allí almacenados. El edificio fue construido con la mayor riqueza posible, el patio estaba rodeado por cien grandes columnas de alabastro, que a su vez sostenían cuatro pórticos en cada uno de sus lados.

Adriano decidió también poner fin a las inacabables obras del enorme templo del Olimpeion. Cuando finalizó su construcción, la ciudad se encontró con un impresionante períbolo, o espacio que lo rodeaba, de doscientos seis metros de largo por ciento veintinueve de ancho. Pocos templos del mundo antiguo llegaron a tener la grandeza de la gigantesca obra «adrianea» en Atenas. Adriano también ordenó construir un ninfeo circular en el Ágora, una basílica judicial, un arco que llevara asimismo su nombre, un gimnasio; mejoró la red de canalizaciones, construyó un nuevo acueducto que estuvo abasteciendo de agua a la ciudad hasta bien entrado el siglo XX, levantó un puente sobre el río Ilisos y ordenó la construcción de los pórticos de los Tritones y de los Gigantes.

Su sucesor, Antonino Pío, siguió la estela de Adriano en cuanto al embellecimiento de la ciudad, y para ello contó con la inestimable ayuda de un acaudalado ciudadano ateniense que protagonizó grandes inversiones en las nuevas construcciones que se estaban llevando a cabo en Atenas. Se trataba de Herodes Ático, que en realidad lo que hizo fue completar el ambicioso programa reestructivo iniciado por Adriano en la etapa anterior. Herodes Ático construyó un nuevo estadio Panatenaikos, al que recubrió con mármol del Pentélico. También impulsó la construcción de un amplio odeón de treinta y ocho metros de diámetro en la ladera de la Acrópolis, en uno de los extremos del pórtico de Eumenes, con capacidad para cinco mil espectadores. Mandó levantar un pequeño estadio en la orilla izquierda del río Alisios, finalizando las obras que se habían iniciado en tiempos de Adriano con la construcción de un puente que unificaba este barrio con el resto de la ciudad, creando así un único complejo urbano ateniense.

Hacia el año 160, todas estas obras estaban prácticamente concluidas. Atenas no había vuelto a ser la de la época de Pericles, nunca lo volvió a ser, pero, sin embargo, gracias al afán constructivo principalmente de Augusto y de Adriano la ciudad había recuperado parte de su antigua grandeza. No es de extrañar, pues, que cuando por estas fechas el escritor Pausanias visitó la Acrópolis, la describiera como una llanura llena por entero de estatuas votivas y de grandes monumentos.

LA DECADENCIA Y DESTRUCCIÓN DE UNA POLIS CLÁSICA

Pero a partir de este periodo, Atenas volvió a entrar en otra de sus habituales etapas de estancamiento y marasmo. Durante casi un siglo, la ciudad desempeñó un discreto papel en el

contexto del mundo mediterráneo. En todas partes se destacaba su pasada gloria, pero Atenas no volvería a aportar ya nada importante al mundo de su tiempo, ni en lo político, ni en lo cultural, ni siquiera en lo artístico. Y, para colmo de males, los tiempos estaban cambiando a peor. El Imperio romano estaba perdiendo su fuerza de antaño, y todos los territorios bajo su control se estaban resintiendo de esta nueva situación. Y Atenas fue, lamentablemente, una de los lugares más perjudicados por esa decadencia.

Los pueblos bárbaros iniciaron sus correrías por todas las partes del Imperio, y pusieron sus ojos en la península de los Balcanes, que incluye las tierras griegas, y como no, Atenas fue uno de sus primeros objetivos. Previendo la forma en la que podía degenerar esta situación, el emperador Valeriano dio la orden, a mediados del siglo III, de dismantelar la muralla del Olimpeion, que por entonces acababa de cumplir un siglo de existencia, e hizo que con ella se construyeran nuevas fortificaciones, utilizándola como material de relleno para las mismas. Desgraciadamente, este nuevo recinto amurallado sirvió para poco. Las defensas de Atenas estaban prácticamente desguarnecidas desde el saqueo de Sila, y las obras emprendidas por Adriano apenas sí las habían mejorado. Tampoco eran realmente necesarias en aquella época. Pero sí en esta. Y la nueva obra no llegó a tiempo de cumplir su cometido, pues su tamaño y su altura eran muy reducidos.



Estos son los únicos restos que quedan actualmente en pie de lo que debió de ser el majestuoso conjunto del Olimpeion.

El primer aviso llegó en el año 262. Los godos saquearon e incendiaron uno de los mayores templos de Grecia, considerado como una de las siete grandes maravillas del mundo antiguo, el Artemision en Éfeso. A raíz de este suceso, las obras defensivas se aceleraron en Atenas. Pero de nada sirvieron. Cinco años después, en el 267, la catástrofe se abatió sobre la ciudad. Los hérulos, uno de los grupos tribales de los pueblos bárbaros que estaban terminando de provocar el definitivo colapso del Imperio romano, superaron con facilidad el recinto amurallado y cayeron sobre la ciudad, a la que sometieron a un saqueo y a una orgía de destrucción sin piedad. La *stoa* de Átalo fue arrasada, se incendió el odeón de Agripa hasta hacerlo irreconocible, se quemó salvajemente la biblioteca de Adriano y se destruyó deliberadamente el mercado que el emperador había hecho construir. El recinto del Olimpeion sufrió grandes daños de los que jamás se volvió a recuperar. La ciudad quedó reducida, tanto en población como en espacio urbano habitado, a menos de la cuarta

parte de la que tenía antes de la despiadada agresión. Los supervivientes, desesperados por la destrucción generada, apro vecharon los restos de los edificios en ruinas para intentar levantar una nueva fortificación que los salvara de posteriores ataques. Pero era tan poco lo que debería de haber quedado en pie que en el futuro ningún pueblo bárbaro decidió hacer a Atenas blanco de sus correrías, tal era la situación de postración en la que la habían dejado los hérulos. Pero los llamados pueblos bárbaros, no obstante, siguieron merodeando y esquilmando el Ática en siglos posteriores. A finales del IV, los godos destruyeron el templo de Apolo en Dafnis y el de Ceres en las proximidades de Atenas, poniendo fin a los legendarios misterios eleusinos, que eran unos ritos de iniciación que se celebraban en el templo de Eleusis dedicados a las diosas de la agricultura, Deméter y Perséfone.

Por si esta obra destructora de la barbarie germana no era suficiente, la obra de otros seres «civilizados» romanos completó la destrucción y el hundimiento de la civilización clásica. Así, por esta misma época, en las postrimerías del siglo IV, el emperador Teodosio, de origen hispano, decretó el abandono y el saqueo de las riquezas del templo de Zeus Olímpico, clausuró el templo de Delfos prohibiendo la existencia de su oráculo («la voz del agua se desvanecerá», como predijo la última sibila) y en el 393 decretó el fin de los Juegos Olímpicos, con lo que este acontecimiento desapareció de la historia durante quince siglos. Teodosio fue, con su actuación, uno de los grandes destructores del mundo clásico en general y de Atenas en particular.

A principios del siglo V todas las narraciones nos confirman que la ciudad estaba prácticamente abandonada y en ruinas, en particular el Ágora, donde pese a todo y sobre los restos del odeón de Agripa, se construiría en esos años un imponente gimnasio denominado de los Gigantes, que sin embargo tuvo efímera vida. Pero, por el contrario, predominaban más bien actuaciones como la del patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo, que ordenó convertir los mármoles de los antiguos monumentos en cal, mediante hornos que se instalaban junto a los mismos, destruyendo así lo poco que iba quedando del legado clásico.

Por esta época, hacia el año 425, tanto la estatua de Zeus de Olimpia, como los restos de la de Atenea Partenos del Partenón, eran trasladados a la ciudad de Constantinopla para embellecerla. Desgraciadamente, un terrible incendio acabaría con lo poco que quedaba de las mismas medio siglo después. Por esta misma fecha, el cristianismo iniciaba su labor eliminadora de vestigios arquitectónicos, transformando los antiguos templos paganos en iglesias para el culto cristiano, si bien es verdad que en muchos casos aquellos han llegado a nuestros días gracias a esta conversión en templos religiosos cristianos. El Partenón fue uno de los primeros en sufrir este cambio, y es que a mediados del siglo V resultó consagrado a la Virgen María, y, poco después, también el Teseion se convertía en iglesia cristiana a finales del siglo V.

La naturaleza parecía querer colaborar también en este afán destructivo. En el 522 y en el 551 dos fortísimos terremotos derribaban la mayor parte de lo que aún se conservaba en pie. El Olimpeion quedaba así definitivamente arruinado en lo poco que todavía había sobrevivido. Por estas mismas fechas, la labor de los seres humanos continuaba también cebándose sobre la desgraciada ciudad. En el 529 el emperador bizantino Justiniano decretaba el cierre de la Academia de Platón y la expulsión a Persia de los filósofos que aún enseñaban en ella los viejos cultos paganos; ello suponía el final del periodo de esplendor cultural ateniense, mientras que a partir de aquel momento era Constantinopla quien se convertía en el centro de la cultura bizantina.

Durante la hegemonía del Imperio bizantino, Atenas se convirtió en un lugar apartado de la vida cultural. Muchas de las obras de arte de la ciudad fueron trasladadas a Constantinopla, y sus templos

se transformaron en iglesias cristianas. Los emperadores bizantinos visitaron Atenas en ocasiones, pero la ciudad fue generalmente ignorada y sufrió un empobrecimiento manifiesto.

A finales del siglo VI, los eslavos penetraron en la ciudad, llevándose lo poco que en ella debía de quedar de valor. Ya no había casi nada que destruir, las ruinas se enseñoreaban de lo que había sido una de las ciudades más cultas y monumentales de todos los tiempos. Por esa misma época, el cementerio del Cerámico quedaba cubierto por el lodo del río Erídano, que rellenó de limo todo este espacio en el transcurso de una destructiva inundación.

En el siglo VII, los magníficos materiales que habían formado parte de la biblioteca de Adriano eran empleados para la construcción de una sencilla basílica paleocristiana. Sobre las ruinas del Erecteion se levantaba una nueva iglesia cristiana. En la siguiente centuria era el templo del Hefestión el que quedaba transformado en la basílica cristiana de San Jorge.

Debió de ser por esta época cuando la región del Ática quedó prácticamente deshabitada debido a los constantes saqueos e invasiones de diferentes pueblos eslavos. La inseguridad era tal que el antaño floreciente Ática quedó reducida a un yermo páramo despoblado entre los siglos VII y IX.

Tras la conquista de Constantinopla por los cruzados en 1204, Atenas se convirtió en un ducado feudal francés. Los almogávares catalanes tomaron la ciudad en el año 1311, pero fueron expulsados por una dinastía florentina que se instaló en ella con éxito a finales del siglo XIV.

El Imperio otomano alcanzó un control total sobre Atenas en el año 1458. El Partenón, templo dedicado a la diosa Atenea, protectora de la ciudad, fue convertido en mezquita musulmana. Bajo el dominio turco, la ciudad siguió administrada por griegos, y su población era una mezcla de griegos, turcos y eslavos.

Hacia el año 1500, Atenas era solo una sombra de lo que fue. Se calcula que por esa época debían de vivir unas doce mil personas en la ciudad. Pero aún quedaba en pie el mayor símbolo de su grandeza, el extraordinario templo del Partenón, que no había sufrido graves daños hasta entonces. Su transformación en iglesia cristiana lo había salvado de la destrucción, y los turcos otomanos, cuando tomaron la ciudad a mediados del siglo XV, también prolongarán su preservación convirtiéndolo en una mezquita y adornándolo con dos alminares.

Pero parecía que aún no se habían completado los males de Atenas, y así en 1687, en el transcurso de una guerra entre turcos y venecianos, el gobernador de los primeros decidió convertir al Partenón en una fortaleza, almacenando en él toda la pólvora que existía en la ciudad, con el convencimiento de que los europeos no se atreverían a atacar un monumento de la importancia que tenía aquel.

No contaba el iluso gobernador con que la ambición humana desdeña en muchas ocasiones la grandeza del pasado, incluso en sus mayores manifestaciones. De este modo, el 26 de septiembre de ese mismo año, el dogo veneciano Morosini, que dirigía el asedio, ordenó disparar los cañones de su flota contra el Partenón. Este, después de un salvaje y breve bombardeo, reventó hasta sus cimientos, y de esta forma se destruyó casi por completo una obra imperecedera que había resistido durante más de dos mil años todos los ataques que la incuria humana había sido capaz de ofrecerle.

No acabó ahí el triste sino de la ciudad. Tras la debacle explosiva, entre los cascotes del Partenón y algunas de sus columnas que todavía permanecían en pie quedaban restos de los maravillosos mármoles que Fidias había esculpido muchos siglos antes. Pero, por si no fueran pocas todas estas desgracias, un lord inglés, apellidado Elgin, robó con la complicidad del sultán otomano Selim III los restos que quedaban de las mismas entre 1801 y 1803. A continuación las embarcó hacia

Inglaterra, y después de una serie de desventurados episodios en los que muchas de esas obras sufrieron irreparables desperfectos, decidió venderlos al Museo Británico. Es en este lugar donde se conservan en la actualidad, a pesar de las numerosas peticiones y ruegos que los diferentes gobiernos griegos hasta la fecha han dirigido al Reino Unido para que les restaure la última muestra de su grandeza, ahora exhibida fuera de la ciudad, donde el genio creador de Fidias y de Pericles los colocó hace casi dos mil quinientos años.

Aleandría, un emporio cultural tolemaico en el delta del Nilo

Alejandro III el Magno, uno de los mayores conquistadores que han existido a lo largo de la historia —más conocido como Alejandro Magno, o de alguna forma el «Alejandro» por antonomasia—, fue capaz de construir en solo diez años, un inmenso imperio que se extendía desde Grecia hasta la India, y desde las estepas del Asia central hasta las cataratas del río Nilo. La epopeya de Alejandro y de sus soldados macedonios no tiene parangón: partiendo de Grecia, atravesó el Bósforo y ocupó Asia Menor, que es como los griegos llamaban a la actual península de Anatolia; de ahí se dirigió hacia el sur, y, tras una serie de batallas, fue derrotando a todos los ejércitos persas que se le presentaron.

En el año 332 a. C., las tropas griegas de Alejandro habían llegado a la antigua ciudad fenicia de Tiro, que era uno de los mejores puertos del Mediterráneo, pues su condición insular, pero muy próxima a la costa, le había permitido sostener asedios durante mucho tiempo, entre ellos uno de trece años contra Nabucodonosor, considerado el más largo de todos los tiempos. Con su poderosa flota, Tiro podía ser abastecida, de ahí esa sensación de inexpugnabilidad que la rodeaba. Tiro era, por ese motivo, la base de la flota persa, y desde esa ciudad se centralizaba el tráfico de mercancías entre el Mediterráneo oriental y el occidental. Por eso cuando Alejandro la sitió, Tiro se dispuso a resistir hasta que se aburrieran sus sitiadores, tal y como había sucedido muchas veces antes. Pero Alejandro era un conquistador fuera de lo común. Puso a sus soldados a trabajar y construyó un dique artificial que unió a la isla con el continente. A partir de ese momento, la conquista de la ciudad no revistió ninguna dificultad especial para los experimentados guerreros griegos. Se dice incluso que Alejandro llegó a utilizar una especie de escafandra para observar bajo el agua las fortificaciones tirias y así abatirlas mejor. Es el primer equipo de buceo del que hay mención en la historia. Tras siete meses de asedio, Tiro fue capturada por los griegos, y así, el comercio por el Mediterráneo se quedó sin ninguna ciudad que lo centralizara. Era preciso, por tanto, reactivar el mismo, porque de él se derivaban pingües beneficios.

LA CIUDAD DE ALEJANDRO

En este capítulo seguiremos un planteamiento distinto al resto. La ciudad que fundó Alejandro fue de nueva planta, es decir, se levantó en un momento determinado de la historia y aunque luego evolucionó con el tiempo, la mayor parte de la misma fue construida a finales del siglo IV y principios del siglo III a. C., de ahí que primero describamos cómo fue la ciudad y no hagamos el habitual planteamiento en el que se analiza fundamentalmente su crecimiento a lo largo de los tiempos.

Alejandro continuó su camino hacia el sur, penetró en Egipto y la milenaria tierra de los faraones

se rindió al invencible conquistador, sin que apenas la guarnición persa presentara una particular oposición. El macedonio visitó el rico país del Nilo, y se dio cuenta de que este llevaba ya languideciendo mucho tiempo debido a una administración altamente corrupta e ineficaz. Alejandro decidió reactivar su economía, que no por ello dejaba de ser floreciente, y así adoptó una serie de disposiciones tendentes a recuperar la riqueza de la que siempre había gozado Egipto. El soberano griego era consciente de la necesidad de revitalizar el comercio, que había quedado muy dañado tras la caída y destrucción de Tiro. En la mente de Alejandro anidaba la idea de construir una nueva ciudad, que debería llevar su nombre en su honor (posteriormente fundó más de una docena de ciudades que perpetuaron también su patronímico), para suceder a la metrópolis fenicia a la que había vencido.

Se dedicó a observar posibles ubicaciones para la misma, y finalmente se decidió por un lugar en la boca más occidental del delta del Nilo, en el que existía ya un pequeño pueblo habitado por egipcios que se denominaba Rhakotis. Allí, el emplazamiento sería perfecto. Con una rada bien protegida por una isla llamada Pharos, un lago interior desde el que se podría practicar también el comercio, cerca de las rutas comerciales occidentales y no excesivamente alejado de la costa griega, la ciudad tendría que florecer sin la más mínima duda. Alejandro hizo llamar a uno de los arquitectos que iba con él, llamado Dinócrates de Rodas, para que se pusiera a trabajar en el diseño de la forma de la ciudad. Como tenía claro que él no podría detenerse mucho tiempo en Egipto, porque deseaba conquistar el Imperio persa en su totalidad, encargó a Cleómenes, un griego de la colonia de Naucratis, situada a poco menos de cien kilómetros al sudeste de Alejandría, que se hiciera cargo de la dirección de las obras hasta que él regresara a la ciudad, cosa que jamás sucedería debido a su temprana muerte.

Dinócrates y Cleómenes se pusieron rápidamente manos a la obra y en pocos años, la ciudad de Alejandro, Alejandría, era ya una realidad en plena construcción. El 7 de abril del año 331 a. C. se iniciaron las obras y lo hicieron con tal ímpetu que en poco tiempo ya estaba prácticamente diseñado el plano que haría de la ciudad una de las más célebres de todos los tiempos.

Dinócrates se había formado en los principios de la escuela urbanística griega de Hipódamo de Mileto, esto es, en la creencia de que el plano ortogonal era el ideal para las ciudades de nueva fundación, y puso inmediatamente esta idea en práctica. Trazó una ciudad con forma rectangular, con un perímetro de casi dieciséis kilómetros. Los lados mayores de ese polígono medían algo más de cinco kilómetros, los más pequeños tenían aproximadamente unos dos kilómetros de anchura. Las calles de la ciudad se disponían en ángulo recto. En ellas, dos grandes avenidas, la vía Canópica, en un sentido este-oeste, y la vía Apameia, siguiendo un eje norte-sur, servían como base para el trazado recto, tanto en paralelo como en perpendicular, de las restantes calles. Sus anchuras fueron las mayores de todas, la Canópica, la más larga, tenía unos treinta y dos metros, mientras que la Apameia, más corta en cuanto a su longitud, tenía sin embargo una anchura mayor que la anterior, treinta y cuatro metros.

Ambas estaban porticadas en los dos lados por columnatas y pilastras que cubrían con su techumbre un acerado de siete metros de fondo. De esta forma, en los tórridos días de verano, los viandantes que paseasen por ellas tenían garantizada la sombra a lo largo de los varios kilómetros de recorrido que tenían las vías. En los extremos de las largas avenidas, se abrían dos grandes puertas en el recinto amurallado que protegía a la ciudad: la puerta de Helios o del Sol y la puerta de Selene o de la Luna.

La ciudad se diseñó dividiéndola en cinco distritos, a los que se les asignaron los nombres de las primeras letras del alfabeto griego: Alfa, Beta, Gamma, Delta y Épsilon. Si bien a la hora de la verdad, los barrios adoptaron nombres mucho más comunes relacionados con las comunidades que en ellos se asentaron.

Así, el barrio más occidental, el que se ubicaba sobre el antiguo poblado de Rhakotis y que, por ese motivo, poseía calles muy estrechas, era el distrito de carácter más popular, en el que vivía mayoritariamente la población de origen egipcio. El barrio central, el del Brucheion, era el más importante. Habitado principalmente por griegos, era la zona más noble de la ciudad, no solo por sus monumentos, sino sobre todo porque en él se ubicaba la zona de los palacios reales de los Tolomeos es decir, la dinastía de reyes de origen macedonio que se mantuvo en el trono de Alejandría desde el año 323 al 30 a. C. Finalmente, en la parte oriental, se situó una importante colonia de judíos, que habían abandonado su tierra para establecerse en la nueva ciudad, en la que las oportunidades de progresar eran considerablemente mejores que en la depauperada Palestina: evidentemente, este será conocido como el barrio Judío. Otros barrios importantes eran el de Neápolis, donde se encontraba la zona portuaria, y los del Serapeum en el distrito de Rhakotis, y el del Museion en la zona de Brucheion.

En Rhakotis, al suroeste, se ubicaba la acrópolis en la que se encontraba el complejo religioso y cultural del Serapeum. Este enorme templo estaba rodeado de un gran recinto de columnas, que fue posteriormente reconstruido en época imperial. En este sector, Tolomeo IV, que reinó entre el 221 y el 205 a. C., construyó un *iseo* o ‘templo de Isis’, adosado al templo de Serapis. Otras estructuras en esta parte de la ciudad eran la llamada Fuente de las Doce Estatuas, el acueducto que abastecía a la ciudad, la llamada Columna de Pompeyo de treinta y dos metros de altura, el *Nilómetro*, o ‘sistema para medir la crecida anual del Nilo’ y calcular así los impuestos, el templo del Serapeum, dedicado a Aser Appis y a otras divinidades, y una biblioteca filial a la del museo que con el tiempo llegó a tener casi tanta importancia como la del propio museo. El conjunto de los llamados Baños de Cleopatra, en honor a la famosa Cleopatra VII, junto a la necrópolis, completaban la zona monumental del mismo. Finalmente al sur de este sector y ya fuera del recinto amurallado, se encontraba un enorme estadio o hipódromo para competiciones de carreras de caballos, con unas dimensiones de quinientos cincuenta y cinco metros de largo, por cincuenta y uno de ancho.

Neápolis, o ‘ciudad nueva’ era como hemos dicho la zona portuaria. En ella se ubicaban los dos mayores puertos de Alejandría, el Magnus, al este, que comunicaba con los palacios reales; y el Eunostos, al oeste, dedicado al comercio y al tráfico marítimo por el Mediterráneo. Esta era la zona mejor protegida de la ciudad, gracias a una serie de edificaciones. En ella se encontraba también el templo de Neptuno. En la isla de Pharos (Faros), situada frente al puerto se acabó construyendo, a partir del año 285 a. C. aproximadamente, la enorme linterna para orientar y guiar a los navegantes, así como un templo a Isis y otro a Poseidón.

Bruchium, o Brucheion, era el barrio más destacado. Se encontraba al este del de Neápolis y era la sede de los palacios reales tolemaicos. También se hallaban aquí la Gran Biblioteca (construida a partir del 306 a. C.) y el Museion, cuyas obras se iniciaron hacia el 294 a. C., aunque hoy día seguimos desconociendo cuál era su ubicación exacta, y hasta es posible que quizás se encuentren actualmente en el fondo del mar Mediterráneo. Aún se conservan algunos restos del Cesareum o templo de César, que estaba situado frente al mar, entre las viviendas del funcionariado de la corte. Al sur del barrio se ubicaban el gimnasio, la palestra y el teatro helenístico, que estaban unidos a las

residencias reales con una siringa, es decir un pasadizo o cavidad en forma de tubo. También se situaron aquí templos importantes, como los de Isis Lochias o Artemisa, o residencias de elevada categoría como la de Marco Antonio en el Timonium. Otro punto destacado de esta parte de la ciudad era el *Emporion*, o ‘plaza edificada para el comercio y almacenaje de mercancías’. A partir del siglo I d. C., los emperadores romanos erigieron aquí un foro de unas enormes dimensiones. El Paneum se encontraba en una colina elevada en el centro de la ciudad. Era en este lugar donde se reunía lo más granado de la sociedad alejandrina para celebrar sus actividades.

También se encontraba en el Bruchium el Mausoleo o Soma (o Sema, según las versiones), en el que reposaba el cuerpo de Alejandro Magno. Para glorificar al héroe mitificado, su cuerpo fue introducido en un sarcófago transparente de cristales y un armazón construido en oro, su interior se hallaba relleno de miel, para que se pudiera ver el cuerpo momificado del gran rey macedonio, perfectamente conservado según las antiguas tradiciones egipcias. El Soma era un edificio cuadrangular excavado en la roca, bajo el cual existía una red intrincada de galerías subterráneas, de las cuales aún se conservan algunos vestigios que no dan, de ninguna manera, una idea de la magnificencia que debió de tener el lugar según las narraciones que nos han llegado de la antigüedad.

El barrio Judío, al este, era sin duda el menos importante desde un punto de vista constructivo, y en él se localizaban escasos complejos monumentales. Barracas, sepulcros, columbarios, el bosquecillo de Némesis, el Lageum, el monumento de Pompeyo, el canal y la puerta de Canopus y el hipódromo eran los más destacados.

La ciudad llegó a contar con tres puertos. Uno interior, al que ya habíamos hecho mención, el del lago Mareotis, denominado Lymnaeus, que fue sin duda el menos importante pero que daba mayor seguridad a las embarcaciones al estar a resguardo del mar. En él podían atracar barcos de gran calado hasta que se cegó por los aportes del limo del Nilo durante la Edad Media. Los otros dos (el militar y el comercial) se construyeron en el litoral mediterráneo. Uno de ellos en la zona occidental de la ciudad, el asimismo citado ya de Eunostos, sobre el que se encuentra hoy día el puerto de la moderna Alejandría. Otro en la parte oriental, el Gran Puerto, donde se encontraba el Faro y donde estaba el puerto real, desde el que se accedía directamente al palacio de los Tolomeos. Estos dos últimos puertos estaban separados por un dique de unos mil trescientos metros de largo que recibía el nombre de *Heptaestadion*, o ‘de los siete estadios’, debido a las medidas que tenía. Este dique unía la ciudad con la isla de Pharos y separaba también a las dos radas en las que atracaban los barcos.

Para abastecer de agua a Alejandría se creó, a partir del siglo IV a. C. una importante red de canales y acequias que atravesaba la ciudad en varios sentidos y que se utilizaban tanto para la captación y conducción de agua como para transportar por ellos a las mercancías o a las personas.

En la zona más occidental de la ciudad se ubicó el enorme cementerio o necrópolis, y todavía en la actualidad se conserva parte de la red subterránea de catacumbas o galerías en las que se enterraba a los muertos, hace dos mil años.



Esta vista aérea de la antigua Alejandría presenta una reconstrucción de la ciudad tal y como se supone que debió de ser en época clásica el sector del puerto. Reconstrucción virtual del puerto según el *Atlas de tesoros sumergidos de Alejandría*.

Las *insulae*, o ‘manzanas’, como hoy conocemos al espacio edificado, tenían unas dimensiones considerables y una morfología rectangular. Aunque variable, el tamaño medio de las mismas solía ser de trescientos treinta por doscientos setenta y ocho metros. De esta forma se pretendía que las viviendas no se hacinasen unas junto a las otras, como ocurría en muchas otras ciudades de la antigüedad, sino que dispusiesen de suficiente espacio para sus habitantes, de manera que el poblamiento no fuese excesivamente denso.

Todas estas obras, y todo el lujo que se acumuló en la ciudad, solo fueron posibles debido al hecho de que esta se convirtió en una de las metrópolis más ricas de la Edad Antigua, lo que propició que se costeasen trabajos de gran envergadura y de una enorme complejidad.

Alejandría era una auténtica encrucijada comercial. Su emplazamiento costero, su fácil acceso al río Nilo a través de una de las siete bocas del delta, la denominada vía Canópica y sus tres puertos, que le permitían mantener un constante flujo comercial con todas las partes del Mediterráneo, fueron determinantes para que la riqueza y la población acudiese a la ciudad. En ella confluían, desde el momento de su fundación en el siglo IV a. C. hasta probablemente el siglo IV de nuestra era, las rutas caravaneras procedentes de Asia Oriental, así como las exportaciones de trigo y de otros cereales que se cultivaban abundantemente a lo largo del valle del Nilo. Era, en palabras del geógrafo griego Estrabón, el mayor emporio comercial que existía en el mundo hacia finales del primer siglo antes de nuestra era.

Alejandría funcionaba como la verdadera capital de Egipto. Su ascenso supuso el fin de las grandes ciudades faraónicas, como Menfis y Tebas, si bien estas ya se encontraban en franca decadencia cuando se fundó; y también lo fue para Naucratis, la antigua colonia griega en la costa norte de Egipto; y por supuesto para Tiro, que hasta entonces había controlado el comercio y las rutas marítimas por el Mediterráneo.

Cuando Alejandro Magno murió en Babilonia en el año 323 a. C., Alejandría estaba todavía en pleno proceso de construcción. La muerte del gran rey macedonio cogió a todo el mundo de improviso, tanto que ni siquiera se había designado a un posible sucesor. En esta situación, los que reaccionaron con mayor prontitud y mostraron más habilidad se hicieron con parte del legado del genial conquistador.

Uno de los generales de Alejandro, Tolomeo Lago (el apellido *Lago*, o *Lagos*, en la antigua lengua griega quiere decir ‘conejo’), mostró especial determinación en hacerse con el control de la parte que él consideraba más atractiva de todo el Imperio alejandrino: Egipto. Tolomeo tomó una decisión arriesgada. Cuando el cuerpo de Alejandro era trasladado hacia Pella, la capital macedónica, se presentó ante el cortejo fúnebre con sus soldados y lo robó. Inmediatamente lo trasladó a Egipto y lo depositó provisionalmente en Menfis, a la espera de que acabaran las obras que él había emprendido en su capital. Tolomeo custodió los restos de Alejandro como un verdadero tesoro, pues era consciente de la importancia que suponía el hecho de que fuera él quien conservara el cuerpo de aquel hombre que había sido considerado un semidiós por sus contemporáneos. La presencia del cuerpo de Alejandro primero en Menfis y después en Alejandría dotó a estas de un halo de importancia y de gran prestigio, por el mero hecho de ser las receptoras de los restos del gran caudillo que había asombrado al mundo. Tolomeo se hizo con el control de Alejandría el mismo año de la muerte de Alejandro, pero lo mantuvo en Menfis casi durante veinte años más, a la espera de que acabaran las obras del mausoleo que estaba construyendo en Alejandría para albergar el cuerpo del rey macedonio. En ese periodo, se dedicó con ahínco a engrandecer y a embellecer Alejandría, en la que se proclamó rey a los pocos años. Sus innovaciones fueron muy notables en el relativamente reducido espacio de tiempo que reinó. En el 313 a. C. se terminó el edificio de la Academia, pues Tolomeo, hombre amante de la cultura como pocos soberanos, decidió hacer de Alejandría el gran centro cultural de su época, arrebatándoselo a otras ciudades que reclamaban para sí tal honor, como las decadentes Babilonia o Atenas. De hecho, cuando el gran filósofo Aristóteles murió, sus obras pasaron en herencia a Tolomeo, y este decidió construir un edificio que fuese digno de albergar la magna obra de uno de los grandes genios de la humanidad.

Así, en el año 306 a. C., ya estaba en obras el edificio de la Gran Biblioteca, donde se reunirá con el tiempo la mayor colección de libros de todo el mundo antiguo. Ninguna otra biblioteca superó a la de Alejandría, al menos hasta la invención de la imprenta. Es difícil calcular cuántos volúmenes había allí almacenados en rollos de papiros. Algunos autores han planteado la cifra mágica de un millón de ejemplares, lo que parece excesivo, pero no parece que lo sea la de más de medio millón, quizás incluso una cifra cercana a setecientos mil.

En aquellos tiempos, reunir tal cantidad de libros en un solo lugar era una tarea casi imposible, dadas las dificultades que existían para copiarlos y la lentitud con la que avanzaban los trabajos. Para conseguir semejante almacenamiento de libros, los Tolomeos tuvieron que recurrir a buena parte de las riquezas de Egipto para adquirir las mejores obras de su tiempo, pero sin duda, el resultado final compensó con creces el esfuerzo económico llevado a cabo.

En el 305 a. C. el mausoleo o Soma, donde se guardaría el cuerpo de Alejandro, ya estaba finalizado. Allí se trasladó, ese mismo año, con toda pompa y boato su cuerpo embalsamado para que pudiera ser contemplado por quienes visitasen la tumba. En este lugar permaneció al menos seis siglos más, hasta que acabó desapareciendo definitivamente por circunstancias que no son conocidas con exactitud.



Interior de la Gran Biblioteca de Alejandría, tal y como se presenta reconstruida en el libro *Cosmos* de Carl Sagan.

Por su parte, las obras de la gigantesca vía Canópica estaban ya prácticamente concluidas en el 297 a. C. Era posible, por tanto, atravesar los más de cinco kilómetros que ya medía la ciudad de extremo a extremo sin tener que desviarse de la avenida principal. Alejandría comenzaba ya a tomar la forma de una de las mayores metrópolis de su tiempo.

Y llegamos al año 294 a. C., cuando finalizaron las obras del Museion, institución anexa a la Academia y a la Gran Biblioteca. Más que un museo, como lo denominaríamos hoy día, era un auténtico centro de investigación, donde los mayores talentos del mundo griego (y también de otras culturas) investigaban, escribían, inventaban y descubrían, sufragados siempre por las generosas donaciones de los reyes Lágidas (verdadero nombre de la dinastía fundada por el primer Tolomeo, más conocida como Tolemaica o de los Tolomeos). Parece ser que, en su momento de mayor apogeo, el Museion llegó a contar con catorce mil investigadores becados por el patrocinio regio, lo cual no deja de ser una cantidad sorprendente y elevadísima para aquellos tiempos. En él trabajaron buena parte de los más conocidos investigadores del mundo antiguo, como el matemático Euclides, el físico Arquímedes, el geógrafo Eratóstenes, el ingeniero Herón o el astrónomo Claudio Tolomeo, por citar solo algunos ejemplos.

Hacia el año 284 a. C., y ya coincidiendo con la transmisión del poder a Tolomeo II, hijo del fundador de la dinastía, se remató la que quizás fue la construcción más conocida de toda la ciudad, la gran torre levantada en la isla de Pharos. Esta, que debía servir como guía a los navegantes que se acercaban a la ciudad con sus barcos, ha implicado que a ese tipo de construcción la conozcamos hoy día por la extensión del nombre de esa misma isla: *faro*. Pero de todos los faros que han existido a lo

largo de la historia, no ha habido ninguno tan famoso como el primero de ellos, el Faro de Alejandría. El faro fue construido por el ingeniero Sóstrato de Cnido. Se levantaba sobre una base cuadrada de treinta y cinco metros de lado, y en su interior albergaba más de trescientas estancias. No se sabe con seguridad cuál era su altura, pero según las diversas fuentes que se conservan, debía de oscilar entre ciento veinte y ciento sesenta metros, aunque probablemente debió de estar en torno a ciento treinta y cinco. En lo alto del mismo brillaba permanentemente una almenara cuya luz se veía a más de cincuenta kilómetros de distancia, y por encima de esta gigantesca linterna se alzaba, rematando la obra, la estatua del dios Poseidón. Se decía que levantar la torre había costado ochocientos talentos de plata, lo cual era una cantidad descomunal, pues un talento equivalía a treinta y cuatro kilos de ese metal precioso. Se ha calculado que, en el momento actual, un talento podría ser aproximadamente el equivalente a algo menos de medio millón de euros. Consecuentemente, y utilizando los parámetros actuales, se podría cifrar en torno a cuatrocientos millones de euros el coste de la edificación.

Debió de ser tal el impacto que esta obra tuvo entre sus contemporáneos, que cuando Filón escribió en el siglo III a. C. la obra sobre *Las siete maravillas del mundo*, incluyó al Faro de Alejandría en su lista.

Después de que Tolomeo I cediera el poder a su hijo Tolomeo II, la mayor parte de la ciudad estaba ya prácticamente concluida, pero aun así su sucesor completó adecuadamente la obra de su padre. Probablemente en su época se acabó definitivamente el Faro, y también fue a principios de su reinado cuando la Gran Biblioteca y el Museion estuvieron ya a pleno funcionamiento.

Si Tolomeo I se había esforzado por convertir a Alejandría en el centro mundial del saber, su hijo consolidó este predominio, y lo aumentó considerablemente con respecto a cualquier otra ciudad del mundo. Tolomeo II empleó todos los trucos posibles para engrandecer la Biblioteca. Los barcos que llegaban al puerto de Alejandría eran registrados para comprobar si en ellos había libros, y cuando se encontraban, se confiscaban y su contenido pasaba a formar parte de aquella. Tolomeo II llegó incluso a solicitar a la ciudad de Atenas las obras de los grandes escritores griegos, con el objetivo de hacer una copia de ellas y guardarlas en la Biblioteca. Los atenienses aceptaron la propuesta, siempre y cuando el rey alejandrino dejase una enorme cantidad de dinero en depósito hasta que devolviera los libros. Cuando estos llegaron a Alejandría, Tolomeo II los hizo guardar en el sitio más inaccesible y protegido de la Biblioteca, mandó hacer copias de las obras y se las envió a los atenienses, a quienes les dijo que se podían quedar con el dinero que había dejado como fianza hasta su devolución. Pocas veces se ha visto tal interés por la cultura y por los libros entre los reyes, y esta es una característica que hasta el más inútil de los monarcas Lágidas mantuvo siempre.



No se conserva ningún dibujo original del Faro de Alejandría, pero esta imagen es muy posible que se asemeje a la que realmente tuvo la elevada torre.

Tolomeo II hizo también de Alejandría una verdadera metrópolis cosmopolita. En su tiempo, llegaban a ella personas procedentes de todos los rincones del mundo, en especial judíos que, se dice, ocupaban una tercera parte de la ciudad. En Alejandría todos podían practicar sus cultos con libertad y con plena tolerancia. Pocos casos se dan en la historia de semejante actitud. Eso propició que durante tres siglos no hubiera ninguna revuelta importante contra los reyes tolemaicos, aunque sí hubo frecuentes alteraciones del orden público entre las diversas comunidades que convivían en la ciudad. Los judíos controlaban el comercio, y eran también buenos investigadores y científicos. En semejante ambiente de tolerancia y de opulencia, Tolomeo II les propuso hacia el año 270 a. C. que tradujeran su libro sagrado, el Antiguo Testamento de la Biblia, a la lengua oficial de la ciudad, el griego, para que todos sus habitantes pudieran conocer el texto sagrado de la religión hebraica.

Cuenta la tradición que se seleccionó a setenta sabios para que cada uno de ellos hiciera la traducción por separado del hebreo al griego. Y según esa misma tradición, el milagro se obró. Todos ellos coincidieron en el mismo tipo de texto como si los hubiera guiado la inspiración de la mano de Dios al emprender su labor como traductores. El libro resultante se conoció como la *Septuaginta*, es decir, ‘los Setenta’, por el número de traductores en él empleado. Todas las miles de versiones posteriores que se han hecho de la Biblia proceden de este primer libro que se hizo en Alejandría hace casi veintitrés siglos y del que procede la *Vulgata* que San Jerónimo tradujo al latín hacia el año 400 d. C.

A mediados del siglo III a. C., Alejandría ya era, con diferencia, la ciudad más culta de todo el mundo. A ella continuaban llegando investigadores y estudiosos de todas partes para formarse en sus centros de saber. El desinteresado mecenazgo de los Tolomeos estaba dando sus frutos y haciendo de su ciudad uno de los más grandes centros culturales de todos los tiempos. Pero no solo era en la cultura en lo que destacaba Alejandría. La riqueza también aflucía a la ciudad y con ella el incremento de su población. Es difícil precisar cuántas personas podían vivir en la urbe por aquel entonces, pero

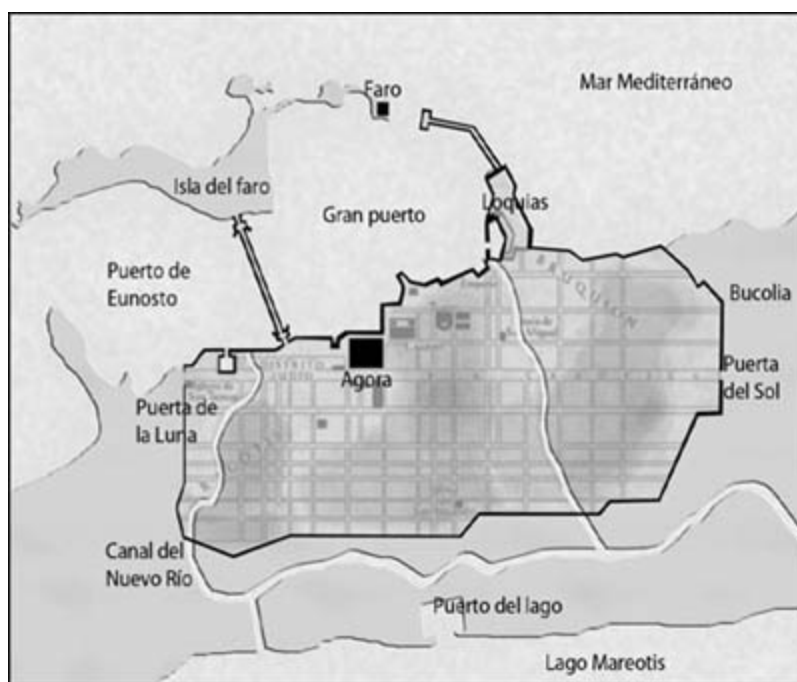
se han efectuado estimaciones que calculan en cerca de doscientas mil las personas que residían en aquella época en la gigantesca metrópolis.

EL ESTANCAMIENTO DURANTE LOS ÚLTIMOS TOLOMEOS

Sin embargo, no es fácil mantener la riqueza y el crecimiento durante mucho tiempo sin que surjan problemas, y el caso de Alejandría no fue distinto al de otras ciudades de su época o de cualquier otra. Si los primeros Tolomeos fueron soberanos preocupados por la cultura, por el saber, por el desarrollo económico y por la riqueza, no todos sus sucesores supieron mantenerse a la misma altura, o no se encontraron con circunstancias tan afortunadas como sus antecesores que iniciaron la dinastía.

A finales del siglo III a. C. los problemas empezaron a brotar por todos lados en forma de guerras, enfrentamientos internos, crisis económicas y sobre todo, crisis de tipo político. Fueron varios los factores que dieron lugar a este periodo de inestabilidad y su análisis se escapa a las posibilidades de esta obra.

Pero en este contexto de crisis, tuvo lugar un hecho que, aunque en aquella época no pasó de ser una mera anécdota, en el futuro, sin embargo, tendría una gran trascendencia para el conocimiento del pasado. En el año 197 a. C., la proclamación de la mayoría de edad del rey Tolomeo V quedó grabada en una gran piedra de basalto oscuro en tres tipos distintos de escritura: el jeroglífico de los antiguos egipcios, el demótico, que era el tipo de escritura que utilizaban en aquel tiempo los egipcios, y el griego, el idioma que empleaban los soberanos alejandrinos y la mayor parte de su población. Esta inscripción sobrevivió a los avatares del tiempo enterrada en las ruinas de un templo cercano a Alejandría. Allí permaneció olvidada bajo tierra durante muchos siglos. Cuando en 1798 unos soldados de las tropas de Napoleón construían unas fortificaciones entre las ruinas de un viejo templo de la ciudad de Rashid, uno de ellos golpeó con su pico la que a partir de entonces se llamaría piedra Rosetta, cuyo nombre no es otra cosa que una corrupción de Rashid, el verdadero nombre de la ciudad en árabe. Veinticuatro años después de su hallazgo, un joven filólogo francés, Jean-François Champollion, conseguía descifrar las inscripciones jeroglíficas cuyo conocimiento se había perdido hacía catorce siglos. De esa manera, pudieron ver la luz miles de traducciones que seguían conservándose sobre las paredes de templos egipcios, o sobre los escasos papiros que habían resistido el paso del tiempo.



Plano de la ciudad de Alejandría hacia el año 100 d. C.

Pero volvamos a nuestro repaso de la historia de Alejandría. La Gran Biblioteca continuó manteniendo su esplendor incluso en aquellos tiempos de crisis. A veces, como ocurrió a mediados del siglo II a. C., en tiempos de Tolomeo VII (llamado *Fiscón*, ‘el Gordo’, por su voluminoso vientre), los reyes tomaron la decisión de cerrar temporalmente el Museion para castigar a aquellos sabios que no los habían apoyado en las frecuentes luchas políticas que tenían lugar por el trono en determinadas ocasiones. Pero estos enfados temporales no solían tener mayor repercusión y la vida intelectual continuaba siendo fructífera a pesar de que, en otros aspectos, la vida de los alejandrinos en general ya no lo fuera tanto.

De hecho, la dinastía Tolemaica parecía que se iba degradando progresivamente. Así, en el año 80 a. C., Tolomeo XI (conocido como *Auletes* ‘el Flautista’, por su costumbre de tocar este instrumento), se vio necesitado urgentemente de dinero con el que poder hacer frente a una serie de pagos. Para solucionar sus apremiantes deudas, tomó la sacrílega decisión de sustituir el oro del sarcófago de Alejandro por otro ataúd construido completamente de cristal. De esta manera, pudo utilizar el metal robado para emitir más monedas con las que costear los gastos.

Alejandría permaneció durante casi dos siglos en una completa atonía, en la que, sin embargo, ni el saber ni el crecimiento demográfico disminuyeron, pese a que la decadencia política de la ciudad y de su dinastía era cada vez más patente. Y en este contexto histórico, aparecieron las tropas romanas en la ciudad en el año 48 a. C. Roma estaba librando por aquellos tiempos una titánica guerra civil entre dos de sus generales más famosos, Pompeyo y Julio César. En el curso de la misma, Pompeyo, huyendo del acoso de César, llegó a Alejandría, y allí Potino, que era el personaje de la corte que realmente detentaba el poder en nombre del joven monarca Tolomeo XII, decidió asesinar al general romano pensando que de esa forma agradaría a su enemigo César, de quien se esperaba que llegaría persiguiéndolo a la ciudad más tarde o más temprano. Este no tardó en presentarse en Alejandría y cuando le mostraron la cabeza cortada de Pompeyo optó por vengarse de sus asesinos, en vez de agradecerles su cruel acto, pues opinaba que ningún extranjero podía actuar así contra un general romano, ni aun en el caso de que fuese su máximo enemigo. Esto provocó la denominada guerra «alejandrina» en el curso de la cual, en el año 48 a. C., y para escapar del asedio

al que estaban sometidos, los soldados de Julio César prendieron fuego a la Gran Biblioteca, aunque según otras versiones, el fuego se propagó tras ser incendiada la flota egipcia en el puerto que había junto a aquella. Fue una pérdida irreparable, porque en este lugar se conservaban la mayor parte de los originales de las grandes obras de la antigüedad. También desaparecieron cientos de miles de obras de cuyo contenido solo conservamos los nombres por referencias indirectas.

No obstante, Alejandría fue recuperando poco a poco parte del patrimonio perdido, pues el Museion continuó funcionando aunque no con el ímpetu de antaño, y Marco Antonio, el amante de la reina egipcia Cleopatra VII (la más famosa de las reinas Cleopatra de la familia de los Tolomeos o Lágidas) y sucesor de César tras su asesinato, decidió compensar a esta por los daños sufridos, regalándole el contenido de la que quizás era la segunda biblioteca más importante del mundo mediterráneo, la de la ciudad griega de Pérgamo.

Pese al daño causado, Julio César llevó a cabo una innovación muy importante en cierto sentido, pues en Alejandría conoció el calendario solar egipcio, que era mucho más perfecto que el calendario lunar romano. Y para que en Roma se utilizase el nuevo cómputo del tiempo, decidió llevarse consigo a su regreso a un astrónomo, Sosígenes, que enseñó a los romanos el calendario vigente en su país y que rápidamente fue adoptado en la nueva ciudad. Es el denominado calendario juliano, que estaría en vigor en todo el mundo cristiano hasta el siglo XVI, en que el papa Gregorio XIII decidió de nuevo modificarlo, dando lugar así al calendario gregoriano, que es el que se utiliza actualmente en la mayor parte del mundo.

El mundo de los Tolomeos estaba llegando a su fin. Cleopatra VII fue la última reina de esta dinastía. En su época (51-30 a. C.), se tuvo que enfrentar al creciente poderío romano. Sedujo a Julio César, con quien tuvo el único hijo varón del dictador romano, Cesarión. Luego hizo lo propio con Marco Antonio, el lugarteniente de César, que quedó encargado del gobierno de la parte oriental del mundo romano, en la que se encontraba Egipto. Pero esta relación lo enemistó con el encargado de controlar la parte occidental, Octavio, el futuro primer emperador romano bajo el nombre de Augusto, ya que Marco Antonio se hallaba casado con una hermana de aquel. Cuando el 2 de septiembre del 31 a. C. se produjo el enfrentamiento definitivo en la batalla naval de Actium (o Accio), la reina Cleopatra, presa del pánico, abandonó a Antonio en medio de la batalla, el cual al huir en pos de su amada, permitió que sus barcos fueran apresados por los de Agripa, almirante de Octavio. Este último llegó finalmente hasta Alejandría persiguiendo a Marco Antonio y a Cleopatra. El primero murió pronto en el curso del conflicto, pero Cleopatra intentó seducir por tercera vez al máximo mandatario romano que aparecía por la zona en los últimos veinte años. Cuando se dio cuenta de que no podría conseguir nada del joven Octavio, decidió suicidarse mediante la mordedura de un áspid, según una leyenda posteriormente difundida. De esta forma, llegó a su fin la dinastía Tolemaica y comenzó el dominio romano sobre Alejandría.

En aquella época, en torno al año 30 a. C., el año de la muerte de la última reina egipcia de la familia de los Tolomeos, la ciudad debía de extenderse ya por una gran superficie que debía ocupar alrededor de las seiscientas cuarenta hectáreas, y su población debía de alcanzar unas doscientas cincuenta mil personas, si no más.

**LA ALEJANDRÍA ROMANA:
CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO,
APOGEO ECONÓMICO Y ESPLENDOR CULTURAL**

Pero con el dominio romano todo cambió para Alejandría. Los últimos Tolomeos habían protagonizado reinados decadentes y esta decadencia tuvo también su reflejo sobre la vida de la ciudad, que sin embargo nunca dejó de perder su preeminencia intelectual, aunque sí la política, que había pasado claramente a Roma.

En esta nueva etapa, la eficacia de la administración romana hizo que las cosas cambiaran radicalmente, y que la ciudad volviera a ser el emporio de riqueza que fue durante el siglo III a. C. Los romanos se pusieron manos a la obra y repararon los canales que habían quedado colmatados por su mala conservación. Construyeron nuevos caminos y mejoraron los ya existentes para facilitar el comercio. También hicieron lo mismo con las cisternas en las que se acumulaba el agua que abastecía a la ciudad. De esta forma, la vida urbana se recuperó y Alejandría volvió a vivir un nuevo momento de apogeo. Al igual que con la economía, el mecenazgo romano se dejó sentir también con fuerza en la cultura. El Museion volvió a ser un centro respetado de investigación científica, y un lugar donde la creación intelectual tenía el campo abonado gracias a nuevas y generosas donaciones por parte de los emperadores romanos. La Gran Biblioteca se reparó y floreció de nuevo, aunque ya no lo podría hacer nunca con la misma intensidad y prestigio que había tenido hasta el terrible incendio del año 48 a. C.

La vida en Alejandría siguió su curso tranquilo y pausado, solo interrumpido por alguna serie de turbulencias que pasaban pronto. En una de esas ocasiones, estalló una rebelión en Judea contra los romanos en el año 66 d. C. (a partir de este momento, todas las fechas que citamos son ya de la era cristiana), que se extendió a otras partes donde habitaba una importante comunidad judía, como ocurrió en el caso de Alejandría. La represión sobre los habitantes del barrio Judío, acusados de intentar ayudar a sus compatriotas de Judea, fue terrible. Se dice que fueron masacradas cincuenta mil personas en el año 70. Es una cifra sin duda exagerada, pero en cualquier caso muestra los efectos que esta rebelión tuvo. La comunidad judía en Alejandría nunca se volvería a recuperar después de semejante devastación.

En el siglo II, Alejandría continuaba creciendo y aumentando su población. En esta centuria puede ser que se alcanzara entre trescientos y cuatrocientos mil habitantes, aunque hay quien opina que ya debería de rondar el medio millón. Sea la cifra que fuese, lo que está claro es que era ya la segunda ciudad más importante del Imperio después de la propia Roma, a la que aventajaba claramente en prestigio intelectual.

De hecho, en este momento vivió la última gran personalidad científica relacionada con la ciudad, el astrónomo Claudio Tolomeo, que a mediados de ese siglo expuso su equivocada teoría geocéntrica según la cual la Tierra era el centro del Universo. Pese a su error, la concepción tolemaica se mantendría vigente durante catorce siglos, hasta que se impusiera la heliocéntrica del astrónomo polaco Copérnico.

De alguna manera, tras la muerte de Claudio Tolomeo hacia el año 170, tanto la Biblioteca como el Museion entraron en un periodo de atonía. No surgieron apenas nuevas lumbreras en la ciencia alejandrina, fue como si, de pronto, el saber y la inventiva de sus habitantes se hubiesen agotado. Ambos centros del saber se convirtieron en rémoras del pasado, en los cuales se conservaba todo lo que se había investigado antes, pero no se creaba nada nuevo, ni aportaban nada práctico al conocimiento del mundo de su tiempo.

Pese a este estancamiento, Alejandría seguía creciendo y desarrollándose. Durante la primera mitad del siglo III su población debió de alcanzar el máximo de habitantes. No es fácil precisar con

exactitud cuántas personas podían vivir en las novecientas veinte hectáreas que por aquel entonces alcanzaba la ciudad, pero quizás superaba el medio millón de habitantes, y probablemente se acercaba a los seiscientos mil, habiendo opiniones que se atreven a proponer incluso la cifra de setecientos mil.

La ciudad había llegado a su máximo nivel de crecimiento, aunque su prestigio cultural ya no aumentaba. En este contexto, varios emperadores visitaron Alejandría. Primero lo hizo Adriano, que fue el turista más ilustre durante el primer tercio del siglo II. Un siglo después apareció en la misma otro emperador, Caracalla, pero la visita de este dejó un amargo recuerdo en la ciudad. Al parecer, el emperador se sintió ofendido por la actitud de parte de la población alejandrina y ordenó un duro castigo sobre la misma. Para completar su venganza, el emperador decidió cortar la subvención estatal que hasta entonces se pagaba al Museion. Carente de ayuda económica, este se vino de pronto abajo y comenzó a languidecer de manera irreversible. Fue un golpe de gracia que dio pie a la decadencia cultural de Alejandría.

Pero el resto de la vida de la ciudad siguió su curso sin grandes sobresaltos, a pesar de que los tiempos comenzaban a cambiar para peor, y que una crisis de gran envergadura se estaba adueñando de la mayor parte del Imperio romano. A partir de mediados del siglo III, la situación se complicó enormemente en todo el mundo mediterráneo. Alejandría no solo no iba a ser una excepción en este sentido, sino que por el contrario fue una de las ciudades que más sufrió todas las convulsiones que tuvieron lugar en esta época. Así, en el corto espacio de tres décadas, la población de la ciudad se rebeló tres veces contra sus gobernantes, y la consecuencia de tanta revuelta fueron los terribles daños a los que se vieron sometidos buena parte de sus edificios principales, cuando las tropas de los emperadores reprimieron las protestas.

En el 262 hubo una primera insurrección de la población, pero las tropas del emperador Galieno la sofocaron sin mayores problemas. Diez años después y en el contexto de la lucha que Roma llevó a cabo contra la ciudad oriental de Palmira, un partidario de esta última en Alejandría, Firmo, sublevó de nuevo a la ciudad contra el emperador Aureliano. Este, tras un duro enfrentamiento, penetró en Alejandría y se tomó cumplida venganza de la defección de la misma. En el curso de los acontecimientos, el edificio del Museion fue seriamente dañado, pero los daños en la Gran Biblioteca no fueron, afortunadamente, de gran consideración. Los estudiosos que aún quedaban en el Museion tuvieron que abandonarlo y marcharse de la ciudad o refugiarse en el Serapeum, donde aún se conservaba una sección filial de la Biblioteca.

Los alejandrinos no aprendieron de este duro escarmiento, y en el 295 provocaron una tercera rebelión contra el poder imperial. Esta revuelta, dirigida por un tal Aquileo, duró tres años y finalizó cuando las tropas del emperador Diocleciano pusieron sitio a la ciudad, que resistió los ataques durante ocho meses, hasta que finalmente se rindió. Las consecuencias de esta tercera rebelión fueron mucho peores aún que las de las dos primeras. Diocleciano expulsó a todos los extranjeros que había en Alejandría con la excusa de que lo hacía para evitar que estos siguieran conspirando contra Roma y alentando rebeliones contra los emperadores. En el aspecto estrictamente urbano, esta lucha de tres años tuvo trágicas consecuencias para el caserío de la misma. Los palacios tolemaicos desaparecieron en buena medida, así como la necrópolis real con sus mausoleos. No tenemos información precisa, pero es probable que la tumba de Alejandro se viera muy afectada por estas turbulencias, y que empezara el proceso que la llevó a su desaparición.

Tras más de treinta años de luchas incesantes, la población alejandrina se vio sin duda muy

reducida en su número, aunque es difícil precisar en qué medida sufrió este hecho, ya que las fuentes no dan ningún dato preciso. Hay estimaciones que sitúan en menos de ciento cincuenta mil su número de habitantes a principios del siglo IV, pero esto no deja de ser una mera elucubración sin ninguna base documental fidedigna. Sí sabemos que el espacio habitado se había reducido a solo trescientas hectáreas, menos de la tercera parte del que existía un siglo antes, lo que da una idea de la despoblación de la ciudad tras tres cruentas rebeliones.

Cabe preguntarse por qué Alejandría se rebelaba con tanta frecuencia contra el poder romano. La respuesta no está en una supuesta rebeldía de sus habitantes, que conocían bien las consecuencias que podría tener este hecho, sino en su importancia estratégica y económica. Quien dominaba la ciudad, dominaba el comercio de cereal y de alimentos procedentes de las fértiles tierras del valle del Nilo, y del cual dependían en buena parte los suministros de la población de la ciudad de Roma. Controlar Alejandría era controlar la alimentación de Roma, y esto era una tentación demasiado grande para que cualquier general ambicioso o cualquier enemigo de Roma no dudara en tomar la decisión de emplearla como arma para conseguir sus propósitos.

A principios del siglo IV sucedieron dos hechos muy importantes que, si bien no guardaban ninguna relación el uno con el otro, marcarían decisivamente el futuro de la ciudad. Por una parte, la religión cristiana comenzó a imponerse sobre el resto de las religiones paganas. En esta pugna, Alejandría fue, como veremos más adelante, un punto crucial para la expansión de la fe cristiana. En segundo lugar, la naturaleza empezó a mostrarse cruel con la población. A partir del año 320, y por espacio de un milenio, Alejandría sufrió al menos veintitrés terremotos de gran intensidad que arruinaron por completo sus edificaciones. Cada cuarenta años, por término medio, la ciudad sufrió un violento temblor de tierra que la fue degradando paulatinamente hasta su práctica desaparición.

No obstante, todavía durante el primer tercio de este siglo IV, Alejandría seguía siendo casi con toda seguridad el centro cultural más importante del mundo antiguo, y eso también le daba una preeminencia en las querellas religiosas que empezaban a azotar el mundo de su tiempo. El emergente cristianismo se estaba haciendo poco a poco con el control religioso del Imperio romano y Alejandría desempeñó un papel crucial en los primeros momentos de eclosión de la fe cristiana. Fue allí desde donde se difundió la doctrina trinitaria del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que todavía defiende la cristiandad. Y ello se hizo en dura pugna con otras herejías como el arrianismo, el monofisismo y muchas más, que invadían el complicado panorama teológico de esta época. En el Concilio de Nicea, celebrado en el 325, las tesis alejandrinas sobre la naturaleza de Dios triunfaron, y eso era un síntoma evidente de que, pese a tratarse del impulso de una nueva religión, el prestigio cultural e ideológico de la escuela de Alejandría estaba todavía por encima del de cualquier otro lugar de su época.

COMIENZA LA CRISIS: EL CRISTIANISMO Y EL FINAL DE LA GRAN BIBLIOTECA

Pero el triunfo duró poco. Solo cinco años después del Concilio, el emperador Constantino inauguró la nueva capital que acababa de construir y que llevaría su nombre: Constantinopla. Y el auge de esta ciudad pronto dejó sentir sus consecuencias negativas sobre Alejandría, que empezó a perder importancia en todos los sentidos, en el contexto de su tiempo.

Durante la mayor parte del siglo IV, Alejandría languideció. La ciudad conservaba todavía buena

parte de la herencia de su pasado, y seguía siendo un punto de referencia para los estudiosos e intelectuales de su tiempo, pero su fama menguaba, al igual que su población y su riqueza. Sus habitantes vivían más del prestigio del pasado que de la riqueza del presente. Aunque todavía seguía siendo una metrópolis importante, su momento de apogeo ya había pasado, y otras ciudades la superarían en el futuro. Quizás esta decadencia no habría sido tan rápida de no mediar en aquel momento un hecho crucial en la historia de la ciudad, un desgraciado acontecimiento que acabó definitivamente con cualquier intento de recuperación de la misma.

El 21 de julio del año 365 un violento terremoto, seguido de un maremoto de gran capacidad destructiva, sacudió a Alejandría de forma trágica. El resultado de esta combinación de fuerzas de la naturaleza fue la muerte de unas cincuenta mil personas, según los cálculos que establecieron los contemporáneos. Pero sobre todo tuvo un efecto mucho más desastroso en el espacio edificado de la ciudad, pues se calcula que más del veinte por ciento de la misma quedó sumergida bajo las aguas a consecuencia de un cambio en la línea de costa y del hundimiento de la parte septentrional del monumental barrio del Brucheion bajo las aguas del Mediterráneo.

De esta forma, la zona más noble de la ciudad, con la mayor parte de los edificios más significativos, quedó enterrada por el avance del mar y se perdió para la historia posterior. De hecho esto ha sido así hasta hace pocos años, cuando algunas misiones arqueológicas submarinas se han propuesto recuperar el importante legado monumental de todo lo que quedó sepultado bajo las aguas hace más de diecisiete siglos y que está actualmente semienterrado en la arena bajo el mar, rescatando estatuas, columnas, etc.

Como se suele decir, «las desgracias nunca vienen solas», a la furia destructora de la naturaleza, se unió también la furia destructiva de los hombres, y lo que aquella había iniciado, lo acabaron estos con mayor saña si cabe.

En el año 391, el emperador Teodosio, un ferviente cristiano caracterizado por su gran intransigencia, ordenó el cierre y la destrucción de todos los templos paganos del Imperio romano. No en todas partes se llevó a cabo esta tarea con gran encarnizamiento, pero, en el caso de Alejandría, la medida tuvo como consecuencia una de las grandes tragedias culturales de la historia. Ese mismo año los seguidores de un monje llamado Teófilo se dirigieron contra el templo del Serapeum, con el objetivo de hacer cumplir el dictado del emperador. Tras su asalto y destrucción, prendieron fuego a los miles de libros que en él se almacenaban como biblioteca filial de la Gran Biblioteca. De esta manera, comenzó a perderse buena parte del legado del mundo clásico, aunque todavía se conservaban la mayoría de las obras que se guardaban en aquella. Sobre las ruinas del Serapeum se construyó una iglesia cristiana.

Pero lo peor estaba por llegar. El cristianismo era cada vez más fuerte, y el paganismo se iba extinguiendo, no solo desde un punto de vista religioso, sino sobre todo cultural. En el 415 sobrevino la catástrofe. Cirilo, un intransigente cristiano que más tarde será santificado (de hecho es conocido como san Cirilo de Alejandría), había sido nombrado obispo de Alejandría tres años antes, y en su afán por acabar con las religiones paganas que aún se mantenían a duras penas, se enfrentó con la que fue la última directora de la Biblioteca, Hipatia (que se ha hecho muy conocida recientemente gracias a la película dirigida por el director español Alejandro Amenábar titulada *Ágora*), una mujer de gran valía científica que hizo importantes aportaciones a la física de su tiempo, en una época en la que el saber había decaído ya tanto que era raro que hubiera personas que lo cultivasen a una escala elevada. Hipatia lo hacía, con el mérito además de que era mujer, en un mundo en el que estas eran

infravaloradas por sus capacidades intelectuales. Cirilo tenía un grupo de seguidores más radical e intransigente que él mismo, los llamados Monjes Negros por el color de sus túnicas. Atacar a Hipatia y a la Biblioteca no era fácil, pues su directora estaba bien relacionada con el gobernador romano, con quien mantenía una gran amistad, y con otros funcionarios imperiales de gran importancia. Pero los Monjes Negros, espoleados por Cirilo, decidieron que era necesario acabar con el último vestigio importante de la cultura pagana, y en una acción deleznable asaltaron la Biblioteca, asesinaron a Hipatia, que trató de impedirles la entrada, y a continuación prendieron fuego al contenido de la misma. En pocas horas, miles de pergaminos ardieron y se perdieron la mayor parte de ellos de forma irremediable, ya que en aquella época anterior a la imprenta las copias de los libros se hacían a mano, un trabajo muy costoso y caro. Solo en la Gran Biblioteca de Alejandría se conservaban muchos ejemplares que tenían un carácter único. La mayor parte de su contenido desapareció, y entre la antigüedad y nuestro tiempo se abrió un vacío, una oscuridad, que por desgracia, nunca más volveremos a recuperar casi con toda seguridad. Solo unos pocos fragmentos de la misma se conservan en algunos museos y archivos del mundo, pero su contemplación nos hace pensar aún con más pena en todo lo que se perdió para siempre.



Tras el hundimiento de buena parte de la ciudad en el maremoto del año 365, los arqueólogos han de buscar hoy sus restos en el fondo del mar Mediterráneo. Aquí se muestra la cabeza de una estatua semienterrada encontrada en las proximidades de Alejandría.

Alejandría debía de presentar por entonces un aspecto de devastación. San Juan Crisóstomo, al visitarla, a finales del siglo IV, se preguntaba con cierta sorna por el lugar en donde se encontraba el mausoleo de Alejandro, y comprobando que aquel prácticamente había desaparecido, decidió fundar una pequeña capilla sobre los restos del mismo, para conservar los huesos de algunos santos cristianos.

El antiguo barrio real del Brucheion estaba ya prácticamente deshabitado. La escasa población de la ciudad, probablemente poco más de cincuenta mil personas, se concentraba en las pocas casas que aún quedaban en pie rodeando a las ruinas del templo del Serapeum, que ya también había dejado de existir como tal. La gran metrópolis de la antigüedad, que causó admiración entre sus contemporáneos, no era ya más que un conjunto de viviendas semiabandonadas, entre antiguas construcciones destruidas. No obstante, la vida no se extinguió del todo. Bajo la administración del Imperio bizantino, que heredó en la zona oriental del antiguo Imperio romano el poderío de este, la ciudad mantuvo una cierta actividad, e incluso su tradición cultural hizo que en ella se reuniera una

nueva colección de libros y de pergaminos. Durante más de dos siglos, los gobernantes bizantinos intentaron evitar su ruina y su desaparición. Lo consiguieron a medias, Alejandría siguió vegetando y, aunque ya nunca volvería a ser lo que fue, mantuvo su pulso vital durante todo este tiempo. Apenas conservamos datos sobre su historia en este periodo, aunque se sabe que, a finales del siglo VI, una fuerte epidemia relacionada con algún tipo de peste exterminó a buena parte de la población de la ciudad. En cualquier caso, esta epidemia fue común a la mayor parte de las ciudades y del campo del mundo mediterráneo a finales de esa centuria.

EL TRISTE FINAL DE LA ALEJANDRÍA CLÁSICA: LOS ÁRABES Y EL ISLAM

El siguiente hecho que protagonizó Alejandría fue otro ejemplo más, quizás magnificado en este caso, de su decadencia. En el año 642 un nuevo pueblo y una nueva religión hicieron acto de presencia en la ciudad, se trataba de los árabes, que estaban extendiendo la religión musulmana con una rapidez inusitada. En ese momento, llegaron a la ciudad las tropas del general Amir. Por aquel entonces, Alejandría debía de haber recuperado algo de su antigua grandeza y esplendor. Puede que la ciudad sobrepasara en ese momento los setenta mil habitantes y hay constancia de que existía en ella una biblioteca que, de alguna forma, aunque en muy pequeña escala, era heredera de la tradición de aquella que los Tolomeos habían fundado casi mil años antes.



Visión romántica de la muerte de Hipatia, según el cuadro de Charles Williams que se conserva en el Laing Art Gallery de Newcastle. Los fanáticos monjes que la asesinaron prendieron fuego a continuación a la mayor parte de los libros de la Gran Biblioteca alejandrina.

Según una tradición que tiene muchas probabilidades de ser falsa, cuando Amir tomó la ciudad y se encontró con la biblioteca, le preguntó al califa Omar I qué debía de hacer con ella. Según esa misma tradición, el califa le respondió: «Si los libros que te has encontrado dicen lo mismo que el Corán, quémalos, pues son innecesarios. Si los libros dicen cosas contrarias a la doctrina del Corán, quémalos también, pues son perniciosos. En cualquier caso, destruye esa biblioteca». La frase la recogió un cronista musulmán muchos siglos después, y la mayor parte de los historiadores la han puesto en duda, pues se trata claramente de un caso de propaganda política contra la actuación intransigente de una facción del islam, algo que en aquella época no era precisamente lo que caracterizaba a esa religión. En cualquier caso, la leyenda continúa diciendo que Amir le hizo caso al califa y ordenó quemar todos los libros que se conservaban en los estantes de la biblioteca. Para magnificar el contenido de esta y para dar una idea de la cantidad de libros que allí se guardaban, dice esa misma historia que el general mandó que con ellos se calentase el agua de las termas que había en Alejandría, y que eran tantos los libros que se quemaron, que durante seis meses el fuego de las termas ardió utilizando como combustible las páginas de los libros.

El final de Alejandría durante los tiempos medievales fue una sucesión de acontecimientos desgraciados que cabe mencionar de forma rápida. En el 796 un terremoto derrumbó el cuerpo

superior del Faro, que a pesar de las tragedias vividas, todavía se mantenía en pie a duras penas. En el 969 se llevó a cabo la fundación de una nueva capital musulmana para Egipto, Al Qahira, a la que hoy día conocemos como El Cairo. Su creación conllevó la despoblación de Alejandría, que perdió definitivamente toda importancia política durante cerca de mil años. Entre 1261 y 1375, lo poco que quedaba de la ciudad sufrió tres terribles terremotos más, los cuales dañaron irreversiblemente al único monumento importante que se conservaba en pie, el Faro, curiosa y contradictoriamente, el más alto de todos ellos. Durante el primero de los seísmos se derrumbó buena parte de su estructura, pero aún se mantenía en pie la parte baja. Esta desapareció en el gran terremoto del 8 de agosto de 1303, pero según los cronistas, aún se podían contemplar sus cimientos y la ruina de los materiales amontonados en torno a su planta baja. Lo poco que quedaba desapareció definitivamente con el terremoto de 1375, tras el cual se perdió cualquier referencia posterior a la gran almenara. En el siglo XV los turcos otomanos aprovecharon sus ruinas para construir un fuerte en la desembocadura del puerto, la fortaleza de Qait Bey, cuyos bloques inferiores de mármol son probablemente restos del antiguo faro. Un siglo después, se erigió una mezquita sobre el lugar en el que se había levantado la tumba de Alejandro, Iskander para los musulmanes. El lugar se conoce todavía con el misterioso nombre de la colina de los espacios ocultos.

Cuando tres siglos más tarde, en 1798, las tropas de Napoleón Bonaparte tomaron la ciudad, Alejandría era una miserable aldea en la que no vivirían probablemente ni siquiera siete mil personas. El gran corso la abandonó con desdén al no contemplar ninguna de las glorias que habían hecho de ella una de las joyas urbanas del mundo antiguo.

Desde entonces, la ciudad comenzó a recuperarse. Se convirtió en el principal puerto egipcio del Mediterráneo y su población creció considerablemente hasta el momento actual, si bien hoy día no queda prácticamente nada de la ciudad que asombró a sus contemporáneos por su grandeza, su riqueza y su cultura. Muy recientemente, en 2002, se inauguró una nueva biblioteca de Alejandría, en un intento de recordar aquella institución que hizo de la ciudad de la ribera africana del Mediterráneo una urbe verdaderamente universal para siempre.

Las ciudades helenísticas en el Próximo Oriente. Antioquía: la gran olvidada del mundo clásico

Sin mucho esfuerzo podemos recordar o conocer el nombre de las principales ciudades de la antigüedad o del mundo clásico: Roma, Atenas, Alejandría, Jerusalén, Babilonia... Todas ellas, de un modo u otro, aportaron sus monumentos, sus ideas, su riqueza o su poder a la historia de la humanidad. Sin embargo, en el mundo clásico existió también una gran ciudad, comparable si no superior a muchas de las citadas anteriormente, que es prácticamente desconocida. La ciudad es Antioquía.

Antioquía fue, durante más de ocho siglos, una metrópolis con una riqueza igual o mayor a la de cualquier otra ciudad de su tiempo; su población rivalizaba con cualquier otra aglomeración urbana de ese periodo y solo era superada por Alejandría o la mismísima Roma. Sus monumentos debieron de ser asombrosos, según nos cuentan los historiadores de la antigüedad, pero de ellos casi nada nos ha quedado. Fue allí donde se desarrolló en buena medida la más importante de las religiones que existen hoy día: el cristianismo. Si nada o casi nada sabemos de ella, se debe a que fue una ciudad bastante desgraciada, como veremos a continuación.

Los reyes seléucidas que la construyeron eligieron lo que pensaban que era un emplazamiento excepcional, a orillas del río Orontes, en la confluencia de una vasta red de rutas comerciales entre Arabia, la costa mediterránea, Mesopotamia y Persia; con un puerto cercano y en medio de un valle fértil resguardado de ataques exteriores. Sin embargo, no tuvieron en cuenta un hecho fundamental, porque no podían prever nada del mismo. La ciudad se construyó, desafortunadamente, justo sobre la falla tectónica que atraviesa el Mediterráneo oriental de norte a sur y en la que se encaja el mar Muerto. Esa falla ha provocado numerosos temblores de tierra a lo largo de la historia. Durante varios siglos, Antioquía recibió las consecuencias de una serie de movimientos sísmicos de enorme intensidad que la destruyeron varias veces hasta sus cimientos. Es por eso por lo que hoy apenas conservamos nada de ella. La acción devastadora de las fuerzas del interior de la tierra, unida a las destrucciones que los propios hombres le ocasionaron a lo largo de los siglos, hizo que la ciudad dorada, la novia del Mediterráneo, acabara prácticamente desapareciendo de la memoria de los seres humanos.

LA FUNDACIÓN DE ANTIOQUÍA

Como casi todas las ciudades antiguas, los orígenes de Antioquía están envueltos en la leyenda y en el mito. Al parecer, la zona, donde se ubicará posteriormente la ciudad, fue el lugar que escogió Alejandro Magno para que sus tropas vadearan el río Orontes en su marcha hacia la costa fenicia y

Palestina. En el año 333 a. C. el ejército macedonio acampó en este punto y su rey Alejandro decidió dejar huella en el mismo construyendo un pequeño templo dedicado a Zeus Filios, junto a un manantial en el que, tras beber agua, comentó que le parecía de tan buen sabor como la leche con la que lo amamantó su madre.

Un cuarto de siglo después, uno de los generales que lo sucedieron, Seleuco (al que posteriormente se le conoció como Seleuco I *Nicátor*, ‘el Victorioso’), decidió construir una ciudad en el lugar donde Alejandro había erigido el templo de Zeus. Según la leyenda, cuando Seleuco buscaba el emplazamiento adecuado, un águila se posó junto al templo de Zeus, lo cual fue tomado como un buen augurio por los supersticiosos griegos que decidieron construir allí una de las dieciséis antioquías que Seleuco fundó a lo largo de su vida.

Seleuco había heredado la parte oriental del Imperio de Alejandro y deseaba organizar su territorio según los patrones griegos de la época. Por eso creó una red de ciudades desde las que controlar mejor sus dominios. Y *Antioquía* (nombre dado a la ciudad en honor de Antíoco, el padre de Seleuco), llamada «del Orontes» para distinguirla de las demás, acabó convirtiéndose en la más importante de todas, hasta el punto de que Seleuco le concedió la capitalidad de la parte occidental de su territorio, reservando la parte oriental a otra ciudad que había fundado poco antes, Seleucia del Tigris, de la cual ya hablaremos más adelante.

En el año 307 a. C. dieron comienzo las obras de la ciudad. Diecisiete mil griegos iniciaron la construcción. El encargado de diseñarla fue un arquitecto griego llamado Xenarius, quien empleó el plano que más de moda estaba por entonces, el denominado hipodámico (en honor a su inventor, Hipódamo de Mileto, a quien ya conocemos) u ortogonal, ya que en el mismo las calles se cortan en ángulo recto y forman una especie de retícula.

Xenarius planificó manzanas de forma regular con ciento doce metros de largo por cincuenta y ocho de ancho, guardando una proporción de dos a uno, la más usual que se utilizaba en las ciudades seléucidas, y cuyo patrón parece obedecer al ejemplo de Pella, la capital del Imperio macedónico de Alejandro Magno.

Antioquía estaba atravesada en la parte central por una gran avenida principal. Después de sucesivas ampliaciones, hubo otras grandes avenidas que cruzaban la ciudad por su parte central. La mayor de todas ellas fue la que se construyó durante el reinado del emperador romano Tiberio, a comienzos del siglo I. Se dice que tenía una longitud de unos tres kilómetros y medio en un sentido norte-sur, con aceras porticadas de diez metros de anchura. Estos pórticos estaban sostenidos por columnas de granito gris rosáceo, separadas cinco metros entre cada una de ellas, es decir, la enorme avenida estaba flanqueada por un total de mil cuatrocientas columnas de dimensiones ciclópeas. La avenida tenía también canales para el desagüe del agua y poseía una calzada de grandes losas calizas de unos diez metros de anchura para que por ella discurriera el tráfico. La anchura total de esta calle de las Columnas o avenida de la Columnata o de las Columnas era de unos treinta metros. Nada en el mundo de aquel tiempo podía igualarse a semejante estructura, y los contemporáneos que la admiraron nos han transmitido informaciones en las que dejan constancia de la suntuosidad y la grandiosidad de la misma.

La ciudad se hallaba situada en un valle de gran fertilidad, el del río Orontes, al cual bordeaba durante el tramo final de su recorrido, siguiendo la vía que iba desde Beroea (la actual Aleppo) hasta la ciudad de Laodicea, en Asia Menor (hoy la península de Anatolia, en la actual Turquía). La fértil llanura de Amuk, en la que se ubica Antioquía, situada en esta parte del curso del Orontes

garantizaba el aprovisionamiento de alimentos para una elevada población. Además, a algo más de veinte kilómetros quedaba la costa del mar Mediterráneo. Allí Seleuco ordenó construir un puerto de gran tamaño desde el que podían llegar los productos a la ciudad y desde el que exportar las mercancías que Antioquía distribuía. El puerto recibió el nombre de Seleucia Pieria.

Hacia el año 301 a. C. Antioquía estaba ya en plena construcción. Se calcula que en ella trabajaban ya veinticinco mil personas de origen griego, además de un número indeterminado de esclavos, pero probablemente bastante superior al anterior. En torno al 300 a. C. comenzó también la construcción del templo de Apolo Pithio, en el cercano bosque o jardín de Dafne, a unos nueve kilómetros de la ciudad, aunque el posterior crecimiento de esta hizo que en su momento de máximo apogeo hubiera solo unos seis kilómetros de distancia entre uno y otro. Este lugar era, según las descripciones de la época, un sitio maravilloso. Las noticias que sobre el mismo nos han llegado se refieren a él como un jardín paradisiaco en el que el agua, procedente de cuevas y manantiales subterráneos, brotaba en abundancia entre las rocas calizas. En él se encontraba una gran cantidad de vegetación, con árboles de gran tamaño. Sin duda debía de ser lo que en geomorfología se denomina una formación de travertino, una especie de mármol blanco que aparece cuando se deposita el carbonato que lleva disuelto el agua procedente de la roca caliza. Hoy día el lugar está tan transformado por las edificaciones que junto a él han surgido que ha perdido todo su encanto original, pero en cualquier caso sigue siendo un lugar muy atractivo para la visita, con numerosas cascadas y formaciones de carácter tobáceo, lo que le da un aspecto «mágico», como es propio de los lugares mediterráneos en los que existen formaciones de tobas travertínicas. La mitología griega situaba en este lugar dos hechos muy importantes de sus leyendas. Se pensaba que era aquí donde Apolo había perseguido a la ninfa Dafne y esta, acosada por él, había pedido al dios Peneo que la ayudara. Este convirtió a Dafne en laurel (que es lo que exactamente significa *Dafne* en griego) para salvarla de los requerimientos de Apolo. De hecho, el templo de Apolo se ubicó junto a un enorme laurel que existía en el jardín y en cuyo interior se suponía estaba la ninfa que había sido salvada de este modo. Esto hizo que el bosque de Dafne se convirtiera en un lugar dedicado al amor, y fuera famoso por sus numerosas posadas y albergues donde se citaban los amantes. Este hecho fue posteriormente muy criticado por los escandalizados cristianos, que lo tenían por un lugar de perversión y depravación.



Mosaico de época clásica que se conserva en el Museo del Louvre en París y que representa *El juicio de Paris*. Según la leyenda, este juicio tuvo lugar en el bosque de Dafne, muy próximo a Antioquía.

También se ubicaba en este bosque la leyenda del juicio de Paris, en el que el hijo del rey de Troya escogió a Afrodita como la más hermosa de las diosas griegas, tras prometerle esta que conseguiría para él a la mujer más bella que existía en el mundo, la joven espartana Helena. Era, evidentemente, el tipo de leyenda que gustaba narrar a los antiguos griegos, y que nada tenía que ver con la realidad. Pero el bosque de Dafne era un lugar tan asombroso que para los imaginativos griegos era allí donde deberían de haber tenido lugar todos los hechos narrados anteriormente.

El templo de Apolo fue además el lugar donde se ubicó una de las grandes obras de arte de la antigüedad, la gigantesca estatua del dios, esculpida por el famoso escultor Bryaxis. Todos los años, el templo y su estatua recibían la visita de miles de peregrinos (a los que hoy llamaríamos probablemente turistas) de diversas partes del mundo griego y romano.

Seleuco I ordenó plantar en este lugar un bosquecillo de cipreses que aumentó la frondosidad, la frescura y la belleza del lugar. Era conocido que los propietarios de las villas del lugar organizaban anualmente una competición por ver cuál de ellas era la más bonita. Se decía, en suma, que el bosque de Dafne, al que también se conocía como el Jardín del Amor, era el más hermoso que existía en el mundo.

El plano de Antioquía fue concebido en un principio con una forma rectangular, pero pronto la idea de Xenarius debió de ser modificada, ya incluso en el reinado de Seleuco I. Al convertirse en capital de Siria y por tanto de los territorios occidentales del Imperio seléucida, la riqueza de la ciudad comenzó a atraer rápidamente a numerosos inmigrantes, tanto griegos como sirios y judíos, y fue necesario contemplar una ampliación del plano en dirección hacia el este, ya que el río Orontes suponía un obstáculo difícil de salvar a pesar de que se había construido un puente que comunicaba a Antioquía con la actual ciudad de Alexandretta, a través de la denominada puerta del Puente.

De este modo, Antioquía comenzó a crecer hacia el monte Silpios o Silpius. Esta elevación, situada al sur, alcanzaba una altura máxima de cuatrocientos cuarenta metros, mientras que la ciudad en sí se hallaba situada a sesenta y siete metros sobre el nivel del mar, de ahí que una vez ocupado el valle del río Orontes, las villas y las manzanas en las que se construían comenzaran a trepar por las

faldas del monte Silpios.

Esta misma dinámica continuó con el siguiente rey seléucida, Antíoco I Soter (281–261 a. C.), y de hecho fue en este momento cuando se produjo la primera ampliación de forma organizada de la ciudad. Esta tuvo lugar hacia el nordeste y, según las noticias que nos ha transmitido Estrabón, en ella se asentaron un elevado número de pobladores de ascendencia siria que configuraron el denominado barrio Sirio, caracterizado por unas calles más estrechas y por una mayor densidad de población. Era en este barrio donde se encontraba el mayor mercado de la ciudad: en él, una abigarrada multitud de comerciantes vendían toda clase de productos exóticos a las miles de personas que diariamente lo visitaban. Antíoco I completó el cerramiento de la ciudad con las murallas que había iniciado su padre casi medio siglo antes. Ya en este momento, Antioquía se estaba convirtiendo en una de las ciudades helenísticas más importantes de toda Asia junto con Alejandría y Seleucia del Tigris.

Pero el éxito de Antioquía no era coyuntural, por el contrario la ciudad no cesaba de crecer ante la afluencia de numerosos inmigrantes. Eso llevó a que en la época de Seleuco II Calínico (246–225 a. C.) se iniciara una segunda ampliación, con la construcción de una nueva muralla que englobara en su interior a la creciente población de la urbe.

LA REINA DE ORIENTE

Este segundo muro fue terminado por el más conocido de todos los soberanos seléucidas, Antíoco III el Grande, que reinó entre el 223 y el 187 a. C. Fue con él con quien verdaderamente se inició el periodo más floreciente de Antioquía y esta etapa de auge se prolongaría al menos durante cuatro siglos. Al comienzo del reinado de Antíoco III, la población debía de superar ya ampliamente los cincuenta mil habitantes, y es preciso tener en cuenta que en esta cifra no se incluye un número bastante elevado, pero muy difícil de calcular, de esclavos.

Durante el reinado de Antíoco III se inició también la expansión hacia el denominado barrio de la Isla, territorio que como su nombre indica, se encontraba rodeado por dos brazos del río Orontes. Con el tiempo, esta zona acabaría convirtiéndose en la más noble de la ciudad y en ella llegaron a ubicarse tanto la mayor parte de los baños públicos como los palacios imperiales y, en particular, el gran hipódromo de Antioquía. Este era el segundo mayor del mundo por su capacidad, después del Circo Máximo en Roma, del que hablaremos más adelante y, con el tiempo, llegó a alcanzar un aforo de ochenta mil espectadores. Sus dimensiones eran colosales, cuatrocientos noventa y nueve metros de largo por setenta y cinco metros de ancho. Este hipódromo se ha hecho mundialmente famoso para millones de personas que sin embargo desconocen su verdadera ubicación. Y es que es el lugar en el que se desarrolla en la ficción, hacia el año 30 de nuestra era, la carrera de cuadrigas de la novela *Ben Hur*, escrita por el estadounidense Lewis Wallace en 1880 y llevada al cine bajo la dirección del también estadounidense William Wyler en 1959 (con Charlton Heston en el papel principal), aunque en la película se cita al hipódromo de Jerusalén como lugar de la carrera de cuádrigas más famosa de toda la cinematografía.

El momento de mayor apogeo constructivo de la Antioquía helenística se alcanzó sin embargo durante el breve reinado de Antíoco IV Epífanes, entre el 175 y el 164 a. C. En esos once años, la ciudad experimentó una transformación aún mayor, si cabe. Siguiendo la dinámica que hasta entonces la había caracterizado, la población continuó en línea ascendente, y sin duda durante el reinado del cuarto Antíoco se sobrepasó probablemente el número de cien mil habitantes, lo que la hacía ya una

de las mayores metrópolis del Mediterráneo oriental. Su extensión en este momento debía de ser de unas seiscientas hectáreas.

Para albergar a tan creciente población, Antíoco IV decidió ampliar de nuevo su espacio y construyó un cuarto barrio al que le dio el apodo por el que a él le conocían, así apareció el barrio de la *Epifanía*, que en griego quiere decir ‘la Manifestación’, o expresado de una forma más libre ‘el Milagro’. Aunque también, al ser el cuarto barrio de la ciudad, se lo conoció con el nombre de su equivalente en griego: Tetrapolis.

Antíoco IV decidió que cada barrio debía estar separado de los otros por una muralla interior que evitase enfrentamientos entre las tres comunidades que en aquel momento componían la ciudad: la griega (atenienses y macedonios, principalmente), la siria y la judía (que se asentaba predominante al sur de la ciudad y se dedicaba por regla general a las labores agrícolas), además de otras muchas nacionalidades que debían de componer su variopinta población. Sin embargo, todos ellos tenían los mismos derechos y esto contribuyó al engrandecimiento de la ciudad, pues ninguno de estos grupos se sentía postergado ante el resto. Aunque culturalmente se trataba de una población completamente helenizada, no era el griego, o el dialecto de la koiné, el más hablado entre sus habitantes, sino la lengua propia de Siria, el arameo, la más difundida entre sus pobladores. Por esta época, Antioquía comenzaba también a ser un centro del arte y de las letras griegas, aunque este idioma no fuese el dominante dentro de la ciudad.

En este momento Antioquía contaba ya con una considerable extensión interna, el diámetro de la ciudad era de unos tres kilómetros de extremo a extremo, si bien no todo el espacio interior estaba totalmente ocupado, cosa que fue sucediendo a lo largo de los siguientes siglos. Fue en esta época cuando se inició la construcción del palacio real en la isla del Orontes, así como la del teatro, que aprovechaba una concavidad natural en la ladera del monte Silpios. Probablemente también existía ya un anfiteatro, dado que tenemos constancia de que en el año 166 a. C. tuvieron lugar en el mismo los primeros combates de gladiadores en Antioquía, aunque será durante la dominación romana cuando se amplíen considerablemente todos estos edificios.

El bosque de Dafne seguía siendo el lugar más atractivo de Antioquía y, en general, se estaba convirtiendo también en uno de los reclamos turísticos más importantes de todo el mundo mediterráneo, gracias a la fama del oráculo de Apolo, que cada vez aumentaba más. Debió de ser en aquellos tiempos cuando se llevó a cabo la construcción de la fuente de Castalia, a semejanza de la que ya existía, desde hacía muchos años, en el templo de Delfos, en Grecia. Se decía que esta fuente podía predecir el futuro de quien la consultase ante los sacerdotes y las sacerdotisas que la custodiaban.

La ciudad seguía expandiéndose por la ladera del Silpios, donde se ubicaban las mejores villas de Antioquía junto a las existentes en el camino a Dafne. Era la zona más fresca y saludable de la urbe, ya que en ella, gracias a la protección de la montaña, había más sombra y los rayos del sol no daban de pleno durante la mayor parte del día.

Fue asimismo en esta época cuando comenzó a conocerse a Antioquía como la Reina de Oriente o también con el epíteto de la Ciudad Dorada, gracias a su belleza y a las magníficas construcciones que en ella se estaban llevando a cabo, y eso que la mejor época de la ciudad estaba todavía por llegar.

Durante casi un siglo y medio, Antioquía no había parado de crecer y de aumentar su riqueza, pero, más tarde o más temprano, tenía que acabar sobreviniendo algún tipo de crisis, y la primera

importante de la que tenemos conocimiento tuvo lugar precisamente en el momento de florecimiento que estaba teniendo lugar durante el reinado de Antíoco IV. Y llegó de la manera más habitual para las grandes poblaciones del mundo antiguo, en forma de epidemia de peste. Sabemos este hecho porque para intentar detener la mortífera plaga, hacia el año 170 a. C., a Antíoco se le ocurrió construir una cabeza colosal en piedra caliza aprovechando un afloramiento de la ladera del monte Silpios. Esta estatua aún se puede observar, aunque muy deteriorada, en su lugar original. Fue dedicada a Caronte, la deidad del mundo subterráneo y de ahí que se le llame el Charonion. Al parecer se trataba de un intento de aplacar la cólera del barquero que llevaba las almas de los que fallecían al infierno, para evitar que con ese presente disminuyera su actividad. Esta cabeza colosal podía verse desde casi todos los puntos de la ciudad, y acabó convirtiéndose con el tiempo en uno de los símbolos que mejor representaban la grandeza de Antioquía.

Durante la segunda mitad del siglo II a. C., Antioquía debía de acercarse ya al considerable volumen de población de ciento cincuenta mil habitantes. Llevaba más de siglo y medio de crecimiento ininterrumpido, y salvo la epidemia que le había afectado unas décadas antes, no había experimentado mayores convulsiones en una época continuada de riqueza y de esplendor.

Pero los tiempos malos estaban por llegar. En el siglo siguiente, su crecimiento se detuvo y ello se debió fundamentalmente a que se vio envuelta en las convulsiones que experimentó Siria antes de la llegada de los romanos. Esto fue debido al enfrentamiento que los Seléucidas mantenían con sus enemigos los partos y debido también a los propios problemas de sucesión dinástica que surgieron dentro de la familia real gobernante.

La naturaleza fue la primera en hacer acto de presencia de una forma dramática. En el año 148 a. C. la ciudad sufrió un violento terremoto. Este sería el inicio de una serie de convulsiones sísmicas que llegarían a su clímax siete siglos después. Cuando aún no estaba recuperada de los inmensos daños que había causado el temblor, fueron problemas de índole política los que la sumieron en la anarquía y el caos. En el año 147 a. C. se produjo una rebelión contra el soberano Alejandro I Balas, y en el curso de la misma Antioquía fue incendiada, desapareciendo una buena parte del caserío de la ciudad en este suceso. Solo seis años después tuvo lugar una nueva rebelión contra Demetrio II Nicátor, que había sustituido a Alejandro I. En este caso, los daños que experimentó fueron también considerables en la lucha que tuvo lugar, y muchos miles de sus ciudadanos fueron masacrados en la contienda que se desarrolló en el interior de sus muros.



Cabeza colosal del Charonion o Caronte. Esculpida para liberar a la ciudad de una grave epidemia, podía ser vista casi desde todos los lugares de la ciudad.

Pero Antioquía se había convertido ya en una urbe de tal importancia que incluso podía superar los anteriores conflictos sin resentirse especialmente de los mismos. Es más, en el año 129 a. C. experimentó un nuevo crecimiento al convertirse en la única capital del Imperio seléucida. Los partos habían tomado definitivamente Seleucia del Tigris, y Antioquía quedó como la única ciudad importante en manos de los monarcas seléucidas, que trataron de engrandecerla todo lo posible. En este contexto llegó incluso a sufrir la ocupación parcial de las tropas del rey armenio Tigranes el Grande, en el año 83 a. C., pero este acontecimiento apenas sí afectó a la gran metrópolis.

ANTIOQUÍA ROMANA

En esta situación de atonía y de recuperación se mantuvo Antioquía hasta el año 64 antes de nuestra era. En esa fecha se produjo un acontecimiento fundamental en la historia de la ciudad. El general romano Pompeyo llegó a sus puertas y la ocupó sin grandes convulsiones ni derramamientos de sangre. Comenzaba con ello una etapa decisiva en la historia de Antioquía, tal y como iba a ser el dominio romano, que se prolongaría, con la continuidad de los bizantinos, durante setecientos años.

Y fue precisamente en ese periodo cuando la ciudad alcanzó su momento culminante, así como cuando también tuvo lugar su trágica desaparición.

Consciente de la importancia de la gran metrópolis, Pompeyo decidió nombrarla capital de Siria y de todas las provincias orientales bajo el control de la República de Roma. El general romano ordenó la reconstrucción de sus edificios principales, que llevaban arruinados casi un siglo, y decidió ampliar el maravilloso bosque de Dafne, regalándole más terrenos para que pudiera acoger al elevado número de visitantes que recibía el templo de Apolo y todos los edificios relacionados con su culto.

En el año 47 a. C. fue Julio César quien visitó Antioquía tras su campaña en Egipto y, al igual que Pompeyo, quedó sumamente impresionado de la grandeza de la ciudad. Por ese motivo decidió también dejar su impronta en la misma en forma de monumentos y ordenó que se construyera en ella un templo a Júpiter, una gran basílica a la que se denominó en su honor el Kaisarion, y mandó a su vez que se restaurase y ampliase tanto el teatro como el anfiteatro de la ciudad. No descuidó a su vez el archiconocido bosque de Dafne y, siguiendo la costumbre iniciada por Pompeyo, regaló más terrenos para que continuara creciendo y embelleciendo más sus jardines y edificios.



El bosque de Dafne era una formación de carácter travertínico donde el agua creaba caprichosas formas en la roca caliza. Según una antigua tradición, fue en este lugar donde contrajeron matrimonio Cleopatra y Marco Antonio

El bosque debía de ser por aquel entonces uno de los lugares más visitados del mundo gracias a su enorme fama. Según una tradición, fue en este lugar paradisiaco donde contrajeron matrimonio dos personajes a quienes también conocemos: el lugarteniente de César, Marco Antonio, y la reina egipcia Cleopatra VII, partícipes de una de las historias de amor más conocidas de todos los tiempos.

Bajo la dominación romana, Antioquía fue prosperando cada vez más. Ya en época del primer emperador, Augusto, el rey judío Herodes decidió, en un alarde de generosidad y debido a la abundante presencia de ciudadanos judíos en la ciudad, regalarle la construcción de una gran avenida porticada o *stoa* en la zona este de la ciudad, levantada entre los años 25 y 13 a. C. Con ello inauguraba una tradición que llevarían a su más alto grado los gobernantes que le sucedieron.

Por esa misma época, Agripa, general de Augusto que había sido nombrado gobernador de la ciudad en el año 17 a. C., decidió ampliar los límites de la misma con la creación de un nuevo suburbio hacia el sur, por el camino hacia Dafne, pues era tal la llegada de nuevos pobladores que el recinto de Antioquía se estaba quedando pequeño para albergar a tantos habitantes. Agripa decidió también continuar la labor de César y ordenó que se volviera a engrandecer el teatro de la ciudad.

El propio Augusto, conocedor de la importancia política y económica de Antioquía, quiso contribuir a su engrandecimiento ordenando la construcción de la vía Sebaste o vía Augusta, que comunicaba la ciudad con la de Mileto, separada por más de mil kilómetros. En el año 6 a. C. se dio inicio a esta construcción, y dos años después Augusto mandó erigir un nuevo templo a Júpiter Capitolino en el monto Silpios, así como un foro o mercado público en el centro comercial de Antioquía.

La ciudad crecía y progresaba como nunca lo había hecho. Probablemente ya en este momento superaba los doscientos mil habitantes y era, tras la propia Roma y tras Alejandría, la tercera ciudad más poblada del Imperio, y por consiguiente una de las mayores que existían en el mundo. No solo era su población, sino también su riqueza, su lujo, sus monumentos e incluso su cultura lo que la llevó a ser considerada una de las mayores metrópolis de la antigüedad clásica.

Quizás esos fueron en parte los motivos por los que Tiberio, el sucesor de Augusto en el trono imperial, se propuso dejar su impronta en la ciudad mediante una obra constructiva de gran envergadura que asombró al mundo de su tiempo. Tiberio decidió engrandecer a Antioquía mucho más de lo que hasta entonces lo era, y para ello se embarcó en un programa edilicio destinado a cambiar la estructura urbana de la ciudad. Durante los veintitrés años de su reinado, del 14 al 37 de nuestra era, se llevó a cabo la construcción de la mayor avenida que hubo jamás en la antigüedad, la calle o avenida de las Columnas o de la columnata. Una impresionante arteria de unos tres kilómetros y medio de longitud y de más de treinta de anchura, que comunicaba la puerta norte de la ciudad con la puerta sur, cruzándola de extremo a extremo. En ella no se reparó en gastos y se levantaron más de mil cuatrocientas columnas de granito que cubrían unos pórticos de considerable tamaño. Protegidos por estos se abrían numerosos establecimientos comerciales y viviendas de lujo para los habitantes más ricos de la ciudad. La que sería la mayor avenida porticada del mundo en aquellos siglos había sido trazada de tal manera que recibía continuamente las brisas provenientes del mar Mediterráneo, lo que hacía que fuera un lugar fresco y agradable incluso en las épocas veraniegas de altas temperaturas. En el centro de la gran avenida Tiberio mandó construir un nuevo foro que lógicamente llevó su nombre y, en medio del mismo, se situó una gran estatua del emperador, junto a una piscina o estanque de grandes dimensiones decorado con complicados mosaicos y mármoles de gran calidad y de diversos colores.

Para proteger mejor a la ciudad, el emperador Tiberio decidió construir un nuevo recinto amurallado que se extendió por la ladera del monte Silpios y, para mejorar aún más la defensa, mandó erigir en el mismo una ciudadela fortificada en la que se estableció la guarnición que protegería a Antioquía en caso de ataque. Durante este momento se encontraba como gobernador de la ciudad uno de los generales más dinámicos que hubo en el Imperio romano, Germánico, sobrino de Tiberio y su posible sucesor. Sin embargo, en el año 19, cuando aún era muy joven, Germánico murió inesperadamente, quizás envenenado.

Las obras de la avenida de la Columnata debían de estar prácticamente finalizadas cuando en el año 37 la ciudad volvió a experimentar una nueva sacudida sísmica de gran envergadura. Fueron tales los daños que el emperador Calígula mandó una delegación formada por dos senadores para que se informaran de la situación y poder así enviar ayudas. Ayudas que desgraciadamente apenas sí llegaron, como era costumbre en el desequilibrado emperador. Pero pese a este desastre, la ciudad seguía prosperando y ganando población. Hacia mediados del siglo I se calcula que, tras la ampliación de Tiberio, Antioquía debía de extenderse ya por nada menos que mil setecientas

cincuenta hectáreas. Es difícil calcular su población, las estimaciones más prudentes hablan de más de doscientos mil habitantes para aquellos años, pero hay otros historiadores que elevan a un total de trescientos cincuenta mil sus habitantes; en cualquier caso, estamos ante un considerable volumen de población.

Fue en este momento cuando Antioquía participó en otro de los grandes acontecimientos que tuvieron lugar en el mundo antiguo. Unas décadas antes había aparecido en Palestina la figura de Jesús de Nazaret predicando una nueva religión. Entre los años 45 y 48 Saulo de Tarso, a quien conocemos mejor como san Pablo, desarrolló allí buena parte de su actividad pastoral, tomando a la ciudad como centro de sus viajes.

En Antioquía es donde por primera vez se consolidó el *cristianismo* y donde también por primera vez se utilizó esta palabra para designar a los judíos que habían renunciado a su antigua religión y habían aceptado la nueva que había predicado el Galileo. Desde Antioquía partieron buena parte de los apóstoles para anunciar al mundo romano la palabra de Jesucristo, desde ese lugar se difundió el cristianismo por todo el mundo y fue allí donde se gestó la primera gran comunidad cristiana de la historia.

Fue tal la importancia de Antioquía en este aspecto que cuando se eligieron los cuatro grandes patriarcados de la antigüedad, Antioquía tuvo el honor, junto a Jerusalén, Roma y Alejandría, de ser la sede de uno de ellos.

Antioquía se hallaba situada relativamente cerca de Judea. Por eso, cuando estalló la guerra contra los judíos, no se vio libre de las convulsiones que este hecho produjo. Entre los años 66 y 70 tuvieron lugar diversos ataques contra la comunidad judía asentada al sur de la ciudad. Finalmente, cuando la resistencia judía se derrumbó y las tropas romanas ocuparon Jerusalén, el general Tito, convertido pocos años después en emperador, como venganza y para afrenta de los judíos que habitaban en la ciudad, decidió trasladar uno de los querubines que coronaban el Sancta Sanctorum del templo y lo ubicó sobre la puerta sur de Antioquía, aquella que se abría al barrio Judío. De este modo les recordaba permanentemente a sus habitantes la derrota sufrida y los humillaba ante la visión del máspreciado de sus tesoros. Desde aquel momento, la puerta sur de la ciudad fue conocida como la puerta del Querubín.

Por esta misma época se construyó un nuevo teatro en el recinto del santuario de Dafne. Este estaba sin duda en el apogeo de su existencia y permanecería en el mismo durante al menos un siglo más. Antioquía no cesaba de crecer y de aumentar en tamaño y en población. Los acontecimientos políticos o religiosos no solo no afectaban negativamente a la ciudad, sino que esta continuaba mejorando paulatinamente y fue alcanzando cada vez mayor riqueza y prestigio.

Durante el siglo II alcanzó probablemente la cumbre de su historia, tanto en lo político, como en lo económico, en lo demográfico y en lo cultural. Los emperadores continuaron mimando a su capital de Oriente, y cada vez que pudieron hicieron una visita a la misma para engrandecerla aún más con nuevas construcciones y monumentos. Así, Trajano, que la visitó en el año 115 en plena campaña contra los partos, ordenó que se ampliara y mejorara el teatro. Pero, durante su estancia en la ciudad, tuvo lugar un nuevo movimiento sísmico de tal violencia que se dice que llegó incluso a alterar el paisaje de los alrededores de la ciudad, totalmente convulsionada por esta catástrofe. Hasta tal punto fue de intenso el terremoto que cuentan los cronistas que el emperador, asustado de la violencia de las sacudidas, decidió abandonar el palacio imperial e instaló su tienda de campaña en medio de la arena del circo para estar a salvo de cualquier derrumbamiento que se pudiera producir a

consecuencia de los temblores.

Pocos años después, el emperador Adriano visitó asimismo la ciudad. Adriano, como ya sabemos, fue uno de los emperadores más ilustrados y con más ansias constructivas de toda la etapa imperial y Antioquía se convirtió en uno de sus lugares favoritos en cuanto a engalanamiento del conjunto urbano. El emperador intentó reconstruir todos los daños que había causado el anterior terremoto, y no solo lo consiguió en buena medida, sino que continuó ampliando y mejorando las infraestructuras de Antioquía. A él se debe la mayor construcción destinada a abastecer de agua a su población, un enorme acueducto de muchos kilómetros de longitud cuyas aguas sirvieron para aliviar la sed de la siempre necesitada población de la ciudad. Para almacenar la misma en caso de escasez, Adriano construyó también un enorme depósito en el interior de la misma, muy cerca del río Phyrminus, que rodeaba a la ciudad por el sur.

Adriano también ordenó erigir varios baños y termas aprovechando la abundancia de agua, levantó un nuevo circo para que los habitantes pudieran disfrutar de más juegos en él y también hizo construir nuevas avenidas porticadas paralelas a la que Tiberio había construido un siglo antes, aunque no con la misma magnificencia. Tampoco se olvidó del bosque de Dafne. Allí hizo levantar un enorme peristilo junto a la fuente de Castalia. En el centro de este peristilo ordenó construir un estanque en mármol al que se le denominó fuente Saramanna, que contribuyó a dar mayor hermosura aún al conjunto.

Asimismo, Adriano promovió que se construyera una gran biblioteca en la que se reunieran todas las obras que hasta entonces estaban desperdigadas por la ciudad y sus alrededores. Continuó con ello la obra que estaba llevando a cabo en otras ciudades, como ocurrió con la propia Atenas o Alejandría.



Ruinas del acueducto que mandó construir el emperador Adriano para abastecer de agua a Antioquía en el siglo II.

Su sucesor, Antonino Pío, siguió con la tradición constructora de sus antecesores y, en su afán de ennoblecer la ciudad, decretó que se pavimentaran con losas de granito las principales arterias de la misma, a la vez que hizo traer ese material de la mejor calidad de Egipto para reconstruir la magnífica puerta norte de la ciudad, que había sido dañada por los terremotos.

A mediados del siglo II, Antioquía alcanzó su momento cumbre y, a pesar de las convulsiones que experimentaría el Imperio romano en años sucesivos, mantuvo su esplendor al menos durante un siglo. Fue quizás en esa época, entre mediados del siglo II y mediados del siglo III, cuando su población alcanzó su punto culminante, y es una tarea difícil precisar cuántas personas podían vivir

entre sus muros (que en su momento de apogeo albergaron en su interior nada menos que más de dos mil cien hectáreas de espacio edificado). Las estimaciones más cautas calculan en doscientos mil el número mínimo de sus habitantes, pero muy probablemente esta cifra es escasa. En ella no se tienen en cuenta ni el número de las personas que vivían en los numerosos suburbios en torno a la ciudad, ni tampoco el elevado número de esclavos que debía de residir en la misma y que por regla general no se solía contabilizar en los cálculos que se hacían sobre su población. Los autores más optimistas señalan que hacia el año 200 Antioquía podía tener entre cuatrocientos mil y seiscientos mil habitantes, lo que quizás pueda ser una cifra excesiva, pero es posible que la realidad demográfica de la ciudad se encontrara entre una y otra cantidad, a falta de una mejor y más precisa información al respecto.

Durante estos cien años, entre mediados del siglo II y mediados del III, Antioquía no experimentó grandes acontecimientos, salvo un nuevo y destructor terremoto en el año 155. Algunos emperadores volvieron a visitarla, así el co-emperador Lucio Vero residió durante cuatro años (161 a 165) en el bosque de Dafne, gozando de los placeres de aquel lugar. Cómodo también visitó la ciudad hacia el año 176 y ordenó que se celebraran en ella unos Juegos Olímpicos para complacerlo durante su estancia, al igual que se había hecho un siglo y medio antes en la época de Claudio.

Según uno de los grandes historiadores de todos los tiempos, el inglés Edward Gibbon, autor en el último cuarto del siglo XVIII de la monumental *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, Antioquía era en el siglo II y el siglo III d. C. la ciudad más lujosa del mundo, por encima incluso de la propia Roma. Sus habitantes eran los más distinguidos, los más refinados, y la moda y el esplendor, tanto de los vestidos como de los muebles, tenían en Antioquía su máxima expresión dentro de todas las ciudades del Imperio. El arte y el placer también tenían cabida entre los habitantes de la ciudad y la situaban por delante de cualquier otra de su tiempo.

Efectivamente, en aquella época la ciudad vivió una existencia relativamente plácida, al margen de las convulsiones que ya atenazaban a la parte occidental del Imperio. Mientras que Roma y sus alrededores entraban en una acusada crisis, Antioquía se mantenía, aunque con dificultades, en su momento de máximo esplendor. Ello permitió que el cristianismo se fuera desarrollando aquí con cierta tranquilidad a pesar de las coyunturales persecuciones. Fue en Antioquía donde san Ignacio utilizó por primera vez, a comienzos del siglo II, la palabra *católico* (que en lengua griega significa ‘universal’) para designar a la variante cristiana que él defendía. Fue en Antioquía donde, en el año 252, tuvo lugar el primero de los diez grandes concilios cristianos que se celebraron en la ciudad hasta el año 380. Ello nos habla de que, hasta ese momento, Antioquía era quizás el lugar más seguro del mundo romano, donde se podían reunir los obispos cristianos sin sufrir especiales persecuciones.

EL COMIENZO DE LA DECADENCIA

Pero ni siquiera las regiones del oriente del Imperio se vieron al margen de los nuevos acontecimientos que, desde mediados del siglo III, empezaron a sacudir a todo el ámbito romano. En esa época, los partos habían sido sucedidos por una nueva dinastía persa mucho más agresiva que la anterior, la de los Sasánidas. Estos, aprovechando la crisis interna de Roma, decidieron pasar al ataque y penetrar en las provincias orientales romanas, las más ricas y quizás las menos defendidas de todas ellas. Y Antioquía era en este caso un objetivo primordial, ya que mantenía intacta buena parte de su riqueza, lo cual suponía una tentación demasiado grande para un ejército conquistador, a

sabiendas de que la ciudad difícilmente recibiría ayuda de una Roma agitada por continuas luchas entre los aspirantes al trono imperial.

De este modo, entre el 256 y el 272, Antioquía sufrió al menos cuatro ataques por parte de los Sasánidas, dos de los cuales acabaron con la conquista y los consiguientes terribles saqueos de la ciudad. Buena parte de sus monumentos, en especial el teatro, resultaron gravemente dañados, y un número importante de su población fue esclavizada para servir a los Sasánidas en la construcción de una nueva ciudad, a la que el rey persa Sapor I denominó irónicamente *Vez Az Antiokh*, que en su idioma quería decir ‘Mejor que Antioquía’.

No fue hasta la llegada de un emperador más enérgico, Aureliano, cuando hacia el año 273 se puso fin a este estado de cosas, intentado reconstruir parte de su caserío. Pero aunque Roma recuperara Antioquía, el daño estaba ya hecho de forma irreversible y, aunque la ciudad mantuviera aún durante más de dos siglos su pujanza, su historia posterior es, en general, la de una decadencia solo evitada en momentos puntuales por la acción de los emperadores que la visitaron. Esto sucedió cuando Diocleciano llevó a cabo la gigantesca tarea de reorganizar el Imperio y para ello eligió a Antioquía en el 297 como capital de una de las cuatro grandes diócesis en las que lo dividió administrativamente.

La nueva capitalidad sirvió para ejecutar obras que levantarán a la vapuleada ciudad. Diocleciano ordenó que se construyera un gigantesco palacio imperial en el barrio de la Isla. Este seguía el clásico diseño militar de los palacios del emperador, es decir, un enorme rectángulo a modo de campamento, edificado con una gran austeridad. Era un símbolo del poder imperial y un ejemplo de cómo Diocleciano intentaba recuperar el decadente Imperio.

Frente al complejo palatino, Diocleciano construyó una nueva avenida que tenía como punto principal el denominado *Tetrapylon* o ‘plaza de las cuatro columnas’. En torno a la misma se encontraban una serie de templos, pabellones imperiales y un nuevo hipódromo que el emperador mandó construir junto al palacio imperial. Diocleciano no se contentó con dejar la huella de su poder en la ciudad, también decidió contribuir a embellecerla en su aspecto religioso y, para eso, hizo que se construyera un santuario subterráneo a la diosa Hécate en el bosque de Dafne, que debió de ser una obra muy hermosa, pues fue muy alabada por sus contemporáneos.



Dibujo de Ernest Hébrard en 1912 que se conserva en París. En él se representa el palacio imperial que mandó construir Diocleciano en Spalato, el cual tomó como modelo al que construyó a orillas del río Orontes, en el denominado barrio de la Isla.

Pero, en el año 306, Diocleciano abandonó el poder y subieron a él una serie de sucesores entre los que acabó destacando Constantino, al que la historia conoce como Constantino el Grande, gracias a la ayuda que prestó al cristianismo durante su reinado. Constantino fue, en efecto, un decidido defensor del cristianismo y, dado que en su época había pocas ciudades en el mundo que representaran mejor que Antioquía la esencia de esta religión, no es de extrañar que el emperador se volcara con la ciudad. Durante su reinado, se llevaron a cabo nuevas obras que le dieron aún más esplendor, pese a que Antioquía estaba ya iniciando su decadencia. Constantino amplió el palacio imperial de Diocleciano. Su austera fachada fue sustituida por otra mucho más espectacular. En el interior del mismo ordenó que se construyeran suntuosos jardines, mientras que en el exterior dotó a los alrededores de este con un conjunto de cinco termas o grandes baños. Reparó el hipódromo y la casa del Atrio, que había sido erigida durante la época de Calígula en el siglo I d. C. y construyó nuevos pabellones en sus cercanías.

Pero sin duda su proyecto más ambicioso estuvo relacionado no con la grandeza imperial, sino con la importancia de la nueva religión triunfante. En el año 325 dio la orden de construir una gran basílica para el culto cristiano a la que situó junto a la plaza principal del barrio de la Isla. Era una iglesia de planta octogonal cubierta por una enorme cúpula dorada, de ahí que recibiera el nombre de la Casa Dorada. Las obras duraron dieciséis años y no finalizaron hasta la época de su sucesor, Constancio II, en el 341. Fue el edificio más representativo de la Antioquía cristiana y, durante más de dos siglos, será el emblema de la ciudad y de la nueva religión (junto a las grandes basílicas que por aquella época estaban empezando a levantarse en la ciudad de Roma), siendo alabado en todas

las partes del Imperio.

Pese a estas obras, Antioquía ya no era la de antaño. La decadencia del Imperio romano estaba afectando gravemente a su riqueza y a su población, a lo que habría que añadir el saqueo al que había sido sometida en el siglo anterior y que la había despojado de buena parte de su antigua grandeza para dejarla en un estado de gran postración. Así, no cabe extrañar que Juan Crisóstomo, el obispo cristiano que la visitó posteriormente, dejara escrito que, en la segunda mitad del siglo IV, su población se había reducido quizás a menos de doscientas mil personas, la mitad de las cuales eran ya cristianas, según él, aunque probablemente en esta estimación no incluía de nuevo el numeroso grupo de esclavos que aún vivía en la ciudad.

Es preciso también recordar que Constantino había construido una nueva capital para la parte oriental del Imperio: Constantinopla, y tras la inauguración de la misma en el año 330, Antioquía perdió la capitalidad que había mantenido durante cuatro siglos, de esa forma el poder y la riqueza comenzaron a desplazarse a la «Nova Roma», como se conocería a la ciudad de Constantino. Por otra parte, el cristianismo se imponía cada vez con más rapidez, y lo hacía además enfrentándose con la tradicional religión pagana en todos los sentidos. Solo así se explica que en un lugar tan escasamente relacionado con esta religión, como era el bosque de Dafne, se erigiera en el año 351 por César Galo, el sobrino del emperador, una iglesia dedicada al obispo Babilas, que había fallecido un siglo antes. Esto suponía una clara afrenta a los ritos clásicos basados en el amor y en el placer. Para los cristianos, el bosque de Dafne no representaba estos sentimientos, sino un lugar de pecado y depravación que había que santificar y es, en este sentido, donde cabe interpretar la construcción del osario del mencionado obispo. El santuario de Apolo era uno de los más conocidos del mundo antiguo ya que el prestigio de su oráculo era muy elevado. Para los cristianos la vida licenciosa con la que relacionaban las costumbres del lugar constituía un ejemplo muy pernicioso, de ahí que para contrarrestar esa influencia decidieran trasladar a la iglesia los restos del obispo. Ahí permanecieron hasta que una década después llegó a la ciudad un nuevo emperador, el hermano de César Galo, Juliano, a quien la historia conoce con el sobrenombre del Apóstata.

En el año 362 y en el contexto de su ofensiva contra los persas, Juliano se estableció en Antioquía. El emperador tenía las ideas religiosas muy claras, su objetivo era recuperar el paganismo y acabar con la creciente influencia del cristianismo. Cuando llegó a la ciudad la visión de la misma no le satisfizo en lo más mínimo. Antioquía era ya una ciudad bastante cristianizada y Juliano se enfrentó con el alto clero cristiano. Tampoco le gustaron sus habitantes, de los que opinaba que eran de mal carácter, peleones, frívolos, afeminados, pederastas y viciosos jugadores de apuestas. Su opinión, por tanto, no le ayudaría mucho a cambiar las costumbres religiosas que se estaban imponiendo en la ciudad. De esta forma, tras un enfrentamiento con parte de sus habitantes y en especial con la alta jerarquía eclesiástica cristiana, dio la orden de sacar los restos del obispo Babilas del bosque de Dafne para que se enterraran en otro lugar. Eso despertó las iras de los cristianos más intransigentes, que no le perdonaron la ofensa y así, la noche del 22 de octubre de ese mismo año, el gran templo de Apolo desapareció en un gigantesco incendio provocado por fanáticos seguidores de Cristo. En el mismo se perdió también la grandiosa estatua del dios que había esculpido Bryaxis hacía casi setecientos años. El suceso podría haber acabado siendo una catástrofe para Antioquía si Juliano hubiera querido castigar con dureza a los incendiarios, pero el emperador tuvo que partir urgentemente de la misma para enfrentarse a los persas y murió a lo largo de esta lucha, probablemente asesinado por la lanza de un soldado romano de su propio ejército, pero de

religión cristiana.

Le sucedió Joviano, un emperador incompetente al que se le recuerda en Antioquía por haber dado la orden en el año 364 de quemar la biblioteca de Adriano, como castigo a los desórdenes que los paganos habían causado en la ciudad tras la muerte de Juliano.

Joviano murió muy pronto y en el 364 le sustituyó a su vez un nuevo emperador, Valente, con quien hubo un último intento de resurgir la ciudad, al menos desde un punto de vista monumental. Valente se preocupó por restaurar los monumentos que estaban cayendo en la ruina debido a su abandono, engrandeció aún más la iglesia que habían iniciado Constantino y Constancio y construyó el último gran foro imperial de la ciudad que llevaría su nombre, en la avenida de las Columnas o de las Columnatas, junto a uno de los arroyos que surcaba la ciudad procedente del monte Silpios, el de Parmenios. Aprovechando la abundancia de agua en ese lugar decidió construir en el foro un ninfeo, es decir, una espectacular gruta dedicada a las ninfas de la que manaban numerosas fuentes.

La población pagana de Antioquía había esperado que, con la llegada de Juliano, la ciudad recuperara parte de su poder y que el emperador la nombrara de nuevo capital de Oriente, en detrimento de Constantinopla. Pero a Juliano no le dio tiempo a hacer nada de esto, y no solo no pudo devolverle su grandeza sino que, por el contrario, su actuación en la ciudad sirvió para que la población pagana de Antioquía fuera mal vista por algunos de los emperadores que le sucedieron, los cuales demostraron ser intolerantes con todo lo que tuviera que ver con el paganismo, adoptando una postura muy severa contra el mismo y contra sus seguidores.

En el año 379, subió al trono imperial alguien a quien ya conocemos, Teodosio I el Grande, quien, a los tres años de su entronización, decretó las primeras leyes contra el paganismo. En Antioquía estas leyes fueron recibidas con júbilo por el sector más intransigente del cristianismo, y en cuanto se les presentó la oportunidad, los monjes más extremistas asaltaron los templos paganos y los destruyeron en su mayor parte. Solo cuatro de ellos se salvaron de la furia destructora: el de Zeus, el dedicado a Atenea, el de Dionisos y el de la diosa Fortuna. También se vieron a salvo de esta agresión los edificios paganos del bosque de Dafne, pero sería por poco tiempo.

En el 387, la población de Antioquía se rebeló en su conjunto contra una disposición de Teodosio que imponía unos tributos muy elevados que los habitantes de la ciudad no estaban dispuestos a pagar. Teodosio reaccionó contra este hecho arrebatándole a la ciudad el rango de capital metropolitana, como castigo por la sublevación. En el transcurso de estos acontecimientos, el bosque de Dafne se vio invadido por una muchedumbre cristiana que prendió fuego y destruyó uno de los templos que allí había, el de Némesis, la diosa de la justicia. Pero el afán de venganza de Teodosio no se quedó ahí. En el año 391 decretó, como sabemos, la última de sus grandes medidas contra el paganismo y ordenó la destrucción generalizada de todos los templos paganos que aún subsistían en el Imperio. Así, desaparecieron todos los que aún quedaban en pie en Antioquía y sobre todo los del bosque de Dafne, que fue además prácticamente arrasado en su totalidad por las turbas que lo incendiaron de manera salvaje. Desaparecía así uno de los monumentos y de los espacios naturales más importantes que habían existido a lo largo del mundo antiguo. Las destrucciones fueron de tal calibre, que el lugar no se volvió a recuperar nunca más.

**LA FURIA DE LA TIERRA
SE CEBABA SOBRE ANTIOQUÍA**

En esa época, la ciudad estaba ya en plena decadencia. En todo el siglo V apenas se hicieron nuevas obras, salvo una de carácter muy significativo. Durante la primera mitad de esa centuria, en los años del reinado del emperador Teodosio II, se reconstruyeron las murallas de la ciudad, que habían sido abandonadas y que no se habían reparado desde la época de Tiberio, cuatro siglos antes.

En el año 458 la ciudad sufrió un terremoto que le causó considerables daños. Durante la segunda mitad de siglo, el puerto de Antioquía, Seleucia Pieria, entró en decadencia. Sus instalaciones se habían ido abandonando ante el cada vez más reducido tráfico comercial y la ciudad perdió así una de las vías vitales de abastecimiento, a la vez que un punto desde el que exportar las mercancías procedentes de Oriente. Pero a pesar de todos estos vaivenes y desastres, Antioquía debía de seguir siendo una ciudad importante, quizás todavía con una población superior a los ciento cincuenta mil habitantes, o cerca de doscientos mil, aunque eso sí, había perdido buena parte de su riqueza y de su legado monumental.

Pero los acontecimientos que tuvieron lugar durante el siglo VI le dieron la puntilla definitiva a la que, hasta entonces, había sido uno de las tres o cuatro (si contamos a Constantinopla) ciudades más grandes del Imperio romano. Aquella centuria fue calamitosa y supuso prácticamente la desaparición de la gran ciudad que había sido hasta entonces.

En el escaso lapso temporal de sesenta años, Antioquía sufrió tres terribles terremotos y un devastador saqueo que la dejaron totalmente arruinada y sin capacidad posterior de recuperación. El primer temblor de tierra tuvo lugar en el año 526 y, solo dos años después, el 29 de noviembre del 528, un nuevo terremoto completó la labor destructora del primero. Se cree que en ambos seísmos murieron decenas de miles de personas, sin que se pueda precisar su número exacto. La ciudad se derrumbó en gran parte y quedó reducida a ruinas y escombros. En particular, la famosa iglesia octogonal de Constantino y Constancio, a la que por aquel entonces se la conocía como la Domus Aurea de Antioquía, quedó destruida en su mayor parte. Fue una gran pérdida para el legado monumental de la humanidad, porque los cronistas que la conocieron en pie nos han transmitido preciosas descripciones de aquel edificio.

El emperador bizantino Justiniano, a cuyos dominios pertenecía Antioquía por aquel entonces, decidió emprender la restauración de la ciudad arrasada, pero esta había quedado tan desecha que aquel, consciente de ese hecho, decidió reconstruirla casi al completo cambiándole incluso el nombre y denominándola *Theopolis*, ‘la ciudad de Dios’. La obra reestructora de Justiniano estaba prácticamente en sus comienzos cuando un nuevo acontecimiento trágico se abatió sobre la ciudad. Esta vez la destrucción fue obra de los hombres. El rey persa Cosroes I penetró en ella con su ejército en el año 538 y la saqueó, causando importantes daños a su decadente patrimonio. Según se dice, el soberano sasánida se llevó prisioneros como esclavos a trescientas mil personas, pero es difícil creer que en aquella época pudiera todavía vivir tal número de habitantes entre sus ruinas, aunque sí podía haber una población parecida en los alrededores de la región en torno al Orontes.



Ruinas de Antioquía que muestran las consecuencias desastrosas de la serie de terremotos que sacudieron a la ciudad a finales de la época clásica.

Hasta el 540 no se reiniciaron las obras de Justiniano. Cuando estas dieron comienzo de nuevo, poco quedaba ya por reconstruir en la ciudad, pues la cadena de devastaciones que había sufrido hacía que prácticamente fuera imposible recuperar casi nada. Si pudiéramos ver una imagen de la Antioquía de entonces, sería la representación más palpable de la desolación y de la destrucción.

Aun así Justiniano emprendió la tarea de reconstruir lo que a él le pareció más importante, las murallas de la ciudad, y en efecto durante el cuarto de siglo que quedaba hasta el momento de su muerte, los trabajadores se emplearon a fondo para crear un recinto que protegiera lo que en aquel momento debía de ser un montón de escombros con algunos edificios todavía en pie.

La muralla aún se conserva en parte. Se dice que llegó a tener una altura de veinticinco metros y unos trescientos sesenta torreones, tal era la importancia que todavía se le atribuía a aquel lugar, aunque en su interior no quedara casi nada intacto, pero las pretensiones imperiales de devolverle la vida a la ciudad dorada aún se mantenían. Vana ilusión. No habían pasado todavía veinticinco años de la muerte de Justiniano, cuando el 31 de octubre del 588 un tercer seísmo, de una magnitud incluso superior a los que habían tenido lugar sesenta años antes, sacudió de nuevo a Antioquía con una intensidad terrorífica. Automáticamente se abandonaron todas las reconstrucciones de edificios y muy probablemente la muralla quedó inconclusa para siempre. Parecía haber caído una maldición sobre la antigua ciudad y a todos los intentos de los seres humanos por reconstruirla se oponía la furia destructora de la naturaleza.

A partir de ese momento las noticias que nos quedan sobre Antioquía son la de un montón de ruinas en manos de unos y otros invasores. Así, por ejemplo, en el 611 los persas de Cosroes II volvieron a ocuparla, pero solo diecisiete años después las fuerzas bizantinas de Heraclio II la recuperaron para el Imperio. En el 637, y tras la batalla del Puente de Hierro, fueron los árabes los que penetraron en la devastada ciudad. Para ellos Antioquía era Antakya, y con ese nombre fue asimismo conocida a partir de entonces. En aquella época, todavía quedaban en pie algunos restos de la gran iglesia dorada de Constantino, pero los árabes los demolieron para utilizar los materiales en otras construcciones de los alrededores.

Durante seis siglos, Antioquía quedó situada en una tierra fronteriza entre musulmanes y cristianos, y ese hecho de inseguridad y de inestabilidad precipitó aún más su ruina. Ya a mediados del siglo VII, el puerto de Seleucia Pieria fue definitivamente abandonado y nunca más recuperó su actividad. En el 963 las tropas bizantinas de Nicéforo II reconquistaron la ciudad, pero solo seis

años después la perdieron a manos de los sarracenos. En el 1084 Antakya pasaba a poder de los turcos selyúcidas, pero trece años más tarde los cruzados ponían sitio a la ciudad y, tras un cerco de casi un año, la tomaron al asalto en el 1098, causando una espantosa matanza entre sus escasos habitantes, sin diferenciar entre musulmanes y cristianos. Se dice que al reconquistar la ciudad, los cruzados encontraron entre sus ruinas la sagrada lanza con la que había sido herido Jesucristo en la cruz. Durante ciento setenta años, las ruinas de lo que quedaba de Antioquía fueron la capital de un principado cristiano cruzado con su nombre.

Así fue hasta que en 1268 el sultán mameluco de Egipto, Baibars I, le arrebató de nuevo el territorio a los cruzados, con lo que así devolvía la moneda a los cristianos y, tras tomar la ciudad, saqueó a conciencia lo poco que encontró y masacró a su población. Antioquía, o mejor dicho Antakya, permaneció prácticamente abandonada durante seis siglos. En este periodo las continuas crecidas del río Orontes, que ahora recibía un nuevo nombre árabe, Al-Asi, fueron depositando una gran cantidad de sedimentos sobre las antiguas ruinas grecorromanas. De esta forma, el limo recubrió a la antigua ciudad bajo un espesor de hasta once metros de profundidad en algunas de sus partes. Solo las murallas y algunos restos de acueductos elevados quedaron a salvo de la acumulación de fango.

En 1516 Antioquía pasó de nuevo a manos turcas, esta vez a las de los sultanes otomanos, pero siguió languideciendo como un olvidado poblado en el que de vez en cuando aparecía enterrada una antigua huella de su pasado esplendor.

En 1832, un censo de población demostró que el medio millón de habitantes que había tenido dieciséis siglos antes había quedado reducido a menos de cinco mil personas. Durante esta centuria, los restos de las murallas fueron desmantelados para ser utilizados en otras construcciones que se llevaban a cabo de vez en cuando en los alrededores.

Solo entre 1932 y 1939 se emprendieron las primeras excavaciones arqueológicas sistemáticas y científicas que empezaron a desvelar parte del esplendoroso pasado de la ciudad. Pero ni siquiera esta iniciativa permitió conservar las escasas huellas que aún quedaban. Tras la Segunda Guerra Mundial, Antakya comenzó a experimentar una ligera recuperación y sus modernos pobladores no se han mostrado, desde entonces, particularmente interesados en conservar lo poco que queda de su brillante pasado. Así, hacia 1960, el único puente romano que quedaba en pie, de los siete que hubo originalmente en la ciudad, fue destruido para construir en su lugar un nuevo puente con materiales modernos.

A partir de la década de los años ochenta del siglo XX, el crecimiento de Antakya es cada vez mayor, y las consecuencias de este hecho son que las destrucciones de su subsuelo son también cada vez mayores. Sobre lo que fue la Reina de Oriente de la antigüedad se están construyendo en la actualidad grandes bloques de apartamentos en los que alojar a algunos de los ciento cincuenta mil habitantes con que cuenta. Las excavadoras tropiezan de vez en cuando con restos de la antigua ciudad, pero son rápidamente destruidos para poder edificar nuevas viviendas sobre ellos. El sino de destrucción que se inició hace más de un milenio y medio parece que continúa como si la maldición que sufrió, a partir de un momento determinado de su historia, no hubiera terminado aún para Antioquía.

Los orígenes de Roma y el desarrollo del urbanismo romano durante el periodo republicano

Han pasado ya diez milenios desde que se iniciara el proceso de urbanización en el mundo y, probablemente a lo largo de ese dilatado periodo, son muy pocas las ciudades del planeta que puedan presumir de una historia urbana más rica y completa que la de Roma.

Hace dos mil años, Roma era, casi con toda seguridad, la mayor ciudad del mundo, pero es además conveniente recordar que esa situación de primacía, en cuanto al volumen que alcanzó en aquel momento, permaneció inalterable durante dieciocho siglos más, hasta que en el siglo XIX Londres superó la condición de urbe más poblada de la historia. Es cierto que no conocemos a la perfección la historia demográfica de las grandes urbes de Extremo Oriente, pero aun así, ninguna otra ciudad supera a lo largo de la historia la grandeza de la capital del antiguo Imperio romano.

Tenemos datos en los que basarnos para saber de su antiguo esplendor hace dos milenios. Entre estos, cabe destacar: las diferentes etapas de su crecimiento, las edificaciones que aún hoy se conservan, la morfología del viario y del parcelario, su posible evolución demográfica y algunas fuentes clásicas que hacen referencia, de forma imprecisa, a sus características.

En cuanto al crecimiento de su espacio edificado, no sabemos mucho de él, salvo por cinco hechos. En primer lugar, por la llamada empalizada de Rómulo, que debió de construir el legendario fundador de la ciudad a mediados del siglo VIII antes de nuestra era; el terraplén del Septimontium Serviano del siglo VI a. C., la muralla Serviana del siglo IV a. C., y la muralla Aureliana de la segunda mitad del siglo III, ya en la era cristiana. Podríamos añadir también otra fuente de información, como es el único plano conocido de la ciudad que se conserva en nuestros días, el *Forma Urbis Severiana*, realizado hacia el año 200 d. C., pero que desgraciadamente ha llegado muy fragmentado e incompleto hasta nosotros, calculándose que no se conserva ni siquiera un diez por ciento de su diseño original.

La transformación interna del espacio urbano romano la conocemos gracias a los diferentes y numerosos monumentos de aquella época que Roma nos ha legado, y que serán uno de los motivos a los que dedicaremos buena parte de nuestra atención siguiendo un punto de vista cronológico. Son esos restos de la monumentalidad arquitectónica de la antigua ciudad los que señalan con mayor claridad las diferentes fases constructivas por las que atravesó.

La estructura urbana del viario y del parcelario y, por tanto, la morfología de la ciudad, sigue siendo en la actualidad relativamente desconocida, a pesar de los numerosos hallazgos arqueológicos documentados que se han realizado, y a pesar de los intentos que se han hecho para la reconstrucción de la misma. En cualquier caso, los diferentes sectores de la trama urbana que conocemos con cierta profundidad demuestran la ausencia de una planificación urbana del conjunto y, sí por el contrario, la presencia de una acusada anarquía constructiva que se refleja claramente en la irregularidad que

debía de tener el plano urbano de la ciudad. Esto entra en clara contraposición con los diseños ortogonales y rectilíneos de la mayor parte de las ciudades de nueva construcción que erigieron los romanos por buena parte del mundo mediterráneo. Pero, curiosamente, la capital jamás fue un ejemplo, desde un punto de vista urbanístico, de lo que la cultura y la civilización romana difundieron por otras tierras.

La evolución demográfica de la población romana sigue siendo fuente de controversia aún en nuestros días. El problema se deriva del desconocimiento casi absoluto de los datos que pudieran registrar los censos romanos, ya que solo se conservan parcialmente algunos de ellos y además, como suele suceder en todas las poblaciones de época pre-censal, no aportan una gran fiabilidad a las cifras que proporcionan. Pese a esta inseguridad y a los graves problemas de interpretación que este hecho presenta, la cuestión demográfica se revela como de gran importancia a la hora de analizar el fenómeno urbano de la ciudad, ya que pone en relación directa con lo que fue dicho proceso de crecimiento y de evolución; por ello, le dedicaremos ampliamente nuestra atención, aunque sea preciso reconocer la falta de certeza con la que hemos de movernos en este campo.

Las fuentes clásicas nos han dejado algunas descripciones de la ciudad, pero como casi siempre suele ocurrir en estos casos, son bastante inexactas y, en la mayor parte de los mismos, se conservan de forma muy parcial e incompleta. Es evidente que en su momento debieron de existir buenas descripciones del conjunto urbano, pero las que han llegado a la presente época solo ofrecen una visión muy relativa de lo que fue el núcleo de la antigua Roma, si bien siempre aportan algo de conocimiento a la realidad urbanística de aquel momento. A lo largo de esta narración utilizaremos algunas procedentes de los autores de aquella época: Tito Livio, Estrabón, Suetonio...

LAS GRANDES ETAPAS DE LA EVOLUCIÓN URBANA ROMANA

Para facilitar el conocimiento de la historia urbana de la antigua Roma, podemos dividir su evolución en cinco grandes fases.

La primera de ellas es evidentemente el origen y consolidación del primitivo núcleo urbano, que podemos extender desde su legendario origen mitológico con la fundación por Rómulo y Remo a mediados del siglo VIII a. C. (año 753), hasta la invasión y el saqueo por los galos en el año 390 a. C.



Este plano de Roma, en el que aparecen las famosas siete colinas, nos muestra tanto la evolución de la ciudad en sus dos grandes

El crecimiento y el desarrollo de la ciudad hasta convertirse en la mayor aglomeración urbana del mundo sería la siguiente etapa, que cronológicamente podemos situar entre los comienzos del siglo IV a. C. y mediados del siglo I antes de nuestra era, es decir, hasta el momento en que Julio César toma el poder. Por tanto, utilizando como en el caso anterior unas fechas que puedan servir para encuadrar esta etapa, podríamos decir que corresponde al periodo que va desde el 390 hasta el año 60 a. C.

La tercera fase coincidiría con el momento de mayor auge y apogeo de la Roma clásica en la época imperial. Etapa que iría desde el siglo I a. C. hasta principios del siglo III de nuestra era, y durante la cual alcanzará su máxima expansión demográfica, económica, política, artística, cultural y en cuanto a extensión de la superficie de su espacio construido. Aproximadamente podemos fechar este periodo entre el año 60 a. C. y el 200 d. C.

La época de crisis, que se inicia a principios del siglo III y que se mantiene hasta principios del V, vendría a ser la cuarta de esas fases. Se caracteriza esta por la decadencia de la ciudad y por el despoblamiento de la misma. Es una etapa en la que apenas sí se llevan a cabo construcciones monumentales, debido a la decadencia política, económica y demográfica, aunque todavía en ese momento Roma se mantenía como una de las mayores urbes de su tiempo, e incluso llegaría a atravesar etapas puntuales durante las cuales se produjo una cierta recuperación, como sucedió a finales del siglo III y principios del siglo IV. Cronológicamente podemos situar este periodo entre el año 200 y el 410, aproximadamente.

La ruina de la Roma clásica, la quinta y última fase, se inicia con las invasiones de los pueblos bárbaros a principios del siglo V y se prolonga a lo largo de la Alta Edad Media, hasta el siglo IX o incluso hasta el siglo XI. Durante este largo periodo se destruye la mayor parte del legado de la antigüedad y se pierden las grandes obras urbanas que existían hasta ese momento, debido no solo a los continuos saqueos y expolios, sino sobre todo al abandono y a la falta de cuidados del mismo.

EL ORIGEN Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA ANTIGUA ROMA

Tradicionalmente se ha tomado el año 753 a. C. como la fecha legendaria en la que Rómulo fundó la ciudad sobre el monte Palatino. Según esa tradición fue él quien construyó la primera empalizada que delimitaba el espacio urbano situado sobre esa colina que señalaría los límites de la primitiva ciudad romana. Pero la arqueología ha demostrado que esa tradición no se corresponde con la realidad que han ofrecido las investigaciones más recientes. Se sabe que, al menos desde el siglo IX a. C., existía un asentamiento en dicha colina en forma de un pequeño poblado de cabañas, cuyas características culturales coinciden con las existentes en la región del Lacio a finales de la Edad del Bronce. Sin duda, de ser cierta la leyenda que recoge Tito Livio, Rómulo construyó su ciudad sobre un primitivo núcleo de población que ya existía previamente.

Es conveniente estudiar las causas por las que la fundación de la ciudad se realizó en este lugar y no en otro. El emplazamiento ayuda a comprender en parte el por qué de la posterior grandeza de la misma y, por extensión, de todo el Imperio que con el tiempo fue creando. Las colinas existentes en este lugar daban a sus pobladores una seguridad que el resto del valle del río Tíber no aportaba. Ese es un hecho fundamental para explicar por qué fue aquí donde se produjo el asentamiento urbano.

Pero además de esta característica hubo otras que contribuyeron, al menos en un principio, al florecimiento de la población. Era, en este punto, donde se encontraba el vado más importante para atravesar el río Tíber y esto en principio tenía una gran importancia, ya que facilitaba el que los intercambios comerciales se realizaran en este lugar a través de la isla Tiberina, y no en otro. Por otra parte, la ciudad se encontraba lo suficientemente cerca de la costa como para que eso favoreciera el comercio y las relaciones con otros lugares por vía marítima, pero a la vez estaba lo suficientemente alejada de la línea costera y, por tanto, de la visión de una flota enemiga que surcara el mar, como para verse atacada desde este punto. Eso contribuyó también a darle una cierta sensación de seguridad gracias a ser considerada una ciudad «de interior».

Finalmente, hay que destacar que aunque la región del Lacio en la que se ubica era una zona pantanosa y relativamente insalubre, en la que la malaria se cobraba numerosas víctimas, sobre todo en los meses de verano, también es cierto que se trataba de una región bastante fértil desde un punto de vista agrícola. Esta fertilidad le permitió sostener a un elevado número de habitantes, al menos en los comienzos de su historia, cuando el volumen de sus pobladores aún no era lo suficientemente grande como para tener que organizar a todo un imperio con el objetivo de que contribuyese a su sostenimiento.

Durante el periodo de la monarquía (753–509 a. C.), la ciudad experimentó una primera expansión urbana en la que se fue extendiendo por las seis colinas que existían en torno a aquella séptima en la que comenzó el poblamiento: el monte Palatino. No deja de ser curioso observar este proceso de crecimiento, porque a lo largo de toda esta etapa guardó una cadencia sorprendente y paulatina. Coincidente con cada uno de los reinados de los siete reyes primitivos, la ciudad se expandió por cada colina al ritmo de unos cuarenta años de diferencia en la ocupación de cada una de ellas.

Así, tras la fundación de la ciudad capitolina en el 753, el salto a la segunda colina se produjo a partir del 716, momento en el que los primeros colonos sabinos se asentaron sobre el Capitolio. En 673 se produjo la ocupación de la tercera colina, el Quirinal, donde se ubicó el santuario del dios Jano. El crecimiento continuó en el 641, cuando se inició la expansión hacia el monte Celio, sobre cuya colina se creó el palacio real del mismo nombre. En el 616 (siempre antes de Cristo), los romanos ocuparon el Aventino, aunque en realidad fueron los inmigrantes que continuamente llegaban a la ciudad los que probablemente se establecieron sobre la misma. La expansión hacia la sexta colina, el Esquilino, se realizó a partir del año 578 y, finalmente, la última de las siete colinas, el Viminal, se ocupó desde el año 534, con lo cual, antes de la finalización de la etapa monárquica, la ciudad había ocupado las primitivas siete colinas que tanta fama posterior le darían.

Parece comprobado que, a partir del siglo VIII a. C., la mayor parte del mundo mediterráneo se benefició de un proceso de crecimiento demográfico y económico que es perceptible en muchos lugares del mismo, y que tiene como ejemplo más conocido las colonizaciones que llevaron a cabo fenicios y griegos. El crecimiento romano entronca con este proceso más general que afectó probablemente a toda el área en torno a la que para los romanos sería el *mare Nostrum*. Como causas de este crecimiento cabe citar, principalmente, la llegada de inmigrantes procedentes de otras tribus distintas a los latinos. Según se desprende de las antiguas leyendas romanas, estos primeros habitantes de origen no latino debían de ser fundamentalmente varones, quizás en este sentido quepa explicar un hecho tan sorprendente como es el conocido «Rapto de las sabinas», aunque es justo reconocer que nos movemos en el terreno de la pura conjetura. Según esta leyenda, los varones

romanos se vieron obligados a raptar a las mujeres de otra tribu denominada los sabinos, ante la escasez de hembras en la ciudad romana.



La Cloaca Máxima fue una de las primeras infraestructuras que se construyeron en la antigua Roma durante la primitiva época de la monarquía.

No debemos olvidar tampoco el gran desarrollo económico que debió de producirse por esta época gracias al comercio. Hacia el año 640 se debió de fundar el primer puerto en Ostia Antica, situada a unos veinticinco kilómetros al suroeste de Roma, lo que es una clara muestra del crecimiento del tráfico comercial y de la población. También en este periodo se debió de iniciar el proceso de desecación de las marismas y pantanos que existían en la zona con el objetivo de poner estos terrenos en cultivo. Así, en torno al 600 se creó el foro Boario o de los Bueyes, que era el nombre del mercado existente entre las colinas del Palatino y el Capitolio. Fue por tanto en esta época (entre los siglos VIII y VI a. C.) cuando tuvieron lugar las primeras construcciones urbanas de cierta importancia. En ese periodo se construyeron templos y santuarios como los de Júpiter Capitolino, de la Fortuna, de Saturno, de Apolo, etc., y se realizaron numerosas construcciones de carácter práctico y útil, como la Cloaca Máxima, construida hacia el año 600 con el objetivo de drenar las zonas pantanosas próximas a Roma, o el primitivo recinto del Circo Máximo, también por la misma fecha aproximadamente, que se constituyó en el lugar donde a partir de aquel momento tendrían lugar los principales espectáculos. Es la época en la que también se construye el primer muelle fluvial sobre el Tíber (hacia el 590), los primeros foros y mercados, como el Boario, citado anteriormente, y los primeros puentes de barcas y de madera sobre el río (hacia el 508–507), ya a comienzos de la etapa republicana.

A la vez que tuvo lugar todo este desarrollo, la ciudad comenzó también un proceso de ampliación del espacio urbanizado que viene señalado por la presencia de varios hitos. El primero de ellos entronca con la tradición de la fundación de la ciudad. Según esa leyenda, su fundador, Rómulo, levantó la primera cerca o empalizada, sería el denominado Pomerium de Rómulo, que ya a mediados del siglo VIII a. C. fijó los límites del primitivo espacio urbano. Durante la primera mitad del siglo VI, probablemente hacia el año 565 a. C., el rey Servio Tulio ordenó la construcción del denominado Septimontium, conocida posteriormente como muralla Serviana, que englobaba dentro de la misma a las siete colinas, de ahí su nombre. Mucho se ha discutido acerca de la superficie que ocupaba entonces Roma y sobre cuáles eran sus límites. No es posible identificar esta primera ampliación del espacio urbanizado con la muralla Serviana, de la cual actualmente aún se conservan

restos, que es probablemente posterior, en al menos dos siglos, al momento en el que vivió el rey Servio Tulio, como veremos más adelante, pero el nombre pervivió a lo largo de todo este tiempo, y así ha sido conocida históricamente. Esta primitiva «muralla» debió de ser en realidad un recinto defensivo construido a base de estacas y terraplenes, sin que existiera probablemente una verdadera muralla sólida construida de piedra o de otros materiales resistentes.

Aunque resulta de sumo interés, es verdaderamente difícil precisar la evolución demográfica de la ciudad durante esta primera etapa. Conservamos bastantes datos de ella (facilitados por historiadores que vivieron en los primeros siglos de la era cristiana como Tito Livio, Plinio, Dion Casio, Eusebio de Cesarea, etc.) a los que se les otorga una cierta fiabilidad, pero las cifras que ellos aportan no hacen referencia ni a la *urbs*, ni al *ager*. Es decir, se trata de la población que habitaba en el terreno bajo control romano (el municipio, o la comarca, como la llamaríamos hoy día), pero no la que vivía dentro de la propia ciudad o del recinto que la delimitaba. Por tanto, para calcular cuánta población podría vivir en este momento en Roma, debemos basarnos en una serie de estimaciones que no poseen una base totalmente fiable, aunque sí cierta base científica en cuanto a las fuentes que hemos citado. Parece lógico pensar que, a lo largo de todo este proceso, el crecimiento demográfico debió de ir ligado al propio desarrollo urbano de la ciudad y que, por tanto, la demografía fue incrementándose paulatinamente. Ofrecer cifras sobre el volumen de población que albergaba Roma en esa etapa es sumamente arriesgado, no obstante algunos autores calculan que el crecimiento debió de ir duplicándose probablemente en cada uno de los tres primeros siglos. De esa manera, los cinco o diez mil habitantes que quizás había en los comienzos del siglo VII se habrían duplicado probablemente un siglo después. Y es posible que cuando se produjera la caída de la monarquía y el establecimiento de la República, la ciudad romana pudiera englobar ya a veinte o treinta mil almas, pero los datos no pasan de ser meras especulaciones sin fundamento o base totalmente científica. Durante el siglo V a. C., parece ser que el crecimiento de la ciudad no fue tan rápido, estimándose entre treinta y cuarenta mil el número de sus pobladores.

Por el contrario, las cifras para el *ager* o ‘campo’ romano son más fiables, puesto que han llegado hasta hoy datos de algunos de los recuentos que se hicieron a lo largo del siglo VI a. C., y estos, a pesar de su gran disparidad, informan de que hacia el año 500 a. C. la población bajo el control de Roma podía oscilar entre ochenta y cien mil personas. Un siglo después es posible que el número de ciudadanos romanos se situara ya en torno a los ciento cincuenta mil, según los registros que se han conservado de esta época. Los márgenes son tan amplios, debido al escaso rigor que aportan las informaciones, pero ya son lo suficientemente significativos como para hacernos una idea de la importancia que había ganado la ciudad en los primeros siglos de su existencia.

A lo largo del siglo V, la ciudad experimentó una ralentización en su crecimiento a consecuencia de haber sufrido la primera gran crisis de su historia, ocasionada, entre otras causas, por los enfrentamientos entre los dos grupos sociales principales, los patricios y los plebeyos. Estas luchas trajeron como resultado un estancamiento e incluso una recesión económica que afectó a la mayor parte de la centuria y que se acentuó aún más debido a la invasión de los galos, que en el año 390 a. C. ocuparon la ciudad, saqueándola, incendiándola y destruyéndola en buena medida. Con este hecho acaba el periodo que hemos denominado del origen y la consolidación, justo cuando la ciudad se disponía a iniciar una nueva etapa con unas características muy distintas a la anterior.

Tras el paso de los galos, Roma tardó un tiempo en recuperarse de los acontecimientos vividos. Sin duda durante unos años sus habitantes se dedicaron a la reconstrucción de lo destruido, pero pronto continuó con el proceso expansivo que había caracterizado toda su historia anterior. La muestra más patente de este hecho la tenemos en que no solo se produjo una recuperación de su antiguo esplendor, sino que incluso se fueron creando nuevas ciudades en su entorno, así en el 380 a.C. se fundó Panestre, la actual Palestrina, y en el 361 a.C. Tibur, la actual Tívoli.

Los ciudadanos romanos habían quedado escarmentados de la lección que les habían dado los galos, de manera que, para evitar en el futuro acontecimientos parecidos, hicieron todo lo posible para dotar a la ciudad de un verdadero recinto amurallado que impidiera la conquista por parte de los enemigos. De esta forma, entre los años 377 y 353 a. C. se llevó a cabo la reconstrucción de la muralla, que pese a no tener nada que ver con el antiguo rey del siglo VI, siguió conservando su mismo nombre, y así fue denominada, muralla *Serviana*. En este caso sí se trató de unas verdaderas murallas. Su funcionalidad fue tal que sirvieron durante más de seis siglos como recinto defensivo para la ciudad, si bien en casi la mitad de ese periodo no tuvieron utilidad, porque el crecimiento posterior del caserío las sobrepasó, dejándolas inservibles para su cometido original. Aun así, fue la única cerca que poseyó Roma hasta finales del siglo III de nuestra era. Los muros servianos se conservan aún en algunos lugares y todavía es posible reconstruir su trazado sin grandes dificultades, a pesar de que ha desaparecido la mayor parte del muro original. Su extensión demuestra ya la importancia que Roma debía de tener a mediados del siglo IV a. C., ya que englobaban casi cuatrocientas hectáreas en su interior, una superficie que en aquella época era bastante poco frecuente para un núcleo urbano, incluso entre las culturas más desarrolladas de la época.

Este hecho es una prueba más de que hacia mediados del siglo IV a. C. la ciudad se había recuperado casi por completo del saqueo y de la destrucción sufrida media centuria antes. Una serie de hechos vendrían a favorecer a la que iba a ser la urbe más importante de todo el mundo antiguo, y entre ellos, cómo no, hay que citar un aspecto fundamental, la igualación de todo el pueblo romano ante la ley, gracias a la promulgación de las Leyes Licinio-Sextias en el año 367 a. C., que implicaron un avance más en el Derecho romano y que fomentaron el crecimiento de la urbe en todos los sentidos: económico, social, político y militar. Esto conllevó a su vez un gran desarrollo del urbanismo y también de la población. En el espacio de un siglo, aproximadamente desde mediados del IV a. C. hasta mediados del III antes de nuestra era, es bastante probable que tanto la población de la ciudad (que pudo pasar de unos cuarenta mil a unos noventa mil habitantes) como la del *ager* o territorio bajo su dominio (que quizás pasó de ciento cincuenta mil a trescientos mil) se duplicasen. Lo que seguramente provocó una ampliación en la misma medida del espacio urbano, aunque carezcamos de datos fiables que corroboren esta afirmación. En cualquier caso, lo que sí resulta evidente es que durante esta época se produjo una gran expansión demográfica de la población romana.

Paralelo a este desarrollo tuvo también lugar la creación de las primeras grandes infraestructuras urbanas. De esta forma, entre el año 312 (acueducto Acqua Appia) y el 272 a. C. (acueducto Anio Vetus) se construyeron las primeras obras para abastecer de agua a la ciudad. Sería este el inicio de uno de los espectaculares proyectos que más favorecería el posterior desarrollo urbano y que sería la admiración de muchas ciudades de la antigüedad, e incluso del urbanismo europeo y americano,

hasta bien entrado el siglo XIX.



Reconstrucción virtual del Circo Máximo en su momento de máximo esplendor, hacia el siglo II de nuestra era. El origen de esta construcción se remonta, sin embargo, a finales del siglo VII a. C.

También en este sentido hay que señalar el inicio de la red de calzadas que tan gran fama dieron a la ingeniería romana. En el 312 se inició la primera de ellas, la vía Appia, y en el 307, siempre antes de nuestra era, por supuesto, la segunda, la vía Tiburtina. En principio, su objetivo primordial era permitir a las legiones romanas desplazarse con la mayor facilidad y rapidez posibles para acudir allí donde los intereses de Roma las necesitaban. Para transportar todo el material preciso para la guerra, los constructores romanos decidieron empedrar las calzadas y de esta forma darles una solidez y durabilidad como hasta entonces no se conocía.

Las obras de carácter práctico fueron sin duda la clave de buena parte del desarrollo posterior, pero en una época particularmente favorable el ingenio romano no solo se detuvo en este tipo de obras, sino que también se dedicó a otro tipo de construcciones que, aunque no tenían la misma importancia que las anteriores, también son buenos ejemplos del auge constructivo que se vivió en este momento. De esta manera, se reconstruyó en el año 329 el Circo Máximo en madera, y se creó el primer hospital (dedicado a Esculapio, dios de la medicina), con su correspondiente hostería, en la isla Tiberina, en una fecha tan temprana como el año 291 a. C. También se llevó a cabo la construcción de numerosos templos, entre los que cabría destacar el de la Fortuna Viril.

Pero este momento de apogeo de la edilicia romana se vio truncado a mediados de siglo por el estallido de las Guerras Púnicas. Estas se iniciaron en el año 264 a. C., y la consecuencia inmediata para el urbanismo romano fue que se detuvo el ambicioso programa de construcciones públicas que hasta entonces se había llevado a cabo y se inició una nueva crisis que se prolongaría durante más de medio siglo. No solo se detuvo el crecimiento urbano o económico, sino también, y sobre todo, el demográfico. Los censos que se han conservado de este periodo demuestran que la población del *ager* romano descendió entre el año 252 (292.000 habitantes) y el año 178 (259.000), alcanzándose el mínimo justo después del final de la Segunda Guerra Púnica, que acabó en el año 201 a. C., con solo 214.000 pobladores en el territorio romano.

En este periodo, apenas sí se llevaron a cabo realizaciones importantes desde un punto de vista urbanístico. La actividad constructiva se detuvo prácticamente entre el año 254 y el 193 a. C. Las prioridades de los romanos eran evidentemente otras y eso trajo como repercusión la atonía constructiva en lo referente al urbanismo de la ciudad. Las únicas obras importantes que se ejecutaron consistieron en trabajos que fueran útiles para la guerra y, en este sentido, se procedió al

reforzamiento de la muralla, lo que impediría la toma de la ciudad por el cartaginés Aníbal en el año 216, o la reparación y ampliación de nuevas vías y calzadas, como la Appia o la nueva construcción de la Flaminia, que en el año 220 llegaba ya hasta Rímini. Un año antes, el cónsul Cayo Flaminio había ordenado la construcción del circo que lleva su nombre, circundado de pórticos y templos. También en esta misma época se realizó el Clivus Publicus, la primera vía dentro de la ciudad que estaba completamente enladrillada.

UNA NUEVA ÉPOCA DE EXPANSIÓN

Una vez finalizada la Segunda Guerra Púnica en el 201 a. C. con la victoria absoluta de Roma, una nueva etapa expansiva se abrió para la ciudad. El crecimiento que se vivió durante el siglo II a. C. era una muestra de lo que sucedería durante los cuatrocientos años siguientes. Roma se convirtió en el Estado más poderoso del Mediterráneo, si no del mundo, y su capital, centro del mismo, en la ciudad más rica e importante de todo el planeta. La ciudad continuó con un crecimiento cada vez más acelerado y, de la misma manera, se vio obligada a ampliar sus infraestructuras para satisfacer dicho aumento demográfico y económico. De esta forma, y para garantizar el abastecimiento a una población que cada vez era mayor, se construyó el Pórtico Emilia, unos grandes almacenes en el barrio portuario del Emporium, en el puerto junto al Tíber, y de este modo comenzó también la formación de una colina artificial, el monte Testaccio, que fue elevándose progresivamente al convertirse en el vertedero al que se arrojaban todas las ánforas que se rompían al descargar los cargamentos de aceite procedentes de otras partes del territorio romano. También se erigieron en esta época los Hórreos Galbanos para el almacenamiento de cereal, junto al puerto que existía en el foro Boario. El incremento de la población conllevó también la necesidad creciente de abastecerla de agua y ello implicó la creación de dos nuevos acueductos, el Acqua Marcia, que traía el agua desde una distancia de noventa kilómetros; y el Acqua Tepula, acabado de construir en el año 125 a. C.

Las calzadas también se fueron ampliando, en el año 190 a. C., la vía Appia llegaba ya hasta Benevento, Tarento y Brindisi. Mientras que posteriormente se construía la vía Triomphale sobre el monte Mario. Las infraestructuras viarias se completaron con el primer puente construido en piedra sobre el Tíber, el *pons* Emilio, cuya construcción se prolongó durante treinta y siete años. El puente Milvio, en el norte de la ciudad, entró en servicio a partir del año 109 a. C. La ciudad se iba dotando, cada vez más, de obras que le resultarían fundamentales en su evolución futura como gran potencia mundial.

La fiebre constructiva se reflejó evidentemente, también, sobre otros muchos aspectos de la vida de la urbe: nuevos pórticos, como el de Metelo, basílicas des tinadas a los servicios de la justicia como la Emilia en el foro o la Julia... Asimismo, se reconstruyó por tercera vez el Circo Máximo, pero esta vez se hizo de forma más duradera, pues el material empleado fue la piedra.

A pesar de todos estos avances, donde más evolucionó y cambió la ciudad fue en el aspecto religioso. Durante esta etapa, la del siglo II a. C., se vivió un momento de particular esplendor en la construcción de templos dedicados a numerosas divinidades: Magna Mater, Opis y Cibeles, Minucia Vetus, Juno Reina y Júpiter Sator, Marte, la reconstrucción del templo de la Concordia, donde se ubicó el primer museo con el que contó la antigua Roma, el de los Dioscuros, de Aedes Fortunae, donde se situó una colosal estatua femenina, el del Área Sacra del Largo Argentina, de Hércules y del Altar Redondo en Ostia, etc.

El siglo II a. C. contempló ya en sus décadas finales cómo la ciudad se expandía por áreas que hasta entonces no habían sido urbanizadas. Así, a partir del año 142, se procedió a la ocupación del espacio vacante existente en la zona del campo de Marte, donde se inició la construcción del santuario Aedes Emilianus Herculis, en una zona que experimentaría un gran desarrollo urbano en los siglos siguientes.

Este desarrollo se truncó brevemente durante la primera mitad del siglo I a. C., a consecuencia del estallido de las guerras civiles y del impacto que inapelablemente estas conllevarían sobre el desarrollo urbano de Roma. En esta época se produjo una notable reducción de la expansión urbana, y se detuvo la creación de nuevas infraestructuras como consecuencia de la etapa de inestabilidad que se había iniciado con los continuos enfrentamientos entre las diferentes facciones y ejércitos que llevaron a su crisis final a la República romana. En este contexto hay que señalar algunas construcciones muy en consonancia con los tiempos difíciles de esta época histórica. Así, en el año 87 a. C. y tras la destrucción parcial del puerto de Ostia durante los enfrentamientos, se llevó a cabo la última restauración y ampliación de la muralla Serviana, casi a la vez que se construía la vía Triumphale, anteriormente mencionada.



El templo de Vesta es uno de los pocos construidos en época republicana que ha llegado casi intacto hasta nuestros días.

Entre las pocas obras que cabe destacar de este periodo hay que citar la restauración y ampliación de la Cloaca Máxima, la construcción del templo de Vesta, la creación del Tabularium u oficina en la que se conservaban los archivos oficiales del Estado romano y, como colofón, la creación de uno de los monumentos más interesantes que se conservan de la antigua Roma, la tumba de Cecilia Metella (hija del cónsul Creticus, y poseedora de una gran fortuna), erigida en el año 69 a. C. en la vía Appia.

Es en esta época cuando probablemente quedó constituida la morfología irregular del plano de la ciudad. Varios factores tuvieron lugar a la vez para que esto sucediera: el notable proceso constructivo experimentado en este periodo; la anarquía en cuanto a normativa urbana bajo la que se llevó a cabo tal proceso; la irregularidad del viario, propiciada por la ocupación particular del mismo; el desorden a la hora de ocupar el espacio por el parcelario y las manzanas; los frecuentes incendios que asolaban la ciudad continuamente debido a que entre los materiales constructivos aún no predominaban aquellos que eran más resistentes al fuego; el incremento de la altura de las insulas o viviendas en las que se hacinaban numerosos vecinos y que, si hacemos caso a las noticias que

conocemos de aquella época, debían de alcanzar hasta ocho plantas en altura, lo cual pudiera significar que en algunos casos podrían haber tenido hasta cerca de treinta metros de altura, etc. Todo esto debe de ir unido a un hecho muy importante, y es el aumento de la densidad demográfica dentro del espacio construido de la ciudad. La Roma antigua se iba apelotonando y aunque en algunos casos se procedió a la ampliación de sus límites, en otros muchos el aumento de la población se consiguió con una edificación en altura, que implicó un crecimiento enorme de la densidad demográfica.

Si en el siglo III a. C. la ciudad ya había superado los cien mil habitantes, es muy probable que a lo largo del II duplicara esa cifra, y que ya en la primera mitad de la primera centuria antes de Cristo se acercara a los trescientos mil o incluso a los cuatrocientos mil habitantes, aunque como siempre haya que acoger estas cifras con toda la cautela posible. Lo que sí resulta evidente es que el crecimiento de la población no había dejado de tener lugar durante los últimos siglos de la Roma republicana.

Sin embargo, poco ha quedado de esta etapa de la ciudad. El posterior crecimiento de la Roma imperial borró buena parte de las huellas de esta etapa anterior y, salvo en el caso de ciertas edificaciones de gran relevancia, como el templo de Vesta, la tumba de Cecilia Metella o algunas más, o el inicio de la construcción de los foros y palacios que comenzaron en esta etapa a desarrollar el área «noble» de la misma, la mayor parte de la Roma pre-imperial apenas sí ha podido conservarse para la posteridad, a consecuencia del posterior crecimiento urbano que se impuso al de este primer periodo de gran crecimiento. A partir de este momento, se llevó a cabo la construcción de la que fue probablemente (con el permiso de algunas ciudades del Asia Oriental) la mayor ciudad de todos los tiempos hasta el siglo XIX: la Roma de los césares.

El primero en dar los pasos para engrandecer y embellecer Roma al nivel que le correspondía por su categoría mundial fue Julio César. En su afán por convertir al Estado romano en el dueño de la mayor parte del mundo conocido, César no dejó atrás en modo alguno la ejecución de una serie de proyectos que le concedieran a Roma la grandeza que él consideraba que debía tener la ciudad. De esta forma, se embarcó en un ambicioso programa de obras públicas con el objetivo de transformar radicalmente la imagen de la urbe.

Las creaciones en el relativamente corto periodo de tiempo que duró su control sobre el territorio romano (60-44 a. C.) fueron enormes: el puente Fabricio (comenzado en el 62); el teatro de Pompeyo, con una cabida para diecisiete mil espectadores; la reconstrucción de la basílica Emilia tras un incendio en el año 54; el primer foro imperial, denominado Iulianum en su honor; el pórtico de Pompeyo; el puente Cestio para unir la isla Tiberina a la ciudad; la finalización de la basílica Julia, también ese mismo año; la ampliación del Circo Máximo con asientos de piedra, en igual fecha; o los *rostri imperialis*, un año después. A partir del año 53 a. C. se inició un amplio programa de obras públicas para desecar las marismas y de esta manera evitar el paludismo, y mejoras en el puerto de Ostia. Ese mismo año se inició también la creación de la primera biblioteca pública y finalmente en el año de su asesinato, el 44 a. C., finalizó la sala de reuniones del Senado, donó los jardines del Pincio al pueblo romano tras su muerte e inició la construcción del primer palacio en el Palatino, que pos te riormente culminaría su sobrino Augusto.

Pero si las creaciones de Julio César fueron importantes, mucho más lo podrían haber sido en caso de que los proyectos constructivos que había aprobado se hubieran llevado finalmente a cabo, si su muerte no los hubiera detenido. Entre otros muchos, César contemplaba la posibilidad de construir un nuevo y gran puerto en Ostia que reemplazara al que había sido destruido décadas antes, y para

ello se propuso también un obra de enorme envergadura, el encauzamiento del río Tíber en su desembocadura; pero su asesinato le impidió culminar la obra iniciada y esta tuvo que esperar todavía varios siglos hasta su total finalización.

La Roma de los césares, el centro del mundo hace dos mil años

El emperador Augusto dirá de Roma: «Me encontré una ciudad construida en ladrillos y dejé una ciudad construida en mármol». Quizás esa opinión pueda parecer en principio como una grave exageración, pero cuando se analizan las obras llevadas a cabo por el primer emperador romano, la frase cobra todo su sentido a pesar de la grandilocuencia de la misma.

Resulta indiscutible afirmar que durante la larga época augustea (44 a. C. – 14 d. C.), se llevó a cabo una profunda remodelación urbana de Roma, transformando sustancialmente la trama interior de la ciudad mediante un impresionante programa de construcciones monumentales. Se trató, sin la menor discusión, de un intento de dar una mayor unidad y cohesión al conjunto urbano en el que se había convertido la Roma de aquel tiempo. Sin duda la ciudad creció enormemente en el periodo que va desde la subida al poder de Julio César, hasta la muerte de Augusto. En esos tres cuartos de siglo experimentó con seguridad las que fueron las mayores transformaciones de toda su historia. El crecimiento urbano superó con creces la antigua muralla Serviana, que quedó totalmente obsoleta por aquella época, y que además, probablemente, carecía ya de utilidad como demostró la proclamada *Pax romana* que garantizaba la estabilidad y la seguridad de las fronteras y, lógicamente, de la propia capital del imperio.

Augusto se embarcó en un gigantesco programa de restauraciones de antiguos edificios. La mayor parte de estos habían sido casi abandonados durante el último medio siglo a consecuencia de los largos enfrentamientos derivados de las guerras civiles en la etapa final de la República. Cuentan los cronistas que en el momento de máximo apogeo, en torno al año 28 antes de nuestra era, estaban restaurándose nada menos que ochenta y dos templos a la vez. Cuesta trabajo admitir semejante afirmación, pero en cualquier caso, aunque el número sea o no correcto, lo cierto es que Augusto ordenó la realización de una gran cantidad de obras y acometió una serie de importantísimas reformas que le dejarían a Roma ya para siempre el sobrenombre de «la ciudad de los emperadores». No es posible reseñar aquí no ya las tareas urbanísticas llevadas a cabo a lo largo de este periodo, sino que ni siquiera resulta fácil seleccionar aquellas que resultan más significativas de entre las múltiples que se ejecutaron. A modo de ejemplo, señalaremos las siguientes, aunque advirtiendo que la lista podría ser considerablemente mucho más extensa: templos como los de Isis y Serapeum, Saturno, Divino Julio César, Apolo —destinado a la celebración de los *ludi seculares*—, Apolo Médico, Diana Latona, Matris Magnae o el de Castor y Pólux, los cuatro acueductos para abastecer de agua a la sedienta y creciente población de la ciudad, es decir, los de Acqua Iulia, Acqua Virgo, Acqua Tepula o Acqua Alsietina; los pórticos de Octavia —en el que se construyeron dos bibliotecas, una de autores latinos y otra de autores griegos—, de Octavio —sobre el antiguo de Metelo—, de Filipo —en torno al templo de Hércules Mesagete—, y de Saepta Julia —un gigantesco pórtico rectangular de trescientos por ciento veinte metros para el combate de gladiadores—, o los

de Vipsanio y de Livia, en el centro de la plaza de la Concordia; foros como el que llevaba su propio nombre, foro Augusto, quizás su obra más importante, ya que fue construido a lo largo de cuarenta años, para lo que fue preciso destruir buena parte del popular barrio de la Suburra; casas-palacio como la Domus Augustea, en el monte Palatino, o la de Livia; tumbas y sepulcros, tales como el *castilio* en la *porta* Marciana de Ostia —tumba de Eurysaces, el panadero que abastecía de pan a la casa imperial—, la cripta de Balbo, la pirámide de Cayo Cestio en la *porta* de San Paolo y, sobre todo, el enorme mausoleo imperial, que comenzó a levantarse en el año 29 a. C. y donde reposarían los restos del emperador a partir del año 14 de nuestra era.

Pero seguimos, con los teatros: el de Balbo en el campo de Marte, o el de Marcelo, y con los anfiteatros, como el del Campo de Marte, el primero que se construyó en piedra en Roma; o con los arcos: el de Augusto, o el de Dolabella y Silvano en la *porta* Celimontana. Por no hablar de obras como el Umbilicus Orbis o el Miliarium Aureum, que marcaban el kilómetro cero y las distancias desde donde partían todas las calzadas del Imperio; o de circos, así la considerable ampliación del Circo Máximo, en el que se dio cabida a un total de ciento cincuenta mil personas, construyéndose también su espina central. Y no podemos olvidar, sería imperdonable, por muchas razones, el Panteón de Agripa, una de las obras más espectaculares de la arquitectura romana, aunque el edificio del mismo nombre que actualmente conservamos es posterior, pues fue construido por Apolodoro de Damasco en la época de Adriano, entre el año 123 y 128, ya que el original fue destruido por un incendio en el año 80 d. C.



La pirámide de Cayo Cestio es una de las tumbas más originales que se conservan en Roma de la época del emperador Augusto.

Y es que la actividad constructiva en época augustea se plasmó en muchos otros aspectos: huertos en los alrededores de Roma, como el Tauriano y el Calyclani; las termas de Agripa, las primeras que existieron en Roma con carácter público; o la basílica de Neptuno, que se construyó para conmemorar la batalla naval de Actium en el año 31 a. C.; estanques artificiales, como el Stagnum Agrippae, junto a las termas del mismo nombre, o el Lacus Curtius; altares, como el Ara Pacis, el mejor ejemplo del relieve romano, construido para conmemorar la *Pax romana* o *Pax augustea* (es decir, el periodo de paz que se inició a partir de la época del reinado de Augusto); relojes de sol y obeliscos, construidos en el Campo de Marte, y en el templo de la Concordia; o para acabar, por no resultar excesivos, con otra dotación urbana como la del llamado Excubitorium, encargado de la lucha contra los incendios y de las labores de policía urbana.

EL AUGE Y EL APOGEO DE LA ETAPA IMPERIAL

Las creaciones prácticas de la dinastía Julio-Claudia culminaron la obra augustea en los años siguientes (14-68 ya en nuestra era), y las materializaron en numerosas obras de utilidad pública. Así, de esta forma, durante la época de Tiberio se construyó el Castra Praetoria, enorme cuartel (cuatrocientos cuarenta por trescientos ochenta metros) destinado a albergar a la guardia que protegía a la ciudad de Roma. También durante su reinado finalizó la reconstrucción de la basílica Emilia. El breve reinado de Calígula, por su parte, solo dio tiempo para la construcción de un nuevo anfiteatro destinado a los ejercicios ecuestres, el Gaianum, en el lugar en el que hoy día se asienta la basílica de San Pedro en el Vaticano, que fue construida exactamente sobre el lugar del anfiteatro en el que se supone que murió crucificado el primer papa.

La tradición edilicia se recuperó plenamente con su sucesor, Claudio. En su época tuvieron lugar construcciones como los dos nuevos acueductos que aumentaron considerablemente el caudal de agua que abastecía a la ciudad, el Anio Novus y el Acqua Vergine, construidos ambos entre el 38 y el 52. Continuaron construyéndose palacios en el monte Palatino y, sobre todo, se acometieron importantes obras en el puerto de Ostia, que habían sido previstas por Julio César un siglo antes, y de ese modo se reconstruyó el faro y el puerto de esa ciudad.

Nerón continuó con la obra constructiva de su antecesor levantando nuevos puentes (Neronianus) y pórticos, como el del Divino Claudio, sobre una amplia plataforma de doscientos por ciento ochenta metros. También se erigió un mercado monumental, el Macellum Magnum en el Celio, unas nuevas termas y el templo de la Fortuna. Pero, sin duda, el momento más importante de este periodo, y uno de los más destacados de toda la historia urbana de la antigua Roma, tuvo lugar con el estallido de un enorme incendio, del que fueron injustamente culpados los cristianos por el emperador Nerón, en el verano del año 64 que arrasó una buena parte de la ciudad. Durante los varios días que duró, diez de los catorce barrios que componían la misma se vieron arrasados por el fuego. Este hecho dio pie a que Nerón planeara grandes proyectos de reconstrucción de la ciudad aprovechando las destrucciones del fuego para modificar la estructura interna de la misma, a partir de una nueva planificación del espacio interno. El proyecto neroniano era muy ambicioso, pero ni las posibilidades económicas de que disponía, ni el tiempo que duró el resto de su reinado, le permitieron llevarlo a cabo salvo en pequeñas actuaciones puntuales, como en el caso de la

construcción de la Domus Aurea, una grandiosa villa en pleno centro de la ciudad que constaba, además, de un jardín, un estanque y una estatua de enorme tamaño del dios Helios de unos treinta y cinco metros de altura, a la que la gente de aquel tiempo conoció como el Colosseo o Coloso de Nerón. En cualquier caso, el plano de la ciudad seguiría siendo caótico durante el resto de su historia y los sueños de Nerón de una ciudad bien organizada y estructurada jamás se llevaron a la práctica.



El Coliseo es, por antonomasia, una de las imágenes más representativas de la Roma clásica. Aquí vemos una reconstrucción del mismo junto a la gigantesca estatua de Nerón de la que tomó, por proximidad, el nombre. En la imagen también aparecen el enorme templo de Venus y Roma, el arco de Constantino y la fuente denominada Meta Sudans.



Durante el siglo II d. C. el conjunto de los foros imperiales adoptó su estructura definitiva, sin embargo lo que se conserva hoy día es solo un pálido reflejo de la grandeza que debió de tener aquel espacio en su momento de esplendor.

A partir del año 68, la dinastía Flavia se hizo con el poder y, sabedores de la importancia del embellecimiento y engrandecimiento de Roma, continuaron con la obra de sus predecesores. Actuaciones como las del anfiteatro Flavio o Coliseo (llamado así por encontrarse junto al Coloso de Nerón, sobre el antiguo estanque de la Domus Aurea) construido en solo diez años y símbolo de la monumentalidad (en él tenían cabida más de cincuenta y cinco mil espectadores) y de la grandeza de la ciudad eterna, u otras como el templo y el foro de la Paz, donde se conservaron los tesoros obtenidos tras la conquista de Jerusalén, como el candelabro de los Siete Brazos, dan testimonio de esta nueva etapa constructiva.

Tras la muerte del promotor de la construcción del Coliseo, el emperador Vespasiano, tuvo lugar el breve reinado de su hijo Tito, pero en solo esos dos años (79-81), el nuevo emperador dio muestras de su afán edilicio, elevando en ese breve espacio de tiempo monumentos tales como el templo dedicado a su padre (que fue acabado por su hermano); la Meta Sudans, fuente monumental en plenos foros imperiales; unas nuevas termas inauguradas en el año 80 y que llevaban el nombre del emperador; un arco de triunfo para conmemorar la victoria sobre los judíos, que también se conoce como el arco de Tito; y nuevas construcciones palatinas en la colina del mismo nombre.

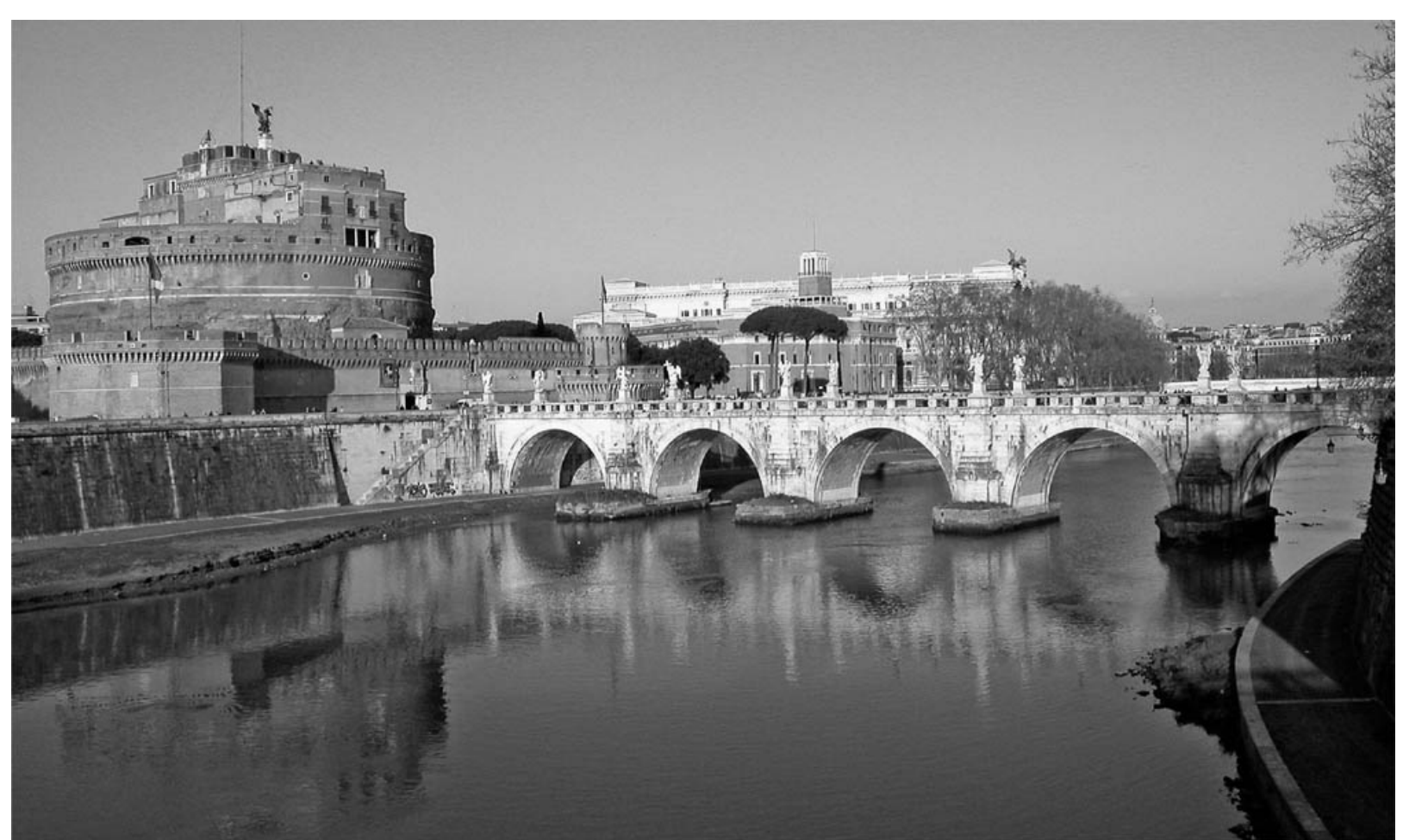
Domiciano fue el último soberano de la dinastía Flavia y tampoco se quedó atrás en el ejemplo de su padre y de su hermano, y continuó la labor reconstructiva de la ciudad que se había visto asolada por un nuevo e importante incendio en el año 80. Domiciano ordenó construir la Domus Flavia en el Palatino; un estadio dedicado específicamente a las competiciones atléticas y con capacidad para treinta y tres mil espectadores, cuyo espacio ocupa en la actualidad la *piazza* Navona; y un *odeón* o ‘teatro para galas musicales’ con capacidad para ocho mil espectadores; y levantó también uno de los palacios más espectaculares de la ciudad en el Palatino. La obra de Domiciano se completó con la finalización y reconstrucción de una serie de obras como el templo de Vespasiano en el foro, la Curia y el Mytraeum subterráneo que mandó construir el senador Licinio Sura.

Si la época de Augusto supuso el momento culminante de la urbanística romana, la de los antoninos (96-192) impulsó sin duda la mayor remodelación urbana de toda su historia, en un proyecto que se desarrolló principalmente a lo largo de la primera mitad del siglo II, en la época de los emperadores Trajano y Adriano. Durante este periodo se efectuaron numerosas obras destinadas a ennoblecer y a dar mayor monumentalidad al área central de la ciudad, básicamente al sector en torno a los foros imperiales.

La primera de estas grandes obras fue la que inauguró en el año 97 el primer emperador de la dinastía, Nerva: el llamado foro Transitorio, que se había iniciado en el reinado anterior.

Pero fue con Trajano cuando se inició una transformación de la ciudad a gran escala con obras como los mercados que llevan el nombre del emperador; las termas también llamadas de Trajano, construidas a partir del 104, tras la destrucción de la Domus Aurea por un incendio, y finalizadas en el 110; un enorme foro de El Panteón de Agripa fue construido en época de Augusto, pero tras un incendio hubo de ser reconstruido durante el gobierno de Adriano. Este último edificio es el que ha llegado excelentemente conservado hasta nuestros días. trescientos por ciento ochenta y cinco metros para el cual hubo que desmontar la colina que existía entre el Capitolio y el Quirinal; la basílica Ulpia, también de gigantescas dimensiones (ciento setenta por sesenta metros); un nuevo acueducto,

el Acqua Traiana, que aportaba a la ciudad casi un millón de metros cúbicos de agua al día, trayéndola desde el lago Bracciano hasta la *fontana* Paola; la columna más famosa de la antigüedad, denominada también con el nombre del emperador en conmemoración de la conquista de la Dacia y con cuarenta metros de altura, que se suponía que era la altura que tenía la antigua colina que se había eliminado para construir el foro de Trajano, etc. Trajano tampoco descuidó la faceta religiosa en la ciudad, y de esta forma reconstruyó dos templos muy importantes, el de Venere Genitrice en el 113 y la basílica de Neptuno, dos años después.



El mausoleo de Adriano fue convertido durante la Edad Media en el Castillo del Santo Ángel (en italiano, Castel de Sant Angelo) y, gracias a su excelente construcción, sirvió como residencia a los papas cuando Roma sufrió asedios.

El reinado de Adriano representa probablemente la cumbre de todo el proceso que hemos venido analizando hasta ahora. En las dos décadas que duró su estancia en el poder, entre el año 117 y 138, Adriano, que engrandeció la ciudad como nadie lo había hecho hasta entonces, con la excepción de Augusto, culminó en el 127 la reconstrucción de la basílica de Neptuno, iniciada doce años antes por Trajano. A lo largo de sus veintiún años de reinado hizo la última y mayor ampliación del Circo Máximo, en el que según se calcula pudieron caber hasta cerca de trescientas mil personas, lo que lo convirtió, sin duda, en uno de los mayores recintos para espectadores de todos los tiempos. Entre el 118 y el 125 se reconstruyó el Panteón de Agripa, que había sido destruido previamente por un incendio, y que ha llegado hasta nuestros días milagrosamente intacto, como un ejemplo extraordinario de la arquitectura y de la ingeniería romanas.

Fuera de Roma también se erigieron grandes construcciones, y así, en Tívoli, a pocos kilómetros de la ciudad, se levantó la villa Hadriana, un enorme complejo de recreo (trescientas hectáreas) donde pasaba los veranos el emperador. También se crearon en la capital imperial nuevos templos,

como el de Matilde, el del Divino Trajano y Plotina, con columnas de más de veinte metros de altura y, sobre todo, el más majestuoso de cuantos hubo en la antigua Roma, el de Venus y Roma, las deidades que mejor personificaban a la ciudad y que fue construido entre 121 y 141, cuyo pórtico albergaba nada menos que ciento cincuenta columnas, y que por sus dimensiones (ciento cuarenta y cinco metros de largo, por cien de ancho) fue el mayor que se construyó en toda la historia de la ciudad. La obra de Adriano no se paró ahí, pues bajo su gobierno se tendieron nuevos puentes como el Aelio, construido para poder levantar su tumba, el mausoleo de Adriano, una gigantesca mole de casi noventa metros de basamento y sesenta y cuatro de diámetro destinada a albergar las cenizas del emperador y que aún hoy día se conserva (aunque muy transformada) con el nombre del Castillo del Santo Ángel.

El reinado de Antonino Pío supuso una continuidad de la obra de su predecesor, pero la menor actividad constructiva ya empezaba a denotar un cierto decaimiento en la vida económica y demográfica de la ciudad, aunque esta todavía se mantuviera pujante. Las pocas creaciones de este periodo se concretan en ejemplos mucho menos significativos de los ejecutados hasta entonces: el templo del Divino Adriano con su plaza porticada y su arco triunfal, la restauración del puente Fabricio o la construcción del templo de Faustina dedicado a su mujer la emperatriz, y que todavía conserva la columnata pese a los intentos frustrados de destruirla durante la Edad Media, y que aún pueden observarse en las estrías que se hicieron en sus columnas al intentar derribarlas tirando de enormes cadenas.

Durante la segunda mitad del siglo II, la crisis hizo acto de presencia en la ciudad y en todo el Imperio. A principios del reinado de Marco Aurelio, la ciudad alcanzó probablemente el punto culminante desde una perspectiva demográfica. No es fácil calcular qué población pudo albergar Roma en ese momento ni en ningún otro de su historia, pero la cifra de un millón de personas es la más repetida habitualmente. Es imposible ofrecer un dato concreto y exacto sobre esta cuestión. La opinión de los investigadores fluctúa entre un mínimo de medio millón de habitantes y un máximo de un millón y medio, pero esta última cantidad no se refiere a la ciudad en sí, sino a toda su zona de influencia por el territorio del Lacio. Parece razonable calcular una población de entre ochocientos mil y un millón de habitantes. Aunque toda la economía del Imperio girase en torno al abastecimiento a la misma, es muy improbable que con los medios técnicos de la época se pudiera alimentar o abastecer diariamente a una población superior a la anteriormente mencionada. Algunos demógrafos aumentan esta posibilidad hasta un millón doscientas mil personas, pero en cualquier caso se trata de conjeturas escasamente rigurosas que no tienen ningún soporte verdaderamente científico en el que fundamentarse.

Este momento de apogeo debe de localizarse en torno a los años 160-165 de nuestra era, y se basa tal suposición en que a partir de ese momento se desencadenó una de las mayores epidemias de peste que se conoció en la antigüedad. Según Galeno, uno de los médicos más famosos de este periodo que la vivió en su momento, en la ciudad moría una media de mil personas diariamente a consecuencia de la epidemia. No parece probable que Roma se recuperase posteriormente de esta catástrofe y que por tanto volviera a alcanzar niveles semejantes de población como los que tuvo hasta ese instante.

El despoblamiento se vio, además, incrementado por una serie de circunstancias negativas que se encadenaron todas en esa misma época: el inicio de las guerras contra los persas, las primeras invasiones de los pueblos germánicos, la crisis económica y el aumento de la inflación con la

consiguiente caída del comercio, la inestabilidad política que llevó a la inseguridad del propio Estado romano, la emigración de las ciudades al campo...

Marco Aurelio intentó en su tiempo detener la crisis, y a él y a su hijo Cómodo se deben algunas obras de carácter urbano como las reconstrucciones del pórtico de Octavia o de la casa de las Vírgenes Vestales en el año 191 tras un incendio. También mandó erigir otra gran columna que lleva su nombre y que finalizó en el 193, ya en la época de la siguiente dinastía, la de los Severos. Pero con los dos emperadores anteriores, la ciudad abandonó su época de apogeo y se inició la de una decadencia que ya, salvo momentos muy puntuales, no acabaría hasta finales de la Edad Media.

LAS CAUSAS DE LA DECADENCIA

El que una ciudad como Roma se desmoronase en pocos siglos, o que un imperio tan enorme y poderoso como el creado por esa ciudad se viniese también abajo en el mismo espacio de tiempo, solo puede explicarse por la concatenación de una serie de motivos que provocaron el derrumbe del mismo, al atacarlo desde numerosos frentes. En los siguientes párrafos iremos viendo cada una de las principales causas que influyeron en este hecho.

Comencemos por las causas demográficas, ya que desde finales del siglo II, tal y como vimos antes, se propagaron una serie de epidemias de peste (que es el nombre genérico con el que se las conoce, aunque realmente no se sepa muy bien cuál fue su causa) que provocaron su despoblación y que además incentivaron el proceso emigratorio desde la gran urbe hacia el campo, en un intento de huir de la elevada mortalidad que se abatía sobre la ciudad. Quizás la peor de todas fue la que tuvo lugar a mediados del siglo III, pero en cualquier caso, esta crisis de mortalidad se enmarca en una época en la que los ataques epidémicos fueron constantes y letales para buena parte de la población.

Las causas económicas no tuvieron menor relevancia, pues la reducción de la actividad comercial, la crisis del sistema esclavista y otra serie de cuestiones provocaron un descenso en el nivel de vida, que se vio correspondido con una disminución considerable de la actividad constructiva y monumental en la ciudad. Solo a finales del siglo III y principios del IV, esta tendencia se invirtió coyunturalmente durante los reinados de Diocleciano y de Constantino, como veremos más adelante.

Si de causas religiosas hablamos, no podemos olvidar que desde el año 313 el Edicto de Milán legalizó la religión cristiana. Con el paso del tiempo, el cristianismo se impuso culturalmente sobre la civilización clásica de origen pagano que hasta entonces había imperado en Roma. Esto supuso una paulatina transformación interna en las construcciones de la ciudad que tuvo repercusiones muy importantes, ya que el cristianismo implantó edificaciones religiosas (iglesias, nuevas basílicas, etc.) muy distintas a las existentes hasta entonces. De esta forma, muchas de las antiguas construcciones se fueron abandonando ante su inutilidad, o bien se fueron arruinando hasta que acabaron derrumbándose unas y otras sirvieron como cantera donde obtener materiales para las nuevas obras que se estaban llevando a cabo. Solo en algunos casos se produjo su reutilización (como el Panteón de Agripa), pero en la mayor parte de los mismos se desmantelaron o acabaron degradándose totalmente, completando la destructiva obra los terremotos o las inundaciones, tan frecuentes en la historia de la ciudad romana.

Las más relevantes, para algunos, son las causas políticas: la decisión del emperador Constantino en el 323 de trasladar la capitalidad del Imperio a una nueva ciudad que él había ordenado construir,

Constantinopla (denominada la Nova Roma), sobre la antigua ciudad griega de Bizancio, supuso el golpe de gracia a la decadencia en la que se mantenía Roma. De pronto, la mayor parte de las inversiones estatales se dirigieron hacia la nueva ciudad y se fueron abandonando progresivamente las construcciones que hasta entonces estaban en marcha en la antigua capital del Imperio. Igualmente, se detuvieron las reparaciones de monumentos que estaban ya en franca decadencia. Tras la inauguración de la nueva ciudad en el año 330, Roma experimentó un proceso de mayor degradación del que hasta entonces había sufrido, debido a la cada vez menor importancia que tenía desde un punto de vista político y económico.

No van a la zaga de las políticas las causas militares. Así, la invasión y las destrucciones que siguieron a la llegada de los pueblos bárbaros y los cuatro saqueos que sufrió la ciudad en poco más de un siglo acabaron por completar el panorama de ruina y de abandono en el que se vio inmersa la antigua capital imperial. En el 410, los visigodos de Alarico la saquearon, aunque sus daños no fueron muy intensos. Cuarenta y cinco años después, fueron los vándalos de Genserico los que se llevaron todo aquello que habían dejado los visigodos, y aunque estos últimos también llevaron a cabo destrucciones, no fueron tantas como el propio nombre de este pueblo pudiera dejar entrever. En el 472, hubo un nuevo saqueo dirigido por los suevos de Ricimier, pero por aquella época ya debía de quedar poco que robar en la ciudad y en realidad lo que hicieron fue aumentar más su despoblación y su abandono. Finalmente, entre el 546 y el 549, la ciudad sufrió un doble ataque por parte de los ostrogodos dirigidos por su líder Totila y los bizantinos de Belisario, lucha que es la que realmente acabó por destruir casi por completo a la antigua ciudad clásica. El dismantelamiento de la red de acueductos que la abastecían provocó la ruina total de la población que, a partir de ese momento, abandonó de forma casi definitiva, por espacio de cerca de un milenio, a la urbe más grandiosa de la antigüedad.

LA ÉPOCA DE LA CRISIS

Para conocer la morfología urbana de la Roma imperial solo conservamos un único plano de la época clásica. Se le denomina la *Forma Urbis*, y presenta de forma bastante exacta la distribución del viario, e incluso de las manzanas, en una época aproximada en torno al año 200, durante la época severiana. Desgraciadamente, este plano, que se hallaba expuesto en una de las paredes del templo de la Paz, junto a la basílica de Majencio, fue destruido durante las invasiones del siglo V y solamente once siglos después, al realizar unas obras en 1552, se encontraron restos de él esparcidos por el suelo cerca de ese edificio. Por ello solo conservamos, de forma fragmentaria y difícil de interpretar, algo menos de un diez por ciento de lo que debió de ser la obra original, la cual seguramente ocuparía una enorme superficie de unos doscientos treinta y cinco metros cuadrados. Pero, aun con lo poco que se conserva, es posible hacerse una idea de lo que hace dieciocho siglos era la ciudad. Algunos de esos fragmentos demuestran que Roma se extendía más allá de lo que posteriormente serían los límites fijados por la muralla Aureliana, construida unos setenta años después de la realización de este plano. Eso demuestra que a lo largo de ese espacio de tiempo, algunas de las zonas periféricas de la ciudad ^典se vieron abandonadas dentro del proceso de reducción del espacio habitado que se produjo a lo largo de los dos primeros tercios del siglo III.

Durante la dinastía de los Severos (192-235), se llevó a cabo el último gran intento de continuar dotando a Roma de grandes infraestructuras y construcciones, si exceptuamos la posterior etapa de

Diocleciano y Constantino. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, los Severos fracasaron en el intento de mantener el esplendor de una ciudad que ya iniciaba su decadencia. Aun así, el listado de las obras que se llevaron a cabo en poco menos de medio siglo no deja de ser llamativo.

El cuartel de los *equites singulares*, en el huerto Laterani; el Septizodium (hacia el 200), fachada monumental que fue lamentablemente destruida en el siglo XVI, pero de la que se conservan imágenes; el arco de Septimio Severo en el foro; el arco de los Argentarii o de los Cambistas, en San Giorgio in Velabro; el templo de Serapis, cuyas columnas se dice que alcanzaban los veintidós metros de altura; las impresionantes termas de Caracalla (212-216), una de las obras más grandiosas que se llevaron a cabo en la antigua Roma, con unas dimensiones asombrosas (once hectáreas, trescientos treinta y siete por doscientos veintiocho metros) y que constaban de balnearios, palestra, bibliotecas, etc.; el palacio de los Severos en el Palatino; el circo Variano o anfiteatro castrense, reutilizado medio siglo después para formar parte del recinto amurallado; el templo de Heliogábalo, también con la misma cronología del anterior, dedicado al culto solar; son una excelente relación de la labor edilicia acometida por la dinastía de los Severos en la capital del Imperio romano. Pero sobre todo no se debe olvidar la construcción del último acueducto para abastecer de agua a la ciudad, el Acqua Alexandrina, inaugurado en el año 226 y cuya realización es otra prueba más de que, ante el declive demográfico de la ciudad, no fue necesario seguir aumentando el caudal de agua que hasta entonces la abastecía, ya que con el que se había dotado durante los últimos cinco siglos y medio era suficiente para una población en constante disminución.

Los Severos dedicaron también sus esfuerzos a renovar, restaurar y reconstruir antiguos monumentos que empezaban ya a arruinarse. De esta forma, en el 202 llevaron a cabo una restauración del Panteón de Agripa y en el 227 procedieron a la reconstrucción de las termas de Nerón. Pero no solo tuvieron importancia en esta época las grandes obras del Estado, pues entre el año 199 y el 222 se construyeron unas de las primeras y más importantes catacumbas que los cristianos levantaron en las afueras de la ciudad, las de San Calixto, lo cual era una premonición de lo que sería en el futuro la ciudad más importante de la cristiandad.

Al gobierno imperial de los Severos le siguió una de las épocas más nefastas de toda la historia de la antigua Roma, la denominada genéricamente como la anarquía militar (232-283). Aunque en realidad, desde un punto de vista urbanístico, el momento de mayor decadencia urbana de la ciudad se situó entre los años 228 y 251. En ese periodo, no se llevó a cabo ninguna restauración de monumentos, ni por supuesto la construcción de ningún tipo de construcción o de infraestructura de interés. Fue un momento de crisis total que, como vimos antes, afectó a las estructuras del Estado romano y, consiguientemente, a la evolución urbana de la ciudad. Por esta época, Roma comenzó un periodo de crisis y decadencia que llevaría a la ruina a numerosos edificios y viviendas ante la falta de cuidados o de interés por su conservación. Es más, no solo no se construyó nada nuevo, sino que incluso empezaron a vaciarse zonas que hasta entonces estaban pobladas, por ejemplo, el área del Vaticano, es decir, el área derecha del Tíber, que durante todo este tiempo que venimos relatando recibía ya ese nombre, anterior por tanto a la ubicación de las posesiones papales. La ciudad empezó a ser abandonada por una numerosa población que huía de la excesiva presión fiscal y que se establecía en el campo. Este proceso de emigración conllevó el abandono del caserío y su ruina en muchos casos. Fue sin duda una época de desorden y de caos que tuvo también desgraciadamente, como no podía ser de otra manera, su impronta urbana sobre la ciudad.

Desde mediados del siglo III, la situación empezó a cambiar ligeramente, aunque no

necesariamente a mejor. La primera obra que se realizó de cierta envergadura en Roma desde la construcción del último acueducto fueron unas termas, las de Decio, inauguradas en el año 252. Poco después, el emperador Galieno ordenaba la construcción del templo de Minerva Médica en los terrenos del huerto Liciniano. No hubo muchas más construcciones. En el año 262, el mismo emperador ordenaba la creación del arco que lleva su nombre en *porta* Esquilina, y entre el 268 y el 270, en la época del emperador Claudio II, se construía la necrópolis del Burgo de Ostia.

La Roma cristiana seguía, por su parte, aportando novedades en el espacio más alejado del núcleo urbano, siempre al margen de la ciudad oficial pagana. Así, entre el 253 y el 258 se construía la cripta subterránea de los papas en las catacumbas de San Calixto.

Pero, sin duda, el hecho más significativo de esta decadencia es que, a partir del año 257, el monte Testaccio quedará totalmente colmatado y que de esta forma se detuvo el crecimiento del montículo. Al llegar a este momento, la acumulación de los restos de más de cincuenta millones de ánforas había creado una colina artificial de unos cuarenta metros de altura y de un kilómetro de circunferencia. El motivo de esta colmatación y, por lo tanto, de la consolidación de esa elevación en medio de la ciudad no fue otro que el hecho de que, a partir de esa fecha, el comercio de aceite con la provincia Bética en Hispania y con otros graneros del Imperio se cortó y apenas sí tuvo continuidad en años posteriores. Roma iba perdiendo sus fuentes de abastecimiento y su población en declive dejaba de precisar ciertos productos. Además, no podía conseguir estos debido al descenso del nivel de vida y a la inseguridad creciente de los transportes, tanto por mar como por tierra.

Esta situación llevó a una de las decisiones más importantes que, en materia urbana, tuvieron que tomar los gobernantes de este tiempo. Ante la posibilidad de que alguna tribu de pueblos bárbaros pudiera saltar el *limes* y en sus correrías alcanzara a Roma, los emperadores decidieron construir un nuevo recinto amurallado que protegiera a la ciudad.

Roma llevaba sin murallas varios siglos. La última reparación de las murallas servianas se había llevado a cabo tres siglos y medio antes, en la época de las guerras civiles, pero es necesario recordar que la construcción de aquel reducto defensivo se remontaba ya a una antigüedad de unos seis siglos y medio. El periodo de la *Pax romana* y de la seguridad de las grandes ciudades había pasado ya, y no quedaba más remedio que adaptarse a la situación creada durante los últimos tiempos. Fue el emperador Aureliano el que hacia el año 270 tomó la decisión de construir un nuevo perímetro defensivo. Poco antes, los galos habían invadido el Peloponeso y allí habían llevado a cabo terribles destrucciones. Nadie los pudo detener en sus correrías y, durante la realización de estas, habían aniquilado a grandes ciudades indefensas, como le sucedió a Atenas, por ejemplo, tal y como vimos hace ya algunas páginas. Aureliano decidió evitar una situación semejante en Roma y, a pesar de la aguda crisis económica que se abatía sobre el Imperio, puso todos los recursos de la ciudad a trabajar en la tarea de crear un recinto amurallado que defendiese a la población en caso de un ataque. Para llevar a cabo esta obra hubo que poner de nuevo en marcha las canteras que habían abastecido a la urbe de materiales consistentes y duraderos para su construcción, pero como esto no era suficiente, también se recurrió a dismantelar antiguos edificios que se habían arruinado y que sirvieron como proveedores de materiales para la nueva obra. Incluso en otros casos se decidió utilizarlos tal y como se encontraban (como sucedió con el mausoleo de Adriano, en el 271) para integrarlos como parte del cinturón defensivo que se construía.

La obra duró ocho años, del 271 al 279. Cuando se terminó, Roma estaba dotada de un muro no demasiado elevado, pero sí con un extenso perímetro de diecinueve kilómetros, dentro de los cuales

quedaban englobadas un total de casi mil cuatrocientas hectáreas. Era obvio que no toda la ciudad o, mejor dicho, su espacio edificado, estaba integrado dentro de la cerca de defensa. Pero como ya dijimos antes, partes de la misma, que habían sido abandonadas durante el último siglo, o sobre todo durante el último medio siglo, quedaron fuera de lo que a partir de ese momento sería el límite clásico con el que se conocería a la ciudad. Esta delimitación, con escasas variaciones, ha llegado bastante intacta en muchos sectores urbanos hasta nuestros días.



Dibujo de Roma en la época imperial. Puede apreciarse el contorno de las murallas levantadas durante la época de Aureliano.

Aureliano no solo dedicó sus esfuerzos a construir la muralla, aunque esta se llevara la mayor parte de los mismos. La situación empezaba a cambiar ligeramente, a pesar de las grandes dificultades, y de nuevo se iniciaban tímidamente algunas obras en el interior de la ciudad. En el 273 se erigía un nuevo templo del Sol en el Área Lata, que fue enriquecido con obras de arte de gran calidad. Entre el 276 y el 282 se efectuaba la obra del puente Probo, durante el reinado del emperador de ese nombre. No obstante, las construcciones durante este periodo fueron muy escasas, y casi todo el esfuerzo se volcó en culminar la obra defensiva de Aureliano. Cuando esta acabó, Roma contó con una cierta seguridad. No mucha, pero al menos la ciudad no se sintió tan indefensa como hasta entonces, en una época en la que las bases del Imperio empezaban a tambalearse en todos los lugares.

A finales del siglo III, la situación cambió. Fue sin duda el último cambio importante en la historia urbana de la ciudad en época clásica, y además daría paso a una época breve de recuperación de lo urbano, y quizás también de lo demográfico, pero desde este momento y hasta el primer cuarto del siglo IV, Roma vivió un último periodo de esplendor en cuanto a nuevas construcciones se refiere.

A partir del año 298, el emperador Diocleciano emprendió un plan para mejorar las dotaciones urbanas de Roma. En esa fecha se inició la construcción de uno de los mayores edificios de toda la historia de Roma, las termas que llevan el nombre de dicho emperador. Para construir este gigantesco complejo (trescientos ochenta por trescientos setenta metros de superficie) se emplearon ocho años de trabajos, y hubo que demoler buena parte de los barrios populares sobre los que se construyeron las termas. En ellas no solo tenían cabida varios miles de bañistas a la vez, sino que podían celebrarse espectáculos de todo tipo o practicarse numerosos deportes.

Diocleciano también reconstruyó la Curia, situada en el foro, que había sido previamente destruida por un incendio, y mandó el levantamiento de un nuevo circo que llevó su nombre en el 303, reaprovechando materiales de edificios más antiguos, pues tal era la situación a la que se había llegado en Roma de abandono y degradación del caserío. Diocleciano fue también el primer emperador en tomar una decisión trascendental, como fue la de trasladar la capitalidad del Imperio a otra ciudad, Nicomedia, situada en el noroeste de Asia Menor, la actual península de Anatolia, alegando que de esa forma podía defender mejor las fronteras con su ejército. En realidad, Diocleciano no le tenía ningún apego a Roma, que se hallaba en plena decadencia y que, ya por aquel entonces, no poseía ninguna importancia estratégica, aunque siguiera siendo la ciudad más poblada del Imperio y sin duda la más rica, pese a su postración. La capitalidad residió solo durante una década en Nicomedia, pero el daño estaba hecho.

Los sucesores de Diocleciano continuaron, no obstante, dotando a Roma de monumentos que en gran medida su esplendor. En especial, el emperador Majencio intentó embellecer más la ciudad con una serie de construcciones que se llevaron a cabo durante los escasos seis años de su gobierno. En este breve periodo (306-312), se realizaron obras como la duplicación en altura de la muralla Aureliana, ya que el emperador consideraba que no resultaba lo suficientemente segura hasta entonces, debido a que no ofrecía una altura muy elevada desde la que defenderla. Majencio también ordenó la construcción de un nuevo circo en las afueras de Roma, junto a la vía Appia, al que se conoce por su propio nombre, que tuvo unas dimensiones grandes (quinientos veinte metros de largo) y se calcula que en él podían tener cabida más de diez mil espectadores en los graderíos.



A pesar de que en la actualidad solo se conserva una pequeña parte de la basílica de Majencio, sus elevadas proporciones siguen siendo hoy día objeto de admiración.

No obstante, sin duda, la obra más importante de la época de Majencio es la basílica que también lleva su nombre. Se inició en el año 306, pero no fue inaugurada hasta siete años después por un nuevo emperador, Constantino, y es por eso que a veces se la conoce también con el nombre de este gobernante. Sus dimensiones son colosales (cien por sesenta y cinco metros), sobre todo por la altura de las naves que aún se conservan: estas hablan claramente de la maestría técnica que había alcanzado la arquitectura romana en este último periodo del Imperio.

Majencio también llevó a cabo la reconstrucción entre el 307 y el 310 del mayor templo existente en Roma, el de Venus y Roma, que había sido destruido años antes por un incendio. Otras construcciones de este emprendedor gobernante fueron el mausoleo de Rómulo y la villa de Majencio, en la vía Appia, ambos del año 309.

Tras la batalla del puente Milvio, en el 312, y la proclamación del Edicto de Milán de tolerancia religiosa un año después, un nuevo emperador subió al poder, Constantino. Con él se puede decir que empieza a desaparecer la Roma clásica pagana y se inicia una nueva Roma, la cristiana. Constantino se apoyó en la Iglesia cristiana para mantenerse en el poder, y este apoyo tuvo a cambio sus contrapartidas. El cristianismo acabó con el tiempo convirtiéndose en la religión dominante del Imperio, y ello implicó que también a partir de ese momento cambiarían muchas cosas, entre otras la imagen de las ciudades, que es lo que nos interesa en este caso.

Con Constantino tuvieron lugar las últimas creaciones de la Roma pagana, así en el 313 se erigió una estatua colosal que lo representaba, algunas de cuyas partes se conservan en el palacio de los Conservadores de Roma, y dos años después inauguró las últimas grandes termas de la ciudad, que llevan su nombre, así como el último gran arco de triunfo que decidió construir el Senado para honrar al emperador.

Es este el momento de máximo apogeo de Roma en lo urbano, si consideramos como tal las construcciones arquitectónicas que hasta ese momento se habían realizado. La ciudad aún seguía manteniendo la impronta clásica y había alcanzado la cumbre de la monumentalidad, a pesar de que llevaba ya más de un siglo en decadencia. Sin duda, ese hecho le había pasado una seria factura al estado que presentaba el caserío por aquel entonces. Pero hasta ese momento, se había conservado más o menos intacta en cuanto a las grandes obras urbanas que se habían llevado a cabo en su conjunto.

Es por eso que cuando en los años treinta del siglo XX (concretamente entre 1933 y 1937), el gobierno fascista de Mussolini decidió construir una maqueta gigantesca (realizada por el arquitecto italiano Italo Gismondi) que representara a la ciudad en su momento de máximo esplendor urbano, se tomara como criterio cronológico el representarla en la forma que debía de tener hacia el año 320 o 330, fechas en torno a las cuales debió de alcanzar ese momento culminante como ciudad monumental.

Sin embargo, Constantino tomó dos decisiones que iban a cambiar por completo el destino de la ciudad. Por una parte, al buscar el apoyo de los cristianos, se vio también obligado a agradecerles la ayuda prestada, haciendo frecuentes donaciones tanto económicas como de terrenos para que, en ellos, la nueva religión pudiera construir sus templos y edificios que, en muchos casos, poco o nada tenían que ver con los que había levantado el paganismo. De esta forma, Roma empezó a adquirir un paisaje distinto en el que las iglesias y otros monumentos cristianos sustituían a la grandeza imperial con la que el paganismo había dotado a la ciudad.



Esta maqueta construida por el arquitecto Italo Gismondi en 1937 muestra una reconstrucción bastante fidedigna de Roma en su época de mayor apogeo urbano, que debió de coincidir con el reinado del emperador Constantino.

En segundo lugar, Constantino tomó otra decisión si cabe más trascendental. En el año 323 decidió iniciar la construcción de una nueva capital para el Imperio a la que denominó Nova Roma o, por similitud con su propio nombre, Constantinópolis, la ciudad de Constantino, a la que conocemos un poco más abreviadamente como Constantinopla. Constantino deseaba romper con una Roma pagana en decadencia y pretendía, al tiempo, construir una nueva ciudad que engrandeciera su nombre y diera prestigio a su reinado. Por ello escogió una zona estratégica en el Bósforo, el estrecho que separa Europa de Asia y el mar Mediterráneo del mar Negro, para construir, sobre la antigua ciudad griega de Bizancio, una de las mayores urbes que existieron en el mundo en ese momento y durante toda la Edad Media.

La construcción de Constantinopla implicó siete años de continuos trabajos, de manera que en mayo del 330, el emperador pudo declarar inaugurada la nueva ciudad. Constantinopla no solo se llevó la mayor parte de los fondos que poseía el Estado romano para su construcción, sino que también se creó a base de expoliar buena parte del patrimonio monumental de muchas de las ciudades griegas de sus proximidades. A partir de ese momento, Roma perdería en buena medida su papel como capital del mundo de su tiempo y tanto la riqueza, como la población y el propio poder político, así como la grandiosidad monumental, se vieron desplazadas hacia la nueva población.

El auge de Constantinopla supuso consecuentemente la ruina y decadencia de Roma, que si bien

se había iniciado un siglo o siglo y medio antes, ahora ya no tuvo marcha atrás, y la ciudad a partir de ese momento, y durante muchos siglos, solo retrocedería en todos los sentidos, hasta llegar casi a la desaparición física de la misma. Se calcula, no obstante, que hasta esa época Roma podía continuar albergando a cerca de medio millón de pobladores. Aún era probablemente la mayor ciudad del área mediterránea, y aunque quizás su población ya solo era la mitad de la de sus tiempos más florecientes, todavía era una urbe de tamaño colosal para los parámetros de su época y aún conservaba buena parte de las maravillas ornamentales con las que la dotaron los césares a lo largo de varios siglos.

La transformación interna de la ciudad al cristianismo comenzó poco después de la llegada al trono de Constantino. En el 313 se iniciaba la construcción de la basílica de San Pablo Extramuros, que se convertiría en la mayor del mundo hasta el siglo XVI. Su construcción se extendió por un largo periodo de ochenta y dos años. Un año después se iniciaba la de San Juan de Letrán, que no finalizó hasta el 327. Durante el siglo IV, la ciudad fue cristianizándose en su paisaje, las iglesias se elevaban cada vez con mayor intensidad: San Clemente sobre el antiguo templo de Mitra, la Santa Cruz de Jerusalén; la basílica de San Pedro en el Vaticano, construida sobre el antiguo circo de Calígula en el que se supone que murió el santo; San Lorenzo Extramuros, San Nereo y Achileo, Santa María la Mayor, San Juan y San Pablo, y así un largo etcétera que convertiría a Roma en la ciudad santa del cristianismo a partir de entonces.

Durante el siglo IV continuaron, no obstante, algunas últimas construcciones de índole pagana, pero la ciudad ya se estaba transformando decisivamente y aquello solo fue el canto de cisne de su pasado de gloria y grandeza. Algunos detalles de este postrero esplendor fueron el ábside y el pórtico de Junio Basso; el obelisco de San Juan de Letrán, traído de Egipto por Constantino II en el 357; las últimas remodelaciones para aumentar la capacidad del Circo Máximo ordenada por el emperador Constancio II ese mismo año; la reconstrucción del puente Cestio a iniciativa del emperador Graciano; y la creación del arco en el Campo de Marte bajo el poder respectivo y sucesivo de los emperadores Graciano, Valentiniano y Teodosio, en el 380.

No hubo más. Todo lo que falta por narrar es solo la destrucción de la Roma clásica y la desaparición de su grandeza y de su pasado monumental. Fue una labor oscura, pero constante e implacable y convirtió en ruinas a la que era, y quizás sigue siendo a pesar de las destrucciones, la ciudad más monumental del mundo.

LA RUINA DE LA ROMA CLÁSICA

En el año 381, el emperador Teodosio adoptaba el cristianismo como la religión oficial del Estado romano. En poco más de medio siglo, esta religión había pasado de ser la que más duras persecuciones había sufrido a convertirse en la única dominante del mayor Imperio que existía hasta entonces. Y este hecho tuvo también una gran repercusión sobre la mayor ciudad existente hasta ese momento: Roma. La antigua capital era considerada por aquella época como el vestigio final del paganismo clásico junto con Atenas, mientras que por el contrario, Constantinopla, se iba convirtiendo paulatinamente en la ciudad más representativa de la nueva religión triunfante. Ese hecho tuvo especiales repercusiones en la aceleración de la decadencia romana.

Se inició en aquellos tiempos una política de persecución contra la religión y la cultura paganas, y ello conllevaba también la desaparición de muchas de sus costumbres y tradiciones y, por tanto, de

los edificios en los que se celebraban o tenían lugar esos ritos en decadencia. De este modo, en el 382, el emperador Graciano ordenó la destrucción del altar de la Victoria pagana en el Senado, y al año siguiente decretó el cierre del templo de las Vírgenes Vestales, así como la extinción de la llama eterna que venía alumbrando el paganismo romano desde hacía más de mil años. Ello es un ejemplo de lo que a continuación sucedería. Los templos y los edificios clásicos, desprovistos de las funciones para las que habían sido construidos, perdían totalmente el sentido que se les había dado hasta entonces y acababan siendo abandonados, de ahí que iniciasen una rápida e inevitable degradación.

Aun así Roma seguía siendo una ciudad con una considerable cantidad de población y albergaba en su interior una importante riqueza. Los tiempos estaban cambiando y, desde el año 406, los pueblos germanos atravesaban el *limes* o ‘muro fronterizo’ y se dispersaban por todo el interior del Imperio sembrando el caos y la destrucción a su paso. Los nuevos gobernantes se veían incapaces de poner fin a semejante proceso. Todo lo más, como le sucedió a Honorio entre el 401 y el 402, se veían obligados a reforzar más la ya antigua muralla Aureliana, procediendo a una tercera elevación del muro en un intento inútil por evitar lo que acabaría sucediendo. Un año después, el mausoleo de Adriano, integrado desde hacía un siglo y cuarto en la muralla, se acababa convirtiendo en un bastión más de la misma, perdiendo el sentido de tumba que había conservado desde hacía casi trescientos años.

Pero de nada sirvieron todas esas medidas. En el 410, los visigodos de Alarico en una de sus correrías penetraron en la ciudad y la sometieron durante varios días a un saqueo, en el que se llevaron todo cuanto pudieron de valor. No fue una destrucción premeditada ni un daño irreparable. En el incendio que siguió se perdió buena parte del foro, en especial la basílica Emilia que se derrumbó, se destruyó el templo de la Paz y otro tanto sucedió con el Ara Pacis. Muchas viviendas sufrieron la misma suerte, pero en general Roma no se resintió excesivamente de este primer ataque, si bien perdió buena parte de su riqueza y se acentuó el proceso despoblador que desde hacía dos siglos venía experimentando.

Tras la marcha de los visigodos, la ciudad intentó recuperar la normalidad y los papas dieron un nuevo impulso a la cristianización de la misma. Para ello iniciaron sistemáticamente un plan que consistía en la transformación de todos aquellos edificios paganos que fuese posible modificar en iglesias y lugares cristianos. De esa forma, a lo largo del siglo V se fue desmantelando de una forma organizada y eficaz la antigua Roma imperial pagana y se dio paso a la Roma cristiana de los papas. Así, se creaban las iglesias de Santa Sabina sobre el Aventino, la de Santa María la Mayor, la de San Lorenzo en Lucina, la de San Pietro en Vincoli sobre una antigua gran *domus* romana, la de San Estéfano Rotondo o la de Santa Prassede y Pudenziana.

Completando este proceso, los antiguos edificios perdían su utilidad y se iban abandonando poco a poco. Unos por decisiones de carácter político y otros porque las fuerzas de la naturaleza también ayudaban a su desaparición. Así, el Coliseo vio los últimos combates de gladiadores entre los años 404 y 438 para, cuatro años después, desplomarse buena parte de sus paredes a consecuencia de un fortísimo terremoto.

En este contexto, en el 455, tuvo lugar el segundo gran saqueo de la ciudad, esta vez a cargo de los vándalos de Genserico. En realidad ya no debía de quedar mucho que saquear, pues la mayor parte de las riquezas se las debían de haber llevado los visigodos unos cuarenta y cinco años antes, pero Roma albergaba tal cantidad de tesoros, que incluso el saqueo sistemático a la que la

sometieron los vándalos durante una semana dio sus frutos.

Si bien la palabra *vandalismo* ha pasado a nuestro acervo cultural como sinónimo de ‘destrucción irracional y sin sentido’, sin embargo, no fue esto lo que probablemente hicieron los vándalos en este caso. Sí es cierto que algunos edificios de la ciudad sufrieron la furia de los nuevos asaltantes. De este modo, se destruyó el templo de Júpiter, uno de los más antiguos de la ciudad, se desmantelaron la mayor parte de las estatuas del foro y se abandonaron nuevas partes de su caserío que habían estado habitadas durante los siglos anteriores, como el *horti Sallustiani*, lo que acentuó la despoblación que la ciudad estaba atravesando. Pero, en general, a pesar de todas las destrucciones, Roma conservaba aún, muy probablemente, buena parte de las huellas de su pasado de grandeza.

Todavía no se había recuperado la ciudad de este segundo mazazo cuando, casi sin tiempo para olvidarlo, llegó el tercero. Fue este el menos grave de todos los que sacudieron a la población, pero aun así también tuvo sus efectos. En este caso se trató de los suevos de Ricimier, quienes en el 472 volvieron a ocupar la ciudad, aunque ya nada quedaba por llevarse y bastante poco por destruir o dañar. Aun así, los suevos se asentaron sobre los mercados de Trajano y sometieron a estos a una implacable destrucción. Poco a poco, las diferentes partes de la ciudad se iban hundiendo y cada vez iba quedando menos de la Roma clásica.

En este mismo contexto y ante la prácticamente nula actividad comercial que mantenía, el puerto de Ostia había sido definitivamente abandonado un poco antes, en el 462, debido a que, ante la decadencia de la ciudad de Roma, carecía de sentido seguir manteniendo en el mismo a una población que en sus momentos de apogeo alcanzó los cien mil habitantes, y que además sufría cada vez más terribles epidemias de peste que lo estaban prácticamente despoblando.

La decadencia no solo afectó a lo arquitectónico y a lo demográfico, sino también a lo político. En el 476 un jefe bárbaro, Odoacro, rey de los hérulos, depuso al último emperador, Rómulo Augústulo y, de esta manera, la institución imperial acabó por desaparecer de la ciudad en la que había nacido cinco siglos antes, aunque continuara mil años más en la parte oriental del Imperio, con capital precisamente en Constantinopla, que ya no formaba parte del territorio bajo el control romano.

Aun así un último hálito de esperanza pareció abrirse en la ciudad imperial cuando un jefe ostrogodo subió al poder. Teodorico fue un gobernante que, consciente de la grandeza de la antigua ciudad, intentó recuperar, en la medida de lo posible, algo del brillo que aquella había tenido durante muchos siglos. Para ello inició la restauración de una serie de monumentos, y de este modo, entre el año 517 y el 526, puso de nuevo en funcionamiento el teatro de Pompeyo e incluso reparó las termas de Caracalla que se encontraban en un estado de grave abandono, ya que sus cañerías habían sido arrancadas durante las invasiones que había sufrido la ciudad. El papado también se aprovechó de la situación para intentar recuperar en la medida de lo posible algo de la coyuntura favorable. Entre el 498 y el 514 se construyó la residencia episcopal del papa de Roma alrededor del santuario de San Pedro, era el embrión de lo que hoy conocemos como las estancias del Vaticano. En el 526 se erigía una nueva iglesia, la de Cosme y Damián, aprovechando para ello los materiales extraídos del templo de Rómulo, que en aquella época estaba sirviendo como cantera para otras zonas y edificios de la ciudad.

Pero la decadencia romana era ya un proceso irreversible por mucho que los gobernantes de la ciudad lo intentaran detener. La última cacería y la última lucha de animales salvajes en el Coliseo

tuvo lugar en el año 523, para, a partir del año siguiente, prohibirse en el mismo cualquier tipo de espectáculo de origen pagano. Con el tiempo, el Coliseo sería una de las principales canteras de materiales para la construcción de la Roma de siglos venideros, como tantos otros edificios del esplendor clásico romano.

LA MUERTE DE LA ROMA IMPERIAL

Tras la muerte de Teodorico estallaron entre el 535 y el 549 las guerras góticas. Estos enfrentamientos supusieron el final definitivo de la Roma clásica y la abocaron a un proceso de destrucción sistemática de todo su patrimonio como no había tenido parangón hasta aquel momento. La lucha entre los distintos clanes godos llevó al establecimiento de una fortaleza militar en el año 537 en el mausoleo de Adriano, que se había convertido ya en un castillo desde un siglo antes.

En este contexto se produjo la intervención de los soldados bizantinos del conde Belisario. Estos llegaron para ocupar el territorio y se encontraron con la feroz oposición de los ejércitos godos. Se inició de este modo una dura lucha que tuvo como principal escenario la ciudad romana. Tras una primera ocupación bizantina, el godo Totila puso cerco a la ciudad en el año 546. Durante tres años procedió a una destrucción continua de la mayoría de las infraestructuras que todavía permanecían en uso. En especial llevó a cabo la demolición de buena parte de sus murallas y sobre todo, como forma de impedir la consolidación del asentamiento bizantino en la misma, ordenó a sus hombres que destruyeran la red de acueductos que venía abasteciendo de agua a la ciudad durante casi nueve siglos.

Esa fue la muerte definitiva de la antigua Roma. Desaparecido el abastecimiento de agua, la supervivencia se hacía imposible en medio de las ruinas en que había quedado convertida la capital de los césares. El alcantarillado se cegó, las termas se cerraron definitivamente y se hundieron, la población abandonó masivamente la parte de la ciudad que aún permanecía habitada (el campo de Marte, que no fue ya sino un lugar yermo durante casi toda la Edad Media). Se ha calculado que antes del inicio de estas guerras, Roma podía aún albergar en ese momento a más de cien mil habitantes, pero después de semejante destrucción difícilmente pudieron subsistir en la ciudad más de veinte o treinta mil personas, buena parte de ellas viviendo entre los escombros de los antiguos edificios, o bien en torno a la zona del Vaticano, donde residía el obispo de Roma, es decir, el papa.

Otro hito de la decadencia romana es que en el año 549 tuvo lugar la realización del último espectáculo en el Circo Máximo, con la organización de una carrera de cuadrigas. Nunca más el circo volvería a ser escenario de ningún otro tipo de espectáculo. Sus graderíos se hundieron, y fueron utilizados como material para construir algunas de las torres en las que se refugiarán durante la Edad Media las principales familias de la nobleza romana, en medio de las luchas que tendrían lugar en este periodo.

Finalmente, cuando los bizantinos ocuparon la ciudad, esta se hallaba prácticamente destruida en su totalidad, y el ejército del emperador Justiniano tuvo que fortificar los mercados de Trajano para poder conservar así algo de la seguridad que este edificio aún ofrecía a sus moradores. Su utilidad como mercado público había desaparecido ya hacía muchísimos años.

En este mismo contexto de ruina y abandono, tuvo también lugar el cierre, o mejor dicho, el cese de la utilización de las catacumbas por parte de los cristianos como lugares de culto o de enterramiento. A finales del siglo VI dejaron de usarse y, poco a poco, se iría perdiendo incluso el

conocimiento de las mismas.

En una fecha tan tardía como el año 608, tuvo lugar uno de los últimos destellos de la Roma clásica. Ese año, el emperador bizantino Nicéforo Focas regaló a la ciudad de Roma una columna conmemorativa que se ubicó en el antiguo foro. Fue el último monumento que engrandeció aquel espacio en el que durante muchos siglos se decidió el destino del mundo. A partir de entonces, el foro, completamente abandonado y sufriendo el continuo expolio de sus monumentos, recibió el innoble nombre de *campo vaccino*, ya que en él solían pacer las vacas que se alimentaban de las hierbas que crecían en sus ruinas. El polvo y los restos de los edificios derruidos acabaron por cubrir buena parte de los monumentos, y las imágenes que de ellos nos han llegado, ya en momentos muy posteriores, muestran el abandono y la ruina en la que se encontraban, con los edificios semienterrados entre los escombros.

Por esa misma época tuvo lugar, sin embargo, un hecho que finalmente trajo consecuencias afortunadas. El papa Bonifacio IV decidió convertir el antiguo Panteón de Agripa en iglesia en el año 609, y ese hecho casual fue sin duda la suerte que permitió que se conservara hasta nuestros días uno de los monumentos más importantes de la antigüedad. Desgraciadamente, la mayor parte de los mismos no corrió la misma suerte y, con el paso del tiempo, casi todos ellos acabaron desmoronándose y desapareciendo. También poco después, en el 615, el papa tomó la decisión de convertir el antiguo mausoleo de Adriano, ya entonces transformado en fortaleza, en un lugar de culto cristiano, rebautizándolo como *castel* de Sant Angelo, como actualmente lo conocemos.

No fue mucho más lo que se hizo por conservar el legado de la antigua Roma. Por el contrario, en general continuaron las destrucciones, agravadas aún más sicabe por el abandono y despoblamiento de la ciudad, lo que la convirtió en una excelente cantera de materiales. De esta forma, fueron quemados en hornos las estatuas y los mármoles para sacar de ellos cal con las que enjalbregar las fachadas de las chozas que por aquel entonces se construían cerca de la zona del Vaticano, la única que en el siglo VII conservaba aún algo de población.

El proceso de degradación continuaba por todas partes. En el 663, se retiraron las tejas doradas de la basílica de Majencio que, poco después, se desplomaba en su mayor parte, completando un fortísimo terremoto en 1349 la obra destructora que habían iniciado los seres humanos siglos antes.

Tenemos constancia de que hacia el 735 se extraía mármol en grandes cantidades de la villa Hadriana en Tívoli para fabricar argamasa y cal. Esto supuso el final de lo que había sido la villa de recreo más hermosa de todas cuantas hubo en Roma y quizás en el mundo de su tiempo. Por esta misma época se abandonaron asimismo definitivamente las catacumbas y su conocimiento se perdió en el olvido hasta muchos siglos más tarde.

Como casi siempre ocurre, las desgracias no suelen venir solas, y si la ciudad ya se encontraba en una situación lamentable, esta empeoró aún más al de sencadenar se un catastrófico terremoto que tuvo lugar en el año 805 y que, por lo que cuentan las escasas crónicas de entonces, destruyó buena parte de los monumentos que aún quedaban en pie.

No solo fue la naturaleza. La labor devastadora de los seres humanos se intensificó si cabe en el siglo IX. En el 846, los sarracenos asaltaron la ciudad y la sometieron a un nuevo saqueo. Poco quedaría todavía por saquear en aquella ciudad desvencijada y destruida, pero como cabeza de la cristiandad aún se le podía seguir haciendo más daño. Para evitar en el futuro otra situación como esa, el papa León IV decidió construir una nueva muralla a la que se conoce con el nombre de Cerca Leonina. Entre el 847 y el 855 se trabajó en este sexto recinto defensivo de la ciudad romana, pero

qué enorme diferencia tenía con el último construido hasta entonces. El espacio ahora protegido era mínimo y la mayor parte del mismo se encontraba fuera de lo que era el territorio edificado en época imperial. De hecho, esta fortificación utilizaba de nuevo como bastión principal al castillo de Sant Angelo, convertido en el 852 en prisión papal, y rodeaba la primigenia basílica de San Pedro, enlazándola con la mencionada fortaleza. La antigua Roma había quedado así constreñida a un espacio mínimo y tremendamente reducido en relación a lo que había ocupado seis siglos antes. Es posible que la población que en él habitaba oscilara entre quince y veinte mil personas.



Durante la Edad Media, el espacio construido en Roma se redujo sustancialmente, como muestra este dibujo de Braun y Hogenberg de 1572.

A pesar de todo, las cosas aún podían ir peor. Ostia desapareció por completo de la memoria de la historia. A partir del año 846 no vuelve a haber más noticias de este lugar hasta épocas muy recientes. La invasión sarracena fue la puntilla final a su decadencia. En el 852, en Roma desapareció el obelisco y el reloj solar, que habían sido gravemente dañados durante esa misma invasión. Veinte años después el templo de la Fortuna Viril era destruido para construirse sobre sus ruinas una iglesia cristiana, y esa misma tónica continuó durante mucho tiempo después.

Roma se encontraba al borde de su desaparición y así iba a continuar por espacio de bastantes siglos más. Solo el hecho de ser la sede pontificia impidió que acabara desapareciendo totalmente, aunque su prestigio y la grandeza de su nombre siempre continuaron vivos entre las personas eruditas de este y cualquier periodo. La ciudad sufrió todavía algunos saqueos y destrucciones más que acabaron por hacer desaparecer la mayor parte de los escasos vestigios de la época imperial que aún se conservaban. Uno de esos saqueos fue al que, en 1084, la sometieron los normandos. Ya no quedaba prácticamente nada por destruir o robar, pero el nombre de Roma y su riqueza seguía impresionando a los que, llevados por su ambición, buscaban todavía tesoros o fortuna entre sus ruinas.

La decadencia, el abandono y el expolio continuarían todavía durante siglos. La ciudad languideció sobreviviendo a diferentes catástrofes y ataques. Solo a finales del siglo XV la suerte de la misma empezó a cambiar ligeramente. El papado, en un intento de dotarla de la grandeza perdida, inició una política de construcción de grandes edificios religiosos, de los cuales la nueva basílica de San Pedro en el Vaticano sería el primero y el más importante de todos cuantos se hicieron a partir de entonces.

A partir de ese momento la decadencia romana cesó y la ciudad empezó a recuperarse, aunque

con una imagen completamente distinta a la que había tenido en su época de mayor grandeza. La Roma renacentista de los papas devolvió, no obstante, parte de su antiguo brillo a la ciudad y, a partir de ese momento, se crearía un nuevo conjunto urbano que, aunque nunca llegaría a alcanzar el esplendor que había tenido milenio y medio antes, devolvería parte de la magnificencia perdida a la ciudad eterna hasta nuestros días, a la que, desde hace más de un siglo, es la capital de uno de los países fundadores de la Unión Europea, Italia.

Otras ciudades de la antigüedad clásica: Seleucia, Ctesifonte, Éfeso, Pérgamo y Petra

Desde hace más de seis milenios, la cuenca que forman los ríos Tigris y Éufrates, que tradicionalmente se ha conocido como Mesopotamia y hoy llamamos Irak, ha sido un lugar en el que se han asentado algunas de las ciudades más pobladas y más importantes de toda la historia.

Ello no obedece a ninguna casualidad. Durante la Edad Antigua, para que existieran grandes ciudades, era necesario que se cumplieran dos condiciones básicas: dar de beber y dar de comer a los habitantes que en ella vivían. Si la cantidad de población que se concentraba en una ciudad era pequeña, no era un gran inconveniente abastecerla tanto de líquido como de alimentos.

Pero cuando esa concentración sobrepasaba unos determinados límites, solo cabía la posibilidad de que la tierra que la rodeaba fuera lo suficientemente fértil como para procurar alimentos para tantas bocas (alimentos además que debían ser consumidos rápidamente, por regla general, ya que no había forma de conservarlos durante mucho tiempo). Además, la aportación de agua debía ser constante y lo suficientemente sana y limpia como para que no causara más enfermedades de las que ya había.

Mesopotamia reunía con creces ambas características, de ahí que haya sido uno de esos lugares privilegiados para las grandes urbes de cualquier periodo histórico.

Algunas de las ciudades que allí se asentaron son conocidas por buena parte de las personas no excesivamente especializadas en el fenómeno urbano: Babilonia o Bagdad son dos nombres que a alguien, con cultura media, le resultarán familiares.

SELEUCIA, UNA METRÓPOLIS HELENÍSTICA

Pero hubo otras grandes ciudades, quizás incluso mayores en población que las anteriormente mencionadas, que son prácticamente desconocidas para el gran público. En concreto, el ejemplo de Seleucia o Ctesifonte es quizás el más significativo de todos ellos. Dos nombres para una misma ciudad, ciertamente, pero también dos culturas distintas, la griega y la persa, y sobre todo dos momentos temporales diferentes, que pueden dividirse aproximadamente por los inicios de la era cristiana.

Seleucia, fundada en el siglo IV a. C., se ubicaba sobre la orilla occidental del Tigris. Ctesifonte, que apareció dos siglos después, lo hizo sobre la orilla que se encontraba enfrente y su historia se prolongó al menos durante casi un milenio más.

Cuando las tropas griegas de Alejandro Magno llegaron a Babilonia en el año 331 a. C., se encontraron con una ciudad en plena decadencia, arrasada y saqueada por sucesivos ejércitos durante

los dos siglos anteriores. Alejandro pensaba revitalizar aquella grandiosa urbe y reconstruirla a partir de sus ruinas, para hacerla la capital de su Imperio, pero falleció inesperadamente ocho años después, y su proyecto de recuperar Babilonia nunca se pudo llevar a la práctica. Como bien sabemos, sus principales generales se repartieron los despojos del Imperio del monarca macedonio, y rápidamente empezaron a organizar la parte del botín, para legitimar su dominio sobre las tierras que les habían correspondido.

Mesopotamia quedó en manos de uno de los más capaces herederos del gran soberano macedonio, alguien que no nos es extraño a estas alturas: Seleuco I Nicátor, quien se proclamó rey de sus dominios diez años después de la muerte de su antecesor. Pero Seleuco se dio cuenta rápidamente de que reconstruir Babilonia sería una tarea hartó difícil, y que le llevaría mucho tiempo y dinero, cuando él lo que necesitaba en aquel momento era actuar lo más deprisa posible, antes de que otros diádocos (que es como se denomina a los sucesores de Alejandro) se abalanzaran sobre él para arrebatarse las tierras que había conseguido.

Seleuco pensó que no bastaba solo con combatir a sus enemigos para consolidar los dominios que había recibido de una forma tan poco legítima a los ojos de muchos de sus súbditos. Consciente de lo que significa el poder de la realeza, decidió plasmarlo de una forma más eficaz y clara, mediante la construcción de una gran ciudad que hiciera las veces de la capital de su Imperio. Y de este modo, se puso manos a la obra para crear una nueva ciudad que llevaría su nombre: Seleucia, llamada en este caso Seleucia del Tigris para distinguirla de otras ciudades con el mismo nombre, pero en distintas ubicaciones.

Para ello necesitaba escoger el lugar idóneo, de manera que la ciudad tuviera un buen futuro. No era posible situarla demasiado cerca de Babilonia, porque sin duda esta acabaría eclipsando el nombre de la nueva capital y, por tanto, el propio nombre de Seleuco corría el riesgo de no quedar grabado como tal en la historia de la urbe.

Decidió trasladarla algo más al norte y a unos cincuenta y cinco kilómetros en esta dirección, a orillas del río Tigris, eligió un lugar que le pareció apropiado. En este punto de Mesopotamia, el Tigris y el Éufrates se acercan mucho en sus cursos, hasta quedar a muy pocos kilómetros el uno del otro. El lugar era estratégico y, con una guarnición adecuada, se podían controlar perfectamente las rutas terrestres caravaneras que atravesaban ambos ríos, así como el tráfico fluvial que se podía llevar a cabo por las dos arterias.

El territorio era además rico y estaba ya habitado por un elevado número de agricultores que trabajaban con esmero sus campos, gracias a la pervivencia de una red de canales para la irrigación que llevaba ya muchos siglos funcionando. Aquel terreno era fértil y, al menos, veinte mil personas vivían en los alrededores del sitio elegido para Seleucia. El lugar era también un punto de encuentro estratégico entre las rutas comerciales que ponían en contacto Persia y, por tanto, la zona oriental del Imperio seléucida, con la península arábiga y con la costa sirio-palestina, en la parte occidental y, a través de esta última, con Egipto y la propia Grecia.

Hacia el año 312 a. C., Seleuco dio las órdenes pertinentes para que comenzara la construcción de Seleucia. Pero la forma más fácil de que las obras progresaran con rapidez no era la de seguir el mismo criterio que Nabucodonosor había empleado tres siglos antes. Fabricar cientos de miles de ladrillos era un trabajo pesado que requería mucho tiempo. Entonces, ¿por qué no aprovechar los escombros y los materiales de Babilonia para poner en práctica el proyecto? No hizo falta insistir mucho para convencer a sus constructores de que el desmantelamiento de Babilonia traería la

prosperidad inmediata a Seleucia, y así lo hicieron los encargados del trabajo. En pocos años, la antigua capital caldea era una simple ruina despojada de sus materiales más preciados.

Seleuco ordenó que, a la hora de planificarla, se siguiera como en tantos otros casos el clásico diseño ortogonal griego heredado de los postulados de Hipódamo de Mileto. Las manzanas y consecuentemente las calles, se organizaban en ángulos rectos, siguiendo un plan ordenado en la construcción de la ciudad.

La fundación de Seleucia tuvo también una consecuencia importante de índole diferente al hecho urbano en sí. Seleuco empezó a datar los años de su reinado a partir del comienzo del mismo, que coincidía básicamente con el de la ciudad. Posteriormente se asentaron en la misma grupos importantes de judíos, y estos emplearon también esa era cronológica seléucida para datar los acontecimientos más importantes. Con el tiempo, el calendario se extendió a otras comunidades judías dispersas por el Mediterráneo y así se fue generalizando poco a poco por muchos territorios. Esta forma de contabilizar el tiempo se mantuvo como la más importante de la época antigua junto con otras más conocidas, como la era de las Olimpiadas en Grecia o la era de los Cónsules en Roma. Deberían pasar muchos siglos hasta que el cristianismo impusiera una nueva forma de contabilizar el tiempo, basándose en la fecha del nacimiento de Jesucristo.

Cinco años después del inicio de las obras, la ciudad avanzaba a un gran ritmo en sus construcciones. Seleuco se instaló en ella, y junto a él llegaron numerosos funcionarios y comerciantes. Estos se beneficiaban de la situación estratégica de Seleucia para establecer rutas comerciales, tanto con oriente, como con occidente. La ciudad crecía con una enorme rapidez y se iba llenando a la vez de nuevos habitantes.

Hacia el año 305 a. C. era tal el número de personas que a ella acudían, que se estimaba que quizás fuese ya la tercera ciudad más importante de Oriente. Según las fuentes que se conservan, ocupaba en ese momento una superficie de unos treinta kilómetros cuadrados, siguiendo una disposición cuadrangular.

Seleuco y sus sucesores siguieron engrandeciendo la ciudad. En el año 275 a. C., su hijo Antíoco (tan ligado como vimos a la Antioquía visitada páginas atrás), ordenó que todos los habitantes de la decadente Babilonia abandonaran la arruinada urbe y se marcharan a vivir a Seleucia. La nueva metrópolis recibía así una aportación muy importante de ciudadanos, mientras que la antigua capital mesopotámica recibía, de manera definitiva, el golpe mortal que acabó con su larga historia.



El crecimiento de la nueva urbe era tal que hacia el año 221 a. C. ya había saltado de la orilla occidental del Tigris a la oriental, y allí empezó a surgir un nuevo barrio que con el tiempo acabaría superando a la ciudad madre. A este barrio se le conoció siglos después con el nombre de *Ctesiphonte*, *Ctesifonte*, *Ctesifón* o *Tesifón* (nombre derivado del persa *Tisfun*), según otras grafías. Este sector de la ciudad aparece ya mencionado en los textos por primera vez en esta época.

Hacia el año 200 a. C., Seleucia era ya una ciudad enorme, y se había convertido en uno de los centros culturales y comerciales más importantes de todo el mundo antiguo. Las estimaciones mínimas calculan una población de más de doscientos mil habitantes para esta fecha, aunque hay quien estima, sin duda exageradamente, en seiscientas mil las personas que debían de vivir ya en la ciudad.

Su crecimiento no se detuvo. En el año 175 a. C., Antíoco IV amplió aún más su extensión hacia el sur (la futura ciudad de Vologesias) y la dotó de nuevos teatros y gimnasios, todo ello siguiendo la clásica tradición urbana griega. A mediados del siglo II antes de nuestra era debía de encontrarse en la cumbre de su esplendor. Sin embargo, pocos restos han llegado de la antigua ciudad a la época actual, y por ese motivo nos resulta poco conocida en el momento presente.

A partir de este momento, Seleucia entró en la dinámica propia de muchas ciudades del mundo antiguo. Los enemigos de los Seléucidas, los partos, avanzaban incontenibles desde el este, y en el año 147 a. C. lanzaron un primer ataque que acabó sorprendentemente con la ocupación de la gran ciudad. Hubo una serie de luchas entre Seléucidas y partos en los años posteriores hasta que, finalmente, en el año 141, Seleucia fue definitivamente conquistada por los partos.

CTESIFONTE, LA CAPITAL DE LOS PARTOS Y LOS PERSAS SASÁNIDAS

Los partos deseaban convertir a la importante urbe en su nueva capital, pero esta les parecía excesivamente «griega» para su gusto, y buscaban otro tipo de ciudad más en consonancia con su cultura y sus costumbres, herederas de la gran tradición irano-persa. Por eso, en el año 129 a. C., decidieron fundar un nuevo emplazamiento en la orilla oriental del Tigris, justo enfrente de donde se alzaba la gran Seleucia, en el suburbio que hasta entonces se conocía como Ctesifonte. Catorce años después, en el 115 a. C., Ctesifonte estaba prácticamente finalizada y dispuesta a heredar la capitalidad de Seleucia. Los reyes partos trasladaron su corte a Ctesifonte, la protegieron y la ampliaron, y finalmente se acabó mezclando con la antigua ciudad, formando uno de los mayores conjuntos urbanos de la antigüedad.

Durante el siglo I antes de nuestra era, la doble ciudad Seleucia-Ctesifonte contempló un proceso mediante el cual la cultura griega era sustituida progresivamente por la cultura de los partos. En algo más de un siglo, la ciudad había duplicado su extensión, aunque no su población. Es obvio que el poblamiento de la nueva Ctesifonte se hizo a costa de la «vieja» Seleucia, pero en realidad, ambas ciudades coexistieron conjuntamente durante un tiempo. La población del conjunto era una abigarrada mezcla de muchas razas y culturas: partos, persas, iraníes, babilonios, griegos, judíos, asirios, pastores árabes, nómadas turcos, etc., lo que sin duda debía de dar a la urbe un ambiente

enormemente cosmopolita.

Por esta época se realizó uno de los mayores proyectos de ingeniería de todos los tiempos antiguos, al construirse el gigantesco canal de Nahwaran, con el objetivo de irrigar todo el traspáis, o territorio bajo el control directo de la urbe. Ello permitió que la población, que ya por aquel entonces debía de superar el cuarto de millón de habitantes, experimentara un nuevo e importante crecimiento. Era ya una de las cuatro mayores ciudades del área mediterránea y de Oriente Próximo (junto con Roma, Alejandría y Antioquía) y también una de las mayores del mundo. Este ambicioso proyecto de ingeniería permitió que su espacio edificado y, por tanto, su población, siguiera aumentando considerablemente. Así, en la segunda mitad del siglo I de nuestra era, el rey Vologeses la amplió aún más con la construcción de un enorme suburbio al sur de Seleucia al que le dio, siguiendo la habitual tradición, su propio nombre: Vologesias.

Durante el I siglo d. C., Seleucia-Ctesifonte continuó aumentando el número de habitantes, y ello incluso a pesar de que en el año 117 las tropas del emperador romano Trajano la tomaron durante unos meses. Pero a la muerte de este, su sucesor Adriano pactó con los soberanos partos y se la devolvió prácticamente intacta a cambio de firmar un acuerdo de paz «perpetuo». Durante esta ocupación, la ciudad sufrió daños parciales debido a un gran incendio, pero no se vio particularmente afectada en su ritmo de crecimiento ni en su riqueza.

De esta forma, a mediados del siglo II se calcula que su población podía llegar ya a rondar la enorme cantidad de cuatrocientos mil habitantes, aunque no es fácil aceptar esta cifra sin más. Era, sin duda, la mayor ciudad del mundo greco-hablante junto con las ya conocidas por nosotros, Alejandría y Antioquía, y otra ciudad de las que nos quedan por descubrir, Éfeso.

Pero la paz perpetua no fue tal. A mediados de ese mismo siglo se reanudó la actividad militar en la zona, y el emperador romano Marco Aurelio mandó a su general Avidio Casio para que se hiciera con el control de Mesopotamia. En aquellos momentos, Seleucia - Ctesifonte - Vologesias era una ciudad grande y poderosa pese a los daños sufridos durante la anterior ocupación. Pero cuando Casio la tomó en el año 165, decidió dar un castigo ejemplar a los reyes partos, arrasó el palacio real e incendió de nuevo la ciudad, con efectos muchos más graves que la primera vez, aunque tampoco llegó a destruirla completamente. Los enfrentamientos siguieron, y pocos años después, en el año 198, fue el emperador Septimio Severo el que la tomó por tercera vez para Roma en los últimos ochenta años. Severo se mostró tal y como lo describía su propio apellido y ordenó un saqueo despiadado de la misma y el exilio de más de cien mil de sus ciudadanos, en especial mujeres y niños, que fueron vendidos como esclavos lejos de su patria. La mayor parte de los varones había sucumbido durante la guerra. Los testimonios inmediatamente posteriores que nos han llegado tras este terrible acontecimiento informan de la destrucción y las ruinas. Así, hacia el año 215, toda la actividad se había paralizado en la misma y el lugar parecía un desierto tras la sistemática destrucción romana.

Pero el año 226 tuvo lugar un acontecimiento importante. Una nueva dinastía, la de los persas sasánidas, se había hecho con el poder en Persia, desplazando a los derrotados partos. Ese mismo año, llegaron a la ciudad, y aprovechando la confusión y la crisis que había estallado en Roma, se hicieron con el control de lo que quedaba de la misma. Solo dos años después, en 228, su rey Ardashir ordenó la reconstrucción de Ctesifonte. A partir de ese momento, el nombre de Seleucia, que había ido cayendo en desuso hasta casi desaparecer, no se utilizó más para denominar a la nueva urbe que allí se estaba gestando.

En el 241 la nueva ciudad, denominada en principio, Veh Ardashir, estaba ya acabada prácticamente. Durante los dos siglos siguientes Veh Ardashir, o Ctesifonte como más comúnmente se la conocía, no paró de crecer. Y eso que incluso en el año 296 tuvo que sufrir un nuevo saqueo por parte de las tropas romanas del general Galerio, pero ello no frenó la recuperación de su antiguo esplendor.

Aunque a mediados del siglo IV, ya debía de haber alcanzado de nuevo los doscientos cincuenta mil habitantes, a principios del siglo V, concretamente entre los años 410 y 424, tuvo lugar un fenómeno contra el que ni persas ni romanos podían luchar. Un fenómeno mucho más importante y poderoso que cualquier ejército de la nacionalidad que fuera, aunque este ejército pudiera incendiar la ciudad o vender a sus habitantes como esclavos. El impetuoso río Tigris cambió su curso en pocos años. Probablemente las guerras habían acabado con buena parte de la vegetación de las zonas superiores de su cuenca, y la erosión más intensa unida quizás a un aumento puntual de las precipitaciones, provocó una serie de inundaciones que devastaron el sector de la antigua Seleucia y dejaron muy dañadas a Ctesifonte y Vologesias. Buena parte de la ciudad quedó enterrada bajo limo y arena, y aún hoy en la actualidad, más de un milenio y medio después, la situación sigue manteniéndose de forma parecida.

Esta catástrofe natural conllevó a su vez una serie de consecuencias negativas para la región. Los canales se enarenaron, lo que implicó también el deterioro de la red de riego, y con ello se produjo el aumento del contenido de sal en el suelo y consecuentemente la disminución de la fertilidad de la tierra. Pero a pesar de ello, todavía no se produjo la crisis definitiva y, con el tiempo, la situación fue cambiando parcialmente. Durante el siglo VI y una vez acabados los fenómenos de inundaciones y la consecuente pérdida de la productividad de la tierra, esta comenzó a recuperarse lentamente y con ella la población de Ctesifonte y su actividad económica. A pesar de los desastres, el número de habitantes del área en torno a la ciudad seguía siendo bastante elevado.

En el año 531 subió al trono el más poderoso y grande de los reyes sasánidas, Cosroes I, o Khusrau Anushirvan, que era su nombre en lengua persa. Cosroes centró sus esfuerzos en la recuperación del sistema de regadío, que había hecho de la región un lugar privilegiado dentro de Mesopotamia. Con los nuevos métodos de irrigación, la agricultura intensiva prosperó otra vez, y con ella la población de la capital. La densidad de población volvió a aumentar, y cuando el reinado del gran monarca persa llegó a su fin en el año 579, la ciudad con cerca de seiscientos setenta mil habitantes se había convertido probablemente en la mayor metrópolis del mundo, superando quizás tanto a Constantinopla, como a la capital china Chang An.

Cosroes dotó además a la ciudad de nuevas edificaciones y, de esta forma, reconstruyó el palacio de invierno de los reyes partos. Pero además se embarcó en una gigantesca construcción de la cual todavía conservamos una pequeña parte: el gran palacio Blanco de los reyes sasánidas, llamado en persa Taq-i Kisra. El elemento más destacado de su arquitectura era la enorme bóveda del mismo, de la cual todavía una porción importante se mantiene en pie. Se trata de un arco de treinta y cuatro metros de altura, por veinticinco de anchura y unos cincuenta de profundidad. Se mantuvo en aceptables condiciones de conservación hasta comienzos del siglo XIX, pero en los dos últimos siglos ha sufrido graves desperfectos que han arruinado buena parte de su esplendor, aunque todavía es posible hacerse una idea de su grandiosidad.



Restos de lo que queda actualmente del gran palacio Blanco de Cosroes o Taq-i Kisra.

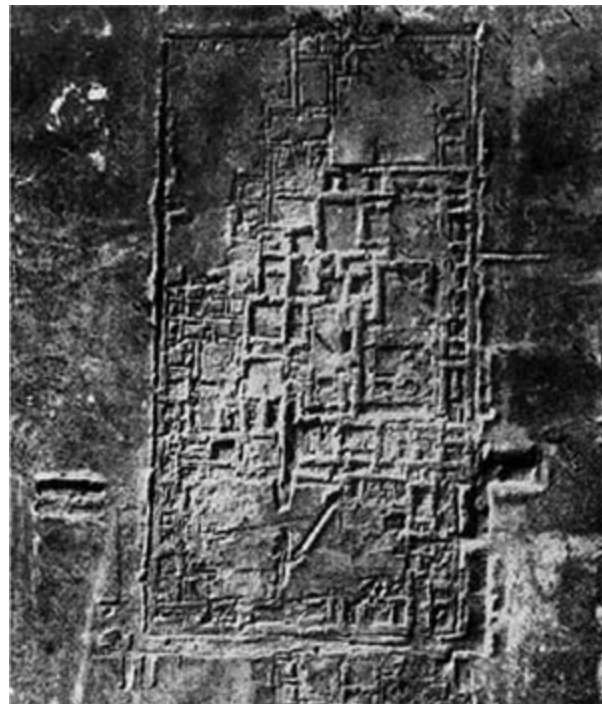
Este palacio delimitaba a la antigua ciudad de la nueva en la zona de Astanab, en el lugar del palacio de Veh Antiokh Khusrau, que era el suburbio más importante de la misma. Según la tradición, ambos fueron construidos durante casi medio siglo por esclavos romano-bizantinos que habían sido apresados en guerras anteriores.

En el año 622 tuvo lugar un acontecimiento decisivo en la historia. Un hombre llamado Mahoma comenzó a predicar una nueva religión en Arabia a la que denominó islam. En ese momento, persas y bizantinos libraban una de aquellas guerras épicas en las que ambos Imperios, bajo una denominación u otra, llevaban implicados más de mil años a un lado y a otro de Europa y Asia. Aquel acontecimiento fundacional no tuvo ninguna trascendencia inmediata mientras los dos poderosos contendientes se desangraban en un infinito enfrentamiento que dejó a ambos al borde del colapso una vez más. Pero al poco de finalizar esta inacabable guerra, el impulso sorprendente del islam puso a las dos grandes potencias a prueba y el resultado no pudo ser más devastador. En el 637, los árabes aplastaban al ejército persa en la ciudad de Qadisiya y poco después tomaban Ctesifonte, que en ese momento todavía se encontraba en pleno apogeo.

Los árabes se plantearon hacer lo mismo que antes habían llevado a cabo Seleuco, los partos o los Sasánidas, esto es, tomaron la decisión de construir su propia capital. Solo que, en este caso, decidieron trasladarla a un nuevo emplazamiento alejado del que durante casi mil años había sido

uno de los centros urbanos principales del mundo. En el 638 fundaron Kufa, treinta y cinco kilómetros al sur, que la sustituyó como capital de la región de Mesopotamia. Comenzó así el abandono de Ctesifonte, aunque en sus alrededores continuó viviendo un importante número de pobladores que aprovechaban aún el eficaz sistema de riego construido muchos siglos antes.

La decisión que certificó definitivamente la defunción de la ciudad fue la de la construcción de otra nueva urbe por parte de la dinastía que se había hecho con el poder en el territorio ganado por el entonces incontenible islam, la de los Abbasidas o Abbasíes. Estos, en el año 762 ordenaron la fundación de una nueva capital a la que denominaron Bagdad, situada treinta y dos kilómetros al norte de Ctesifonte. Al igual que los griegos habían hecho con Babilonia para construir Seleucia y los partos a su vez con la ciudad griega, a la capital de los Sasánidas le tocó el mismo y triste honor de servir de cantera de materiales para la nueva ciudad. Tanto trasiego nos lleva a pensar si, de alguna manera, de ter minadas partes de la Babilonia de Nabucodonosor no se conservan, transformadas y transportadas una y más veces, en la actual capital iraquí. La historia de la evolución de las ciudades mesopotámicas así nos lo hace pensar con cierto fundamento, aunque también con bastante libertad a la hora de imaginar.



Esta fotografía aérea nos muestra los escasos restos que pueden observarse en la actualidad del antiguo plano de Seleucia.

Ctesifonte fue por tanto completamente abandonada, aunque no lo fue en absoluto la antigua área de influencia o traspáis de la ciudad. El territorio contaba aún con una considerable población que, en este momento, a mediados del siglo VIII, se ha llegado a estimar en nada menos que 835 000 habitantes, según cálculos de diversos historiadores. En cualquier caso, sea la cifra verdadera o sea excesiva, la realidad es que el área experimentó un considerable despoblamiento en los siglos venideros. El trasiego migratorio se dirigió ahora hacia Bagdad, como antiguamente lo había hecho hacia otras ciudades de la zona.

El antiguo territorio de Ctesifonte se fue despoblando, pero aun así se calcula que hacia el año 1100 aún vivían en la zona circundante cerca de trescientas ochenta mil personas. No obstante, el mantenimiento de una elevada densidad de población a lo largo de muchos siglos estaba arruinando el delicado sistema de canales de regadío existentes y el propio suelo, sobre el que se llevaba ya

miles de años cultivando intensamente. A mediados del siglo XII, la acidificación del suelo fue en aumento y con ello el abandono del mismo se hizo más patente, ante la imposibilidad de seguir alimentando a tantas bocas. Un siglo después, la invasión de los mongoles puso fin a esta historia de decadencia. La destrucción premeditada de la mayor parte de la red de canalizaciones provocó la ruina definitiva de la zona y, a partir de aquel momento, la población no volvió a superar las setenta y cinco mil personas durante varios siglos, menos de la décima parte de los que allí vivían cinco o seis centurias antes.

Desaparecida totalmente Seleucia por la acción de fuerzas naturales, Ctesifonte siguió un camino similar, aunque en este caso no solo fueron las fuerzas de la naturaleza quienes ayudaron en esta acción de despoblación y empobrecimiento. Fue mucho más responsable, también, la destructora actividad humana y los avatares histórico-políticos que habían determinado la vida de esa región durante miles de años, y que aún la siguen condicionando incluso en nuestros días.

ÉFESO

A lo largo de la historia, ha habido ciudades que han destacado sobre las demás por su función religiosa: Jerusalén, Roma, La Meca o Benarés son lugares que hoy día cumplen esa labor y son símbolos para millones de personas de determinadas creencias. Pero eso mismo también ocurría en el mundo antiguo, la propia Jerusalén, u otras como Delfos o Tebas, destacaron también por este cometido, mientras que, para el mundo grecorromano, sobresalió por encima de todas la ciudad de Éfeso. En ella, existió el mayor santuario del mundo antiguo, y uno de los mayores edificios religiosos de todos los tiempos, el templo dedicado a la diosa de la fecundidad o Magna Mater, representada para los griegos por Artemisa y conocida como Diana por los romanos.

No se sabe a ciencia cierta cuándo comenzó el culto a esta divinidad, pero debió de ser hacia el siglo XVII a. C. cuando, probablemente, el lugar donde luego surgiría Éfeso comenzó a ser habitado por unos pueblos llamados carios y léleges. En esta zona, en la desembocadura del río Cayster, que los romanos conocieron como Caistros y hoy día los turcos llaman Menderes, se formó un pequeño núcleo habitado en torno a un manantial, junto al cual parece ser que se practicaba algún tipo de culto. No obstante, las noticias que nos lo confirman con seguridad son posteriores. La zona debía de ser muy atractiva, porque tanto pueblos como los hititas, procedentes del centro de la península de Anatolia, como los micénicos, que habitaban en la península griega, se asentaron también en el lugar a partir del siglo XVI a. C.

Los hititas fueron los que probablemente le dieron el nombre a la población, pues según parece ellos la denominaron *Aspasas* o *Asbasas*, de donde quizás deriva el posterior nombre de *Éfeso*. Los micénicos se preocuparon más por consolidar su asentamiento, y así crearon una primitiva fortaleza a la que denominaron *Ilicatepe*. Su fundación estuvo rodeada de una serie de leyendas muy propias de la cultura griega. Se decía que en la zona vivían unas mujeres guerreras que montaban a caballo y se hacían cortar un pecho para poder disparar mejor sus arcos, eran las Amazonas. Pero todas estas historias no pasan, en la mayor parte de los casos, de ser meros mitos con los que explicar un pasado desconocido. Es más seguro que la primitiva Aspasas poseyera un gobierno basado en la oligarquía de los *aristoi*, o de ‘los mejores’, que se mantuvo al menos hasta mediados del siglo XII a. C., cuando la invasión de los llamados pueblos del mar acabó con este tipo de gobierno. Sobrevino después una edad oscura, de la que solo poseemos restos de la denominada Edad del Hierro, algunos

utensilios de este metal que poco nos aclaran lo que sucedió en esta etapa.

Pero, a mediados del siglo XI a. C., en concreto en el año 1044 según una antigua tradición griega, un joven llamado Androklos o Androkles, hijo del rey de Atenas, Kodros, se asentó en la zona con un grupo de ciudadanos atenienses y fundó allí, junto al santuario, una nueva ciudad a la que llamó *Ephesos*, posiblemente por una corrupción del nombre anterior *Aspasas*. Esta historia es probablemente también legendaria, pero es cierto que, a partir de este momento, empezamos a tener constancia histórica de lo que sería con el tiempo una gran ciudad.

Androkles no solo escogió el lugar por la existencia previa del santuario, sino porque la zona reunía muchos atractivos para su poblamiento. El territorio se encuentra rodeado por tres grandes colinas, la de Pion al norte, la de Ayasoluk al este y la de Coressos al sur. Entre ellas discurre el río Cayster, en cuyo valle se asentaba el santuario y muy cerca del mismo se encontraba su desembocadura en el mar Egeo, en una bahía privilegiada donde luego se instaló el puerto de Panormo. Hoy día esta zona pertenece a Turquía y se ubica a unos cincuenta kilómetros al sur de la ciudad de Esmirna.

El santuario de la diosa de la fertilidad, la Magna Mater que los pueblos antiguos relacionaban con la diosa Kybeles o Cibeles, se fue quedando pequeño ante la afluencia constante de peregrinos que venían a rezar a la diosa. Los nuevos pobladores fueron conscientes de su importancia y decidieron ampliarlo y mejorarlo. Así, en el siglo IX a. C. construyeron un nuevo santuario con unas proporciones todavía modestas de veintiocho por catorce metros, y convirtieron a la diosa Cibeles en Artemisa, que era la que para ellos representaba la fertilidad.

El santuario se fue ampliando en diferentes ocasiones y, en el siglo VIII a. C., ya era considerablemente mayor que el primitivo. Pero su cada vez mayor suntuosidad despertaba también la codicia de otros pueblos que carecían tanto de la cultura de los griegos, como de las riquezas que había en él, y de esta manera se convirtió en objeto de saqueo en varias ocasiones. Así, a principios del siglo VII a. C. sufrió una primera destrucción por los cimerios, pueblos nómadas provenientes de las estepas del actual sur de Rusia y Ucrania, y lo mismo ocurrió algo menos de un siglo después por otras tribus emparentadas con los anteriores.

Los efesios rápidamente volvieron a reconstruir su santuario pero, unas décadas después, tomó la ciudad un rey de Lidia cuyo nombre es conocido como sinónimo de riqueza, pues se llamaba Creso. Este, para congraciarse con la población que había conquistado, decidió hacer una importante donación para que el santuario existente hasta entonces se convirtiese en el mayor que hubiera en toda Grecia. A mediados del siglo VI a. C. (Creso reinó entre el 560 y el 546 a. C.) se inició la construcción de una de las mayores obras arquitectónicas que existieron en el mundo de la antigüedad.

Este primer templo, al que ya podemos denominar como tal, tenía unas dimensiones impresionantes para su época, pues se cree que medía ciento dieciséis metros de largo por cincuenta y cinco de anchura, y poseía una altura de más de veintidós metros. En él trabajaron los más famosos arquitectos de su época, como el cretense Chersiphron (o Cersifron) y su hijo Metágenes, que tuvo que idear nuevos métodos para transportar las gigantescas columnas de mármol desde una cantera situada a doce kilómetros hasta el lugar donde se ubicaba el templo.

Dentro del mismo se ubicaba la gran estatua de la diosa Artemisa, de ahí que los griegos conocieran al templo como el Artemission. No sabemos mucho sobre esta imagen, hay quien dice que se trataba de un meteorito que había caído en las proximidades y al que un escultor dio la forma de la

diosa, otros hablan de que estaba realizada en madera de vid; sea del material que fuera, sí sabemos que la imagen estaba adornada con láminas de oro y de otros metales preciosos. Hay quien opina que su altura era de cinco metros, otros la reducen a la mitad..., lo que sí es cierto, por las copias que nos han llegado, es que poseía una curiosa característica que era la de contar con una serie de protuberancias en el pecho, probablemente simbolizando la fertilidad, aunque hay muchas opiniones al respecto sobre el significado de dichas protuberancias, como por ejemplo que representaban los testículos de un toro, perlas de ámbar, etc.

El templo, debido a sus colosales dimensiones, tardó más de un siglo en ser construido. Cuando estuvo finalizado debía de presentar un aspecto imponente. Los efesios contrataron a los mejores escultores para que dejaran en él sus mejores obras. Se cuenta que a mediados del siglo V a. C. se convocó un concurso para premiar a la mejor escultura que se pudiera realizar para el templo, una amazona de bronce. A él se presentaron los más grandes escultores que existían en Grecia, entre ellos los geniales Fidias y Policeto. Curiosamente ganó el menos famoso de los dos, Policeto. Por esta época el templo debía de estar totalmente terminado y era sin duda el orgullo de la mayor parte del mundo griego.

Según nos relató Plinio hacia el año 79 de nuestra era, en aquellos tiempos los efesios resultaban sorprendentemente modernos en sus relaciones sociales, pues integraban a los extranjeros entre ellos sin problemas, valoraban mucho la educación y, gracias al culto a Artemisa, la ciudad era un bastión en la defensa de los derechos de las mujeres. Como muestra de ello está el hecho de que en Éfeso desarrollase su labor una de las pintoras más importantes de la antigua Grecia que tenía por nombre Timarata. La representación que hizo de la diosa era famosa en todo el mundo griego.



Reconstrucción moderna del templo de Artemisa por el artista estadounidense Bill Munns en 1999. De todo este inmenso conjunto, solo permanecen en pie los restos de una sola columna.

Pero precisamente esta gran fama del templo le condujo finalmente a la ruina. En el año 356 a. C., concretamente la noche del 21 de julio, un pastor de la zona llamado Herostrato o Erostrato, según otras fuentes, le prendió fuego a la extraordinaria construcción; sabemos la fecha exacta porque según los griegos coincidió con la noche en que nació Alejandro Magno. Cuando se le preguntó al pastor demente por qué había incendiado el santuario, dijo que lo había hecho porque quería pasar a la historia como alguien famoso. Los indignados efesios prohibieron bajo pena de muerte pronunciar su nombre para evitar que consiguiera su propósito, pero no lo lograron; tres siglos después, el historiador Estrabón recogió la anécdota en una de sus obras y el nombre del pirómano ha perdurado hasta hoy como el autor de una de las grandes desgracias de la cultura.

Pero los efesios no se arredraron ante la catástrofe, por el contrario, poco tiempo después, decidieron reconstruir el santuario que tanta fama le había dado a su ciudad y, es más, no se conformaron con imitar al que existía anteriormente, sino que se propusieron construir uno mucho mayor y mucho más lujoso que sustituyera como una copia mejorada al que tan tristemente acababan de perder.

A los pocos años las obras ya estaban en marcha, para ello contrataron a los mejores arquitectos de mundo, como el gran Dinócrates, que era quien había diseñado pocos años antes, como vimos páginas atrás, la ciudad de Alejandría y a otros como Paeonius o Demetrio. Se buscaron de nuevo a los mejores escultores para que moldearan las estatuas del templo, y así genios como Scopas o Praxíteles dejaron allí su huella, e incluso se contrató al mejor pintor que existía en Grecia, el famoso Apeles, del que desgraciadamente no ha llegado ninguna obra a la actualidad. El templo era, en el fondo, una auténtica galería de arte en la que se conservaron, para muchos, las mejores obras que se hicieron en el mundo antiguo.

En pleno frenesí reconstructivo, en el año 334 a. C., llegó a Éfeso alguien a quien bien conocemos —y que no es, ni mucho menos, la primera vez que aparece en este libro—, el mayor conquistador griego de todos los tiempos, Alejandro Magno; cuando vio las obras que se estaban llevando a cabo, se ofreció para colaborar económicamente en la reconstrucción del templo. Se dice que los efesios rechazaron su ayuda con el argumento de que «un dios no puede ayudar a construir a otro dios».

Sobre el nuevo templo, que debía de ser asombroso, los historiadores no se ponen totalmente de acuerdo sobre sus gigantescas medidas, además, las fuentes clásicas que nos han legado descripciones del edificio tampoco coinciden en su tamaño, pero en cualquier caso, este debió de ser colosal. Las estimaciones más prudentes hablan de ciento treinta y un metros de largo por sesenta y nueve de ancho, pero hay otras que lo amplían hasta ciento cincuenta y cinco metros por setenta y nueve, con una altura sorprendente de treinta y seis metros, pues además todo el conjunto se elevaba sobre un *crepidoma* o ‘basamento con escalinatas’ de tres metros de altura, todo ello construido en mármol, como solo había otros tres templos más en Grecia. Si esto fue así, quiere decir que el Artemision ocupaba una superficie cinco o seis veces mayor que la del más conocido de todos los templos griegos, el Partenón de Atenas, que comparado con la gran obra efesia debía de parecer un modesto santuario.

De esta forma, no es difícil de entender el hecho de que cuando en el siglo III a. C. Filón de Bizancio realizara la lista de las Siete Maravillas del mundo de su tiempo, lo incluyera como una de ellas, y por el contrario no citara en lo más mínimo el templo ateniense de la Acrópolis. La admiración que el edificio suscitaba era tan grande que personalidades como Estrabón o Plinio nos han dejado constancia de su asombro ante tal obra, algo que incluso hizo el propio Alejandro cuando el templo estaba todavía en construcción.

Y es que no solo era grande por sus dimensiones o por la calidad de sus obras artísticas, también lo era por la riqueza que atesoraba, pues los donativos afluían a él constantemente. No solo eso, sino que también funcionaba como una especie de sucursal bancaria, en la que los personajes ricos de la época dejaban en depósito grandes cantidades de dinero para que el sumo sacerdote las custodiara, así se pone a título de ejemplo al gran historiador Jenofonte, que en el 394 a. C. depositó allí la elevada suma de cincuenta talentos. El templo no solo recibía dinero de donaciones o como depósitos bancarios, también lo prestaba a los numerosos mercaderes y comerciantes que a él

acudían, y obtenía de ello elevados beneficios. Y era, a su vez, un lugar de asilo para quien lo solicitase, por lo que su fama era aún mayor debido a este motivo.

El santuario era además un lugar extraordinariamente cosmopolita. Cuando hace un siglo los arqueólogos excavaron en el lugar donde estuvo, encontraron objetos de la más variada procedencia, como cuentas de vidrio fenicias y palestinas, bronce de Asia central, arreos de caballos de Luristán en Irán occidental, ámbar procedente del Báltico, figuras de oro de sacerdotisas persas, marfiles tallados en Siria, cajas mesopotámicas, loza fina representando al dios egipcio Bes, así como ofrendas procedentes de todas partes de Grecia y de la actual península de Anatolia.

Esto es una prueba evidente de que el conjunto arquitectónico del santuario debía de ser extremadamente lujoso y rico, y no es también extraño que grandes gobernantes pusieran sus ojos en el mismo con el objetivo de controlar sus riquezas y la enorme influencia que ejercía sobre la gente de su tiempo. Creso ya lo había hecho, el emperador persa Ciro también, el gran Alejandro lo había intentado sin mucho éxito, pero ahora le tocaba el turno a uno de los lugartenientes de este último, el general Lisímaco, que una vez muerto el gran caudillo macedonio puso sus miras en el templo y ocupó este territorio.

Fue con Lisímaco con quien Éfeso dejó de ser un gran templo rodeado de una pequeña ciudad, para convertirse en una gran ciudad junto a un gran templo. Entre el 323 y el 281 a. C. Lisímaco llevó a cabo una serie de importantes actuaciones en la ciudad. Esta no debía de superar los cuarenta mil habitantes cuando el general de Alejandro se dirigió a ella, pero superó ampliamente esta cifra tras los más de cuarenta años de su gobierno.

En primer lugar, Lisímaco obligó a que los ciudadanos de Colofón y de Lebedo, ciudades a las que había derrotado, se marchasen forzosamente a Éfeso. A continuación mandó diseñar un conjunto urbano con un plano regular a dos kilómetros y medio del templo y rodeó a esta nueva ciudad con una gran muralla con torreones cuadrados, ocupando un extenso perímetro de ocho kilómetros. Lisímaco ordenó construir un puerto para favorecer el comercio, un ágora comercial de ciento once por ciento once metros, donde se llevaran a cabo las transacciones mercantiles, un teatro y el pritaneo, que era el edificio donde se reunían los gobernantes de la ciudad.

Las obras del Artemision continuaron durante esta época y a finales del siglo III a. C. el edificio ya debía de estar prácticamente concluido. Durante este siglo y el siguiente, la población de Éfeso no dejó de aumentar, y cuando los romanos se hicieron con el control de la ciudad en el 133 a. C., debía de albergar ya una población cercana a los doscientos veinticinco mil habitantes, según las estimaciones.

Y la presencia romana no hizo sino aumentar el poder y esplendor de Éfeso. En 129 a. C. los romanos la hicieron la capital de su provincia en Asia, emprendieron la construcción de una calzada hasta Pérgamo y potenciaron las vías comerciales con el exterior. Éfeso inició una nueva etapa de prosperidad en la que a veces sufrió algunos altibajos, como la rebelión del año 88 a. C., tras la que el dictador romano Sila le impuso un tributo muy elevado y la despojó de buena parte de sus tesoros. Pero pronto fue perdonada y se convirtió de nuevo, en pocos años, en el centro del poder romano en la región.

Éfeso experimentó una considerable recuperación durante el reinado de Augusto, ya en época imperial, que al igual que otras ciudades importantes emprendió una serie de obras destinadas a embellecer y ampliar la ciudad. Así, la dotó de nuevos acueductos que mejoraran el sistema de abastecimiento de agua, lo que permitió crecer a su población aún más, calculándose que por esta

época el número de personas que vivían en ella se podía acercar a unos trescientos cincuenta mil. Augusto también construyó un ágora porticada a la que unió, mediante la vía de los Curetes, con el templo de Artemisa o Artemision y además un templo que recibió su nombre. Aunque había sido comenzado por Marco Antonio y Cleopatra, inició un nuevo y espectacular teatro con capacidad para casi veinticinco mil espectadores y construyó un gigantesco períbolo o espacio que rodeaba al Artemision con unas dimensiones enormes, pues medía nada menos que trescientos cinco metros de largo por ciento cincuenta y dos de ancho. Fue en este momento cuando se creó la que posteriormente se conocería como vía Arcadiana, que unía a través de seiscientos metros de longitud y una anchura de once el teatro con el puerto, y a lo largo de la cual las dos aceras estaban repletas de pequeñas tiendas.

En este momento la ciudad empezó a extenderse por el monte Coressos, una de las elevaciones que la rodeaba. Allí se ubicaron familias pudientes en *domus* o ‘casas de gran tamaño’, pues ocupaban entre seiscientos y mil metros cuadrados de superficie. Por esta época, Estrabón describe a la ciudad como una de las más ricas de Oriente, centro de un intenso comercio tanto por vía marítima como terrestre, por la numerosa red de calzadas que la comunicaba con otras ciudades.

El teatro se fue convirtiendo en uno de los edificios más emblemáticos de Éfeso y para terminarlo se necesitó bastante tiempo, ya que hasta la época del emperador Trajano, entre el año 98 y el 117 d. C., no estuvo totalmente construido. Cuando finalizó, era el mayor teatro del Mediterráneo oriental, con ciento cuarenta y cinco metros de diámetro y una altura de treinta y ocho, y se decía que podía dar cabida a casi cuarenta y cuatro mil espectadores, aunque los graderíos y las hileras de asientos no ratifican tan enorme capacidad.

En el siglo I de nuestra era, Éfeso fue también el lugar en el que sucedieron importantes acontecimientos relacionados con la religión cristiana. Así, sirvió como residencia de San Pablo, quien entre el 52 y el 55 se dedicó a evangelizar a su población, difundiendo el cristianismo entre sus seguidores. Pero San Pablo se enfrentó con los numerosos vendedores de reliquias del Artemision, por lo que incluso llegó a peligrar su vida, pues los devotos de la diosa lo golpearon temiendo que les intentase arrebatarse su negocio. En Éfeso también escribió el Evangelio San Juan, que fue enterrado en una de las colinas de la ciudad. Y junto a él se dice que vivió la madre de Jesús, la Virgen María, que según la tradición habitó una casa que aún se conserva en las afueras de la ciudad y fue en este lugar donde muchos cristianos creen que se produjo su ascensión al cielo.



Reconstrucción de Éfeso en época clásica, obra de E. Falkener en 1858. La vista está realizada desde el monte Coressos y da una idea de la enorme monumentalidad que debía de poseer la ciudad en su momento de máximo esplendor.

Los ediles romanos no dejaron de engrandecer a Éfeso con sus obras durante los siglos I y II d. C. En época de Nerón y Vespasiano se produjo el drenaje del puerto, pues los aportes de limo del Cayster dificultaban el amarre de las embarcaciones. Gracias a estos cuidados, era posible el floreciente comercio que en él se desarrollaba. Se crearon nuevas fuentes públicas como la de Polio, y nuevos acueductos como el de Mamas para mejorar el abastecimiento de agua a la creciente población, así como un estadio para competiciones de doscientos veintinueve por treinta y ocho metros. Con Domiciano se construyó un ágora civil, un gimnasio, un templo de cien por cincuenta metros y varias bibliotecas. Entonces, a finales del siglo I, la población probablemente superaba los cuatrocientos mil habitantes. Éfeso era tras Roma, Alejandría y Antioquía la ciudad más poblada del Imperio.

La ciudad alcanzó aproximadamente hacia mediados del siglo II su momento de mayor esplendor, durante los reinados de los emperadores Adriano y Antonino, pues fue este quien ordenó acabar la gran cantidad de obras iniciadas por su predecesor. En época del primero, las construcciones que se llevaron a cabo en Éfeso no pueden dejar de admirarnos. En este periodo se construyó la gran biblioteca de Celso, en honor del gobernador Celso Polemón o Polemeano, en la que se guardaban doce mil volúmenes y cuya elegante fachada, a modo de *frons scene* o ‘frente de escena’, como si fuera un teatro, aún se conserva. O la fuente de Trajano, con doce metros de altura; las enormes termas de Adriano, que eran un amplio conjunto de baños con unas dimensiones de doscientos cuarenta por doscientos metros; el edificio de la bolsa o de la casa de cambio, próximo al puerto, también con unas dimensiones descomunales, pues tenía doscientos sesenta metros de largo, por solo treinta de ancho. Adriano también construyó un enorme templo al que se le dio su nombre, con unas medidas de doscientos sesenta y cinco por ciento sesenta metros, además del templo de Serapis, los baños de Bariso y cuatro nuevos acueductos que se sumaron a los ya existentes.

Sus sucesores, Antonino Pío y Marco Aurelio, continuaron promoviendo esta titánica labor constructiva. En tiempos del primero se erigió un gigantesco pórtico denominado el atrio de Verulano, por ser este acaudalado ciudadano el que lo costeó. Esta inmensa plaza tenía unas dimensiones descomunales, pues se dice que ocupaba una superficie de nada menos que trescientos sesenta metros de largo por doscientos cuarenta de ancho. También se construyó en esta época el gimnasio o palestra de Vedio, que fue quien lo sufragó, así como un odeón o teatro cubierto para el canto con capacidad para mil quinientos espectadores, un altar monumental, una *stoa* porticada, el Bouleuterion, un gimnasio y una nueva zona termal con peristilo, además de crearse grandes pórticos en las principales vías de la ciudad, en especial en la de los Curetes.

A finales del siglo II, Éfeso debía de ser una ciudad muy monumental, con una gran riqueza basada en el comercio, pero también en las donaciones y visitas de los peregrinos al templo de Artemisa, y su población posiblemente se acercaba al medio millón de habitantes.

Durante parte del siglo III estas condiciones se mantuvieron, aunque la situación estaba empezando a cambiar y la ciudad no se veía libre de las dificultades que por aquel entonces comenzaban a atenazar al gran Imperio romano, pero no obstante, y pese a un cierto estancamiento, se mantenía su pujanza en todos los sentidos.



Portada de la biblioteca de Celso, construida a modo del escenario de un teatro. En ella se conservaban más de doce mil volúmenes.

Pero entonces sobrevino una inesperada catástrofe. Desde hacía un siglo, los pueblos bárbaros del norte de Europa habían empezado a avanzar para invadir el Imperio romano que albergaba enormes riquezas, mientras que ellos vivían de forma miserable. En un principio, los emperadores fueron capaces de contener sus incursiones, pero cuando el Imperio se debilitó, estas se fueron haciendo cada vez más osadas, y así, en el año 262, los godos construyeron una gran flota en Crimea y la emplearon para atacar y saquear las costas del mar Egeo. Éfeso fue la primera en sufrir su salvajismo, pues desembarcaron de improviso y atacaron la desprevenida ciudad, que hacía mucho tiempo que había dejado de reparar las antiguas murallas de Lisímaco. Los godos hicieron mucho daño por toda la ciudad, pero se cebaron en especial en el espacio más rico de la misma, el Artemision, y volvieron a prender fuego al templo con el desgraciado resultado de que el techo de este se desplomó y se perdió así la mayor parte de sus riquezas artísticas.

El impacto de este acontecimiento fue enorme en todo el mundo grecorromano, lo que no impidió que cinco años después la desprevenida Atenas sufriera una experiencia semejante a la de Éfeso, como ya se relató en su capítulo correspondiente. Los efesios se pusieron de nuevo manos a la obra para recuperar a la ciudad de sus daños y sobre todo para reconstruir el templo. Pero los tiempos ya no eran los mismos que los de seis siglos antes. La crisis económica afectaba a todo el mundo mediterráneo en general, y ya no quedaban gobernantes generosos o peregrinos enriquecidos que

dieran sus donativos a la diosa Artemisa. Por ese motivo se mantuvo el culto entre sus ruinas intentando recuperar, en la medida de lo posible, los materiales que habían sobrevivido tras la catástrofe de los godos.

Éfeso atravesó después una época de cierta tranquilidad, pero las dificultades aumentaron, pues la falta de presupuesto impedía drenar adecuadamente los sedimentos que el río Cayster depositaba en el puerto, y de esta manera los barcos tenían cada vez más problemas para atracar en el mismo. A principios del siglo IV el emperador Constantino intentó realizar algunas obras en la ciudad, construyendo unas termas en el puerto y reconstruyendo el templo de Adriano, que había quedado arruinado con la invasión medio siglo antes. Pero la ciudad había entrado ya en decadencia y esta se acentuó cuando sufrió dos terribles terremotos casi seguidos, uno en el 358 durante el que se derrumbaron los edificios del ágora y otro diez años después, pero de momento el puerto seguía manteniéndose abierto y los gobernadores de la ciudad emprendieron la reconstrucción de la misma aunque los daños que experimentaba eran ya considerables.

El siguiente acontecimiento que precipitó la ruina fue una decisión política. El emperador Teodosio había subido al trono y, desde principios de su reinado, se propuso acabar con todos los vestigios de las religiones paganas que hasta entonces habían triunfado, como ya sabemos que sucedió en otras ciudades del mundo clásico. Teodosio pretendía que el cristianismo fuera la única religión tolerada y por ello decretó el cierre de todos los templos paganos, y entre ellos, claro está, el más importante, el Artemision, que aunque probablemente todavía se encontraba en ruinas, era un ejemplo de las religiones con las que él pretendía acabar. El decreto del cierre del templo, que se llevó a cabo en el 391, se completó con un ataque de las turbas cristianas contra el complejo religioso. Estas, llevadas por su celo radical, derribaron la estatua de Artemisa, o lo que quedara de ella y procedieron, a continuación, a dismantelar el templo de forma sistemática. En esta labor destacó uno de los más importantes padres de la iglesia cristiana, Juan Crisóstomo, de quien ya hemos hablado en capítulos anteriores, el cual ordenó la construcción de varios hornos de cal en las escalinatas del templo para fundir los mármoles del mismo y utilizarlos para obtener cal con la que cubrir las nuevas construcciones que se estaban llevando a cabo. Esta labor está documentada al menos desde el año 401 hasta el año 433, de manera que durante el primer tercio del siglo V se llevó a cabo la destrucción casi completa del que fuera uno de los grandes edificios del mundo antiguo.

El cristianismo había triunfado y esto implicó una serie de cambios en el espacio urbano efesio. La ciudad, uno de los centros de la nueva religión, se convirtió en sede de varios concilios cristianos ecuménicos, es decir, internacionales. Así, en el 431 tuvo lugar el primero de ellos, en el que se proclamó a María como madre de Dios, y en el 449 tuvo lugar el segundo. Ambos se reunieron en el que quizás era el único gran edificio importante que aún quedaba intacto, el antiguo conjunto de la Bolsa o de la Casa de Cambio, construido en época del emperador Adriano, que fue convertido en iglesia para cumplir tal cometido. Durante el siglo V continuaron los problemas, en especial porque los sedimentos del Cayster dificultaban cada vez más el comercio e iban cubriendo poco a poco el puerto, pero la ciudad aún sobrevivía y es más, experimentó a continuación una época de relativa prosperidad cuando en el 527 subió al poder el emperador bizantino Justiniano. Este dio tres órdenes básicas a su gobernador en Éfeso. La primera era que embarcase todas las estatuas u obras de arte de calidad que quedaban en la ciudad para enviarlas al puerto de Constantinopla, pues deseaba embellecer su ciudad mucho más aún. En segundo lugar, procedió a la construcción de una nueva muralla para defender la urbe. Como la ciudad había disminuido enormemente en población y

extensión, la nueva muralla tendría unas dimensiones mucho más reducidas que la que Lisímaco había construido ocho siglos antes. Pero a cambio tomó una tercera decisión, fortificar una de las colinas de la ciudad, la denominada de Asayoluk, en el interior de la cual decidió construir una gran basílica de ciento diez metros por cuarenta en el lugar donde estaba enterrado San Juan, de ahí que se le denominara la basílica de San Juan. Es evidente que para su construcción se emplearon los materiales que todavía estaban esparcidos por la llanura del Cayster y que habían pertenecido al gran templo de Artemisa.

Pero esta relativa recuperación fue verdaderamente efímera. En el siglo VII, Éfeso experimentó una serie de nuevas catástrofes que hicieron desaparecer casi por completo a la que fuera una de las grandes joyas del urbanismo clásico. En el 614 un terremoto dejó prácticamente en ruinas lo poco que quedaba aún en pie en la ciudad. Un año después la tomaron los persas, y durante siete años la ocuparon sometiéndola a un nuevo saqueo y causando más daños. Entre el 654 y el 655 fueron las tropas musulmanas las que se adueñaron de lo poco que quedaba y también le infligieron nuevas destrucciones.

Tanta tragedia fue además acompañada por un hecho natural que se tornó decisivo. La falta de cuidados en el drenaje del río Cayster, el aumento de la capacidad erosiva del mismo, probablemente a consecuencia del abandono de las zonas de cultivo en el interior, y una serie de grandes inundaciones que tuvieron lugar en el siglo VII, provocaron que Éfeso quedase cubierta por una capa de sedimentos de más de cuatro metros de espesor. Pero no solo eso, sino que el légamo depositado por el Cayster en su desembocadura fue tal, que la sedimentación cegó por completo el puerto e hizo retroceder a la línea de costa nada menos que cinco kilómetros desde la posición que ocupaba originalmente antes de que se iniciara este proceso de colmatación.

Eso supuso el final: privada del puerto, saqueada hasta la saciedad, derrumbada por los terremotos y prácticamente deshabitada, la ciudad se hundió, en el sentido literal de la palabra, en los pantanos y marismas que la rodeaban. La población huyó a las colinas donde se refugió ante tanta catástrofe, pero incluso en estas, la calidad de vida disminuyó considerablemente. Las *domus*, que llevaban casi siete siglos en pie en la colina de Coressos, se desplomaron y se abandonaron, como un símbolo más de la decadencia.

No sería el único, pues no solo se perdían los edificios, sino incluso el mismo nombre y el recuerdo de la ciudad. Era tal su postración que a mediados del siglo IX se ubicaron en el interior del espacio en el que antiguamente había estado situado el templo una serie de chozas y chabolas, así como varios pozos e incluso un cementerio, como un indigno colofón a la desaparición de uno de los grandes monumentos que la humanidad había sido capaz de construir.

En el siglo XI, los turcos selyúcidas se hicieron con el control de este lugar, pero ya no existía en él ningún tipo de población, solo un pequeño número de refugios que ni siquiera merecen ser considerados como viviendas. Igual panorama vieron los cruzados cuando llegaron al lugar a finales de ese mismo siglo. En 1304 fueron otros turcos, los otomanos, los que se hicieron los dueños de esas tierras, produciéndose entonces el definitivo abandono de la basílica de San Juan. Los turcos, para completar la situación, rebautizaron a las ruinas con un nuevo nombre, las llamaron Ayaslug, y entre ellas, empleando otra vez los materiales que encontraron dispersos por aquí y por allá, decidieron construir un nuevo templo bajo la advocación del islam, la mezquita de Isa Bey Camii, entre cuyos muros quedan hoy día algunas piedras del Artemision y de otros edificios del Éfeso clásico. No finalizarían aquí las malas noticias para lo que quedaba de la ciudad. En 1402 las tropas

del líder turco-mongol Tamerlán llegaron a la ciudad, y arrasaron lo que quedaba tanto de la basílica de San Juan como de la nueva mezquita. Sin embargo, esta última volvió a ser reconstruida poco después bajo la supervisión de los nuevos gobernantes otomanos que la recuperaron de entre sus ruinas.

Esta historia no acaba aquí. Tras siglos de abandono y de destrucciones le llegó el turno a la recuperación. Entre 1858 y 1877 un arquitecto inglés llamado J. T. Wood, que había llegado al lugar ilusionado por encontrar los restos de la antigua Éfeso, se puso a excavar en el lugar donde se había encontrado antiguamente el Artemision. Encontró pocos restos del edificio, pero los que halló se los llevó a Londres donde hoy se exhiben en algunos de sus museos. No fue una excavación científica, ni muchísimo menos, pero volvió a dar a conocer la grandeza de lo que había sido la antigua ciudad a los europeos.

En 1914 los turcos rebautizaron a la población que empezaba a surgir junto a las ruinas de Éfeso como Selyuk, nombre que aún conserva. Hoy día, las excavaciones para recuperar la joya que debió de ser la metrópolis clásica aún continúan, y tendrán que seguir haciéndolo durante mucho tiempo, pues después de más de un siglo y medio de excavaciones se calcula que aún no se ha recuperado ni siquiera el 15 % de lo que debió de ser la ciudad en su época de mayor esplendor.

PETRA

Hay ciudades cuya existencia resulta difícil de explicar, e incluso de creer. Petra es una de ellas, quizás una de las más conocidas para las grandes rutas del turismo internacional, quizás una de las más bellas y atractivas por la fantasía de los monumentos que se conservan. Pero Petra se encuentra en un lugar inhóspito, desértico, donde caen menos de cien milímetros por metro cuadrado de precipitación al año y donde la vida resulta difícilmente soportable debido a la aridez extrema y a las altas temperaturas de un desierto cálido. Y sin embargo allí, en la periferia de la península de Arabia, se localiza uno de los lugares más emblemáticos y fascinantes de nuestro planeta.

El porqué existe Petra solo se puede explicar analizando la posición que ocupaba en el contexto del comercio internacional de hace dos mil años, ya que se encontraba en un lugar estratégico que favorecía la existencia de un punto de intercambio en el centro de las rutas comerciales de entonces. Por ella pasaban las mercancías que procedentes de Arabia iban a Egipto, en especial el incienso, imprescindible para perfumar las momias que se embalsamaban, pero también el betún, que llegaba desde el mar Muerto y se exportaba hacia el norte de África a partir de la ciudad, y también la mirra, procedente de la actual Etiopía, llegada a través del mar Rojo y que era enviada hacia el norte, hacia ciudades ricas y opulentas como Damasco. Petra estaba allí, en el punto central donde confluían y se conectaban todas esas rutas, y ese hecho excepcional explica cómo en medio de unos farallones desérticos y áridos se pudo construir tan atractivo conjunto monumental.

Y a pesar de todo, el poblamiento de la zona tenía un origen muy antiguo. En Beidha, a pocos kilómetros de Petra, se han encontrado restos de viviendas que se pueden estimar en una cronología que va desde el año 10000 hasta el 3000 a. C., aproximadamente. Más recientemente, en el siglo VIII a. C., existió en el lugar una colonia edomita en la colina de Umm al Beira, pero la fundación de lo que hoy conocemos como *Petra*, nombre de origen latino que significa ‘piedra’ por motivos evidentes, debió de producirse hacia el siglo VII a. C.

Fueron los habitantes de la región de Edom, al sur de Israel, quienes se asentaron aquí, en el

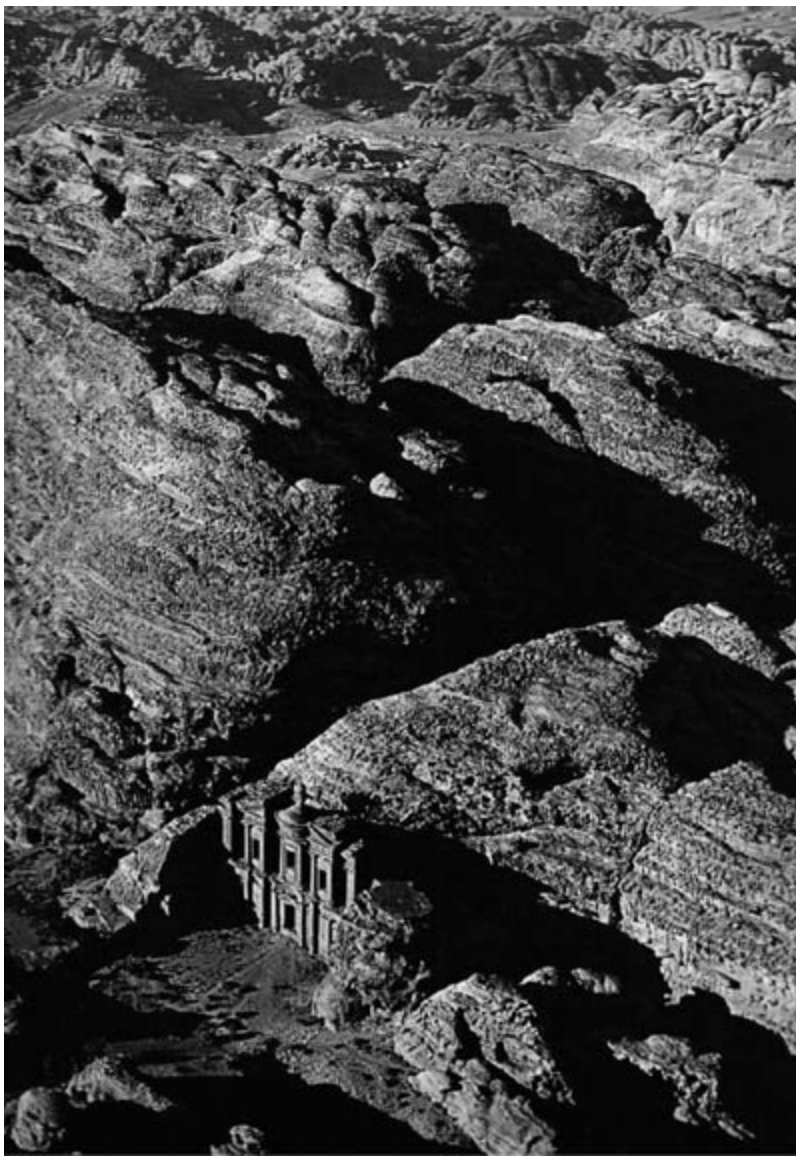
largo desfiladero del Siq, una estrechísima garganta fluvial que en algunos lugares no posee más de un metro de anchura, pero que discurre a lo largo de casi un kilómetro y medio, serpenteando mientras sigue el curso de un *wadi* o ‘curso de agua esporádico’, como es el Wadi Musa. El asentamiento estaba en un lugar privilegiado desde un punto de vista comercial, a medio camino entre la actual capital de Jordania, Amman, a menos de doscientos kilómetros de distancia al norte, y el golfo de Aqaba, donde está la ciudad de Elath, a unos cien kilómetros al sur.

Durante el siglo VI a. C., la ciudad fue ocupada por los nabateos, con quienes alcanzaría fama inmortal gracias a las construcciones que legaron a la posteridad. Eran los nabateos unos nómadas de origen árabe, que aunque durante los siglos VI y V a. C. tuvieron que luchar contra los persas ocupantes de estas tierras, tras la expulsión de estos acabaron haciéndose con el control del territorio y situaron en Petra la capital de un floreciente reino dedicado al tráfico comercial.

En el siglo IV a. C., Petra ya albergaba un importante mercado caravanero, alojando en la ciudad a las numerosas caravanas que hacían escala en ella, dando de beber y de comer tanto a camellos como a comerciantes, y ofreciendo alojamiento a estos y custodia a los animales que transportaban las pesadas cargas. Por esos servicios los habitantes de Petra cobraban altos emolumentos, ya que se aprovechaban del hecho de que no existía ningún otro poblado que pudiera competir con ellos, y ese fue el origen de su riqueza.

La existencia de Petra se basaba en la construcción de un complejo sistema de acueductos de piedra, de tuberías de cerámica y de cañerías en alfarería que traía el agua desde el manantial donde nacía el Wadi Musa, y que recogía además las escasas precipitaciones que se producían en una cuenca de más de noventa kilómetros cuadrados. Esta se canalizaba toda y se llevaba a las enormes cisternas que existían en Petra. Se calcula que esta complicada obra de ingeniería podía proporcionar una gran cantidad de agua a la ciudad, que era embalsada en diferentes represas y que permitía incluso la existencia de un gran *ninfeo* o ‘fuente pública’ en la misma. Se generaba, de esta forma, un oasis artificial que permitía la vida en medio del desierto de más de treinta mil personas en su momento de máximo florecimiento. Esta gran cantidad de agua era utilizada además para regar las terrazas cultivadas del Wadi Musa que rodeaban a la ciudad y, de esta forma, un suelo yermo y de escasa fertilidad se convertía en un vergel capaz de abastecer a una numerosa población con una gran cantidad de producción de alimentos todos los años, entre la que sobresalía el trigo, la cebada, los higos, los dátiles, las uvas y las almendras.

En el año 312 a. C. Petra ya era conocida como una tierra famosa no solo por ser un centro del tráfico caravanero, sino también por la cerámica de elevada calidad que producían sus artesanos. Esa riqueza tentó a Antígono, uno de los generales de Alejandro Magno, que se quiso hacer con el control de la ciudad, pero esta resistió el ataque e incluso aumentó, tras este, el control del territorio que la rodeaba.



Esta vista aérea de Petra nos muestra el inhóspito lugar en el que se encuentra la ciudad, rodeada por un desierto, pero favorecida por ser el punto en el que confluían las caravanas comerciales en la antigüedad.

En ese momento había cuatro productos principales en el comercio del Próximo Oriente: la mirra, procedente de las actuales Etiopía y Somalia, que se empleaba como perfume y como ungüento para los cosméticos; el incienso, que se producía en el reino de Saba, en lo que hoy es Yemen, y que se utilizaba en las ceremonias religiosas para dar buen olor a los lugares sagrados; el betún, que se extraía de las arenas negras empapadas de petróleo del mar Muerto y se empleaba tanto para el embalsamamiento de las momias egipcias, como para calafatear los cascos de madera de los barcos; y, por último todo lo relacionado con los artículos de lujo, y es que en Petra se vendían perlas del golfo Pérsico, seda procedente de China, especias y algodón de la India, etc., de forma que todos estos productos multiplicaban su precio por dos o tres veces al pasar por manos de los intermediarios de la capital nabatea. Este comercio rendía extraordinarios beneficios, y los ciudadanos más acaudalados que lo controlaban lo utilizaron para inmortalizar su recuerdo construyéndose unas magníficas tumbas en la roca que todavía hoy son el asombro de quienes las contemplan.

Petra se encuentra en una región en la que predomina un material rocoso llamado arenisca. La arenisca es aparentemente dura, pero se puede moldear con un relativo esfuerzo, no es fácilmente erosionable y las obras que se realizan en ella se pueden conservar durante muchos siglos, ya que la

acción erosiva del agua es muy escasa en un territorio prácticamente desértico. Posee además otra característica y es que adopta tonalidades muy variadas, con una amplia gama de colores, lo que le confiere una gran belleza.

A principios del siglo III a. C., los personajes más ricos de Petra decidieron construir tumbas aprovechando los farallones del desierto en el que se en contraban. Contrataron a artistas para que labraran aquellas rocas y le dieran formas de palacios o de edificios helenísticos, que eran los que por aquel entonces estaban más de moda, sobre todo los de la ciudad de Alejandría. De esta forma crearon, a lo largo de los cinco siglos siguientes, uno de los conjuntos más maravillosos que la humanidad conserva.

Petra tuvo además bastante suerte a lo largo de la historia. Situada en medio de grandes reinos e incluso de poderosos imperios, la ciudad experimentó su apogeo justo cuando todos estos grandes estados iniciaron un periodo de crisis a consecuencia de la llegada a esta zona de las legiones romanas. Seléucidas, israelitas, sirios, egipcios... se fueron debilitando poco a poco ante la irrupción del ejército romano y, mientras tanto, los nabateos, amparados en su alejamiento y su escondite, progresaban acumulando cada vez más riquezas.

De esta forma, en los doscientos años que medían entre los comienzos de los siglos I a. C. y I d. C., el reino nabateo alcanzó su punto culminante. Y este apogeo es palpable en la cantidad y calidad de las construcciones que allí se llevaron a cabo. Así se erigió la calle de la Gran Columnata, una gran avenida porticada con eleva das columnas que corría paralela al cauce del Wadi Musa. A lo largo de la misma se ubicaban numerosas tiendas y casas de techo plano, además de algunos edificios fascinantes de los que hablaremos más adelante. Existían numerosos templos en la ciudad, su interior estaba enlucido y pintado con colores vivos e imágenes de delfines, guirnaldas de flores y otros motivos decorativos. Sin embargo, las calles adyacentes a esta gran avenida eran estrechas y en ellas vivía la mayor parte de la población que poseía escasos recursos.



El Deir o Monasterio es una de las mayores tumbas de Petra excavadas en la roca arenisca y la más reconocible y famosa, sin duda. Su imagen es muy conocida gracias a que en ella se rodó una de las escenas de la película Indiana Jones y la última cruzada, dirigida por Steven Spielberg en 1989.

Se estima que ya hacia el año 100 a. C. Petra podía albergar en su interior a cerca de veinte mil personas, los nabateos se hallaban en plena expansión y sus dominios se extendían desde los altos

del Golán hasta Damasco y el Moab, al oeste de Jordania. Hacia el año 80 Petra era la capital de un reino consolidado y totalmente independiente tanto de la Siria seléucida como de la Judea de los Macabeos. Incluso el general romano Pompeyo, que conquistó la zona en los años 64 y 63 a. C., le concedió la autonomía a cambio de unos elevados impuestos, porque era consciente de las dificultades de conquistar la ciudad y del beneficio que podía rendir de esta manera al comercio en la región.

Esa situación de privilegio propició la creación de un conjunto arquitectónico de calidad excepcional pues a su independencia de cualquier poder, se unió la riqueza que afluía continuamente a la ciudad, y de este modo se llevaron a cabo obras como la tumba del Faraón, entre los años 39 y 30 a. C., y hacia el año 9 a. C. la de Khazneh, con una altura de cuarenta metros y una anchura de veintiocho.

Entre el 9 a. C. y el 40 d. C. se construyeron la tumba de la Urna, el teatro nabateo, con una capacidad para tres mil quinientos espectadores, y el Qasr Al Bint. Entre el 40 y el 70 d. C. la tumba Corintia, una de las primeras en estilo helenístico. Mientras que entre el 70 y el 90 se erigió la tumba del Deir o Monasterio, llamada así por ser la más grande de todos los monumentos labrados en la roca. También son de este siglo I d. C. la tumba Palacio y la tumba de Ez Zantur. La población de Petra en esta época debía de ser ya de cerca de treinta mil habitantes, y está asimismo comprobado que una pequeña parte de su población había formado ya una importante comunidad cristiana.

El año 106 fue un momento decisivo en la historia de Petra. El emperador romano Trajano se había enzarzado en una guerra contra el Imperio de los partos, y para dirigir un ataque contra estos desde todas las direcciones posibles decidió ocupar Petra para consolidar su flanco sur. Encargó a sus legiones la labor, facilitada en grado sumo cuando los romanos descubrieron los secretos de la red de abastecimiento de agua a la ciudad, de cortar el suministro a esta, y a sus habitantes no les quedó más remedio que rendirse antes de morir de sed.

Pero la ocupación llevada a cabo por Roma fue, como sucedió en muchas otras ciudades, muy beneficiosa para los nabateos, al menos durante una primera etapa, pues los romanos llevaron a cabo numerosas obras de todo tipo, favorecieron el comercio y construyeron nuevas calzadas que trajeron aún más riqueza y prosperidad a Petra. Es muy posible que durante el siglo II la población alcanzase su nivel máximo, con cerca de cuarenta mil habitantes, una cifra muy próxima al máximo que se podía abastecer con las técnicas de la época, y ello gracias a que los romanos ampliaron la red de acueductos que la abastecían, lo que permitió el asentamiento de más residentes en el suburbio extramuros de Moghar en Nassara.

En el periodo transcurrido desde el 114 hasta el 131 los romanos construyeron la calzada entre Bosra y el golfo de Aqaba, la denominada vía Sacra, de más de cuatrocientos kilómetros de recorrido. Erigieron un nuevo y más amplio teatro con una capacidad de ocho mil quinientos espectadores, con treinta y tres hileras de asientos, ampliaron la avenida de la Columnata y edificaron un nuevo ninfeo. También siguieron con la costumbre de construir grandes tumbas, como la de Sexto Florentino, el gobernador de la recién creada provincia de Arabia a la que pertenecía Petra. En este contexto de apogeo y de florecimiento se produjo la visita del emperador Adriano que, fascinado por las maravillas que contempló en la ciudad en el 131, le concedió el nombre de Petra Hadriana.

Pero, a partir de la segunda mitad del siglo II, el comercio caravanero empezó a estancarse, ya que los romanos fomentaron las vías marítimas a través del mar Rojo y del Mediterráneo, por las que

se podían transportar cargas mayores a precios más baratos, sustituyendo a las rutas a través del desierto, que por lo general implicaban una mayor inseguridad y, por tanto, unos precios más elevados. De esa manera, empezó a declinar la riqueza de Petra, lo que se unió a la crisis general que atravesó el Imperio en los siglos siguientes. Así empezó a producirse un paulatino abandono de la ciudad, aunque continuó teniendo cierta importancia durante varios siglos más.

En época del emperador Diocleciano, a finales del siglo III, se llevó a cabo una reorganización administrativa imperial, y Petra, que todavía conservaba su importancia, fue nombrada capital de la provincia de Palestina Tertia o Palestina Salutaris.

Desde mediados del siglo IV, el cristianismo se hallaba bastante extendido por la ciudad, de hecho, y hacia el 350 se produjo el nombramiento del primer obispo cristiano. Pero la suerte de Petra estaba ya prácticamente echada. La ciudad había sido construida en el contacto entre dos placas tectónicas, la arábiga y la africana, y parece ser que a partir del siglo IV la actividad de ambas se acentuó, provocando una serie de catastróficos terremotos que tuvieron lugar en los años 363, 419, 551 y 747. A consecuencia de los mismos, la capa freática de las aguas subterráneas ascendió a la superficie, lo que provocó enormes daños en los grandes monumentos de la ciudad.

El seísmo del año 363 fue particularmente destructivo, ya que no solo derrumbó el teatro, sino sobre todo los acueductos que abastecían de agua a Petra, y sin esta su población no podía subsistir, por lo que la mayor parte de la misma tuvo que marcharse a otro lugar, al no poderse reparar con rapidez el daño que había hecho el movimiento sísmico.

Las murallas de la ciudad también habían sufrido importantes daños, pero como su población había descendido considerablemente, los bizantinos, que controlaban el lugar desde el siglo V, decidieron reconstruirlas reduciendo considerablemente su perímetro. A la misma vez se producía una transformación importante en su interior, las tumbas estaban siendo abandonadas y saqueadas, y muchas de ellas se convirtieron en iglesias cristianas, como sucedió con la de la Urna que fue convertida en iglesia en el año 446, pero se incendió en el 490 y hubo de ser abandonada.

Tras el terremoto del 551, que destruyó lo que quedaba de la ciudad, Petra quedó prácticamente deshabitada, y la última cita que conservamos de la ciudad hecha por el obispo Hermógenes (o Anthenógenes, según otras fuentes) corresponde a aquella época. Cuando en el 632 la conquistaron los árabes, ya era una simple aldea sin ninguna importancia. El terremoto del año 747 haría que su recuerdo desapareciera definitivamente, hasta el punto de que ni siquiera los cruzados, que la tomaron a finales del siglo XI, sabían a qué ciudad habían pertenecido aquellas extrañas ruinas. El vandalismo y los saqueos acabaron por destruirla. Las magníficas tumbas solo sirvieron como refugio de lujo para los pastores beduinos nómadas, pero fueron perdiendo poco a poco su decoración y su esplendor. No fue hasta 1812 cuando el viajero e historiador del arte suizo Jacob Burckhardt la redescubrió para los europeos, que desde entonces empezaron a visitarla y a asombrarse ante lo que había sido aquella civilización.

Petra es hoy día uno de los destinos turísticos más importantes del mundo, y fue proclamada Patrimonio Mundial de la Humanidad por la Unesco en 1985. Ha sido escenario de varias películas, así como objeto de numerosos reportajes en revistas no siempre especializadas. Su fama es tal que llegó a ser incluida en la peculiar última enumeración de las maravillas del mundo moderno.

En época clásica hubo ciudades que destacaron por ser centros importantes de la cultura helenística, Alejandría fue sin duda la más importante de todas, pero al menos durante dos siglos hubo otra ciudad llamada Pérgamo (hoy denominada Bergama) que compitió con la gran metrópolis de los Tolomeos por albergar el saber de su tiempo.

Pérgamo, como vimos anteriormente, es una ciudad situada en la costa de la península de Anatolia, que en época antigua era conocida como Asia Menor y en la actualidad constituye la mayor parte de Turquía. Su ubicación presenta bastante complejidad, pues se halla construida a trescientos treinta y cinco metros de altitud, en torno a una serie de colinas con una topografía bastante accidentada y unas laderas muy abruptas, lo cual obligó a que los urbanistas que la planificaron tuvieran que recurrir a complejas soluciones técnicas.

El origen legendario de la ciudad se encuentra en el contexto de la guerra de Troya, es decir, a comienzos del siglo XII a. C. Según una antigua tradición, fue fundada por Pérgamos (de ahí su nombre), el hijo de Andrómaca, que a su vez estaba casada con Héctor, el héroe griego de la guerra de Troya. La arqueología ha demostrado que debió de ser en época arcaica (siglos XII–VIII a. C.) cuando comenzó el poblamiento de la acrópolis, es decir de la zona más elevada de la ciudad.

Pero realmente no es hasta el siglo VI a. C. cuando existen pruebas de un poblamiento continuado. Este se inició en época de Creso, rey de Lidia, y continuó con la ocupación persa, que se prolongó hasta que en el año 334 a. C. Alejandro Magno tomó la ciudad.

A la muerte de Alejandro en el 323 a. C., uno de sus generales, Lisímaco, del que ya hemos hablado, se adueñó de este territorio y, conocedor de la situación tan favorable de la acrópolis de Pérgamo, decidió guardar allí el tesoro que había obtenido tras la muerte del rey macedonio. De esta forma depositó nueve mil talentos en la fortaleza de la acrópolis llevando a cabo obras de perfeccionamiento de sus defensas, y dejando al cuidado de los mismos a una guarnición bajo el mando de Filetaro, uno de sus hombres de confianza. Filetaro se mantuvo fiel a Lisímaco durante los cuarenta y tres años siguientes en los que vivió su rey pero, cuando se produjo el fallecimiento de este en el 280 a. C., decidió apropiarse del tesoro que tanto tiempo había custodiado para su jefe. De este modo, Filetaro se proclamó gobernador independiente de Pérgamo y, con el tiempo, acabó siendo el primero de una gran dinastía de reyes que llevaron a la ciudad a ocupar un lugar propio en la historia.

Ya en el siglo IV a. C., se llevaron a cabo las primeras realizaciones urbanísticas, entre las cuales destacaron la construcción de un templo a Atenea Niképhoros y otro a Deméter y, sobre todo, la creación de un pequeño santuario dedicado a Esculapio, el dios griego de la medicina, que debido a ese motivo recibió el nombre de Asklepion, pues esta era la forma en la que los griegos denominaban a su dios. Con el paso del tiempo, el Asklepion acabó convirtiéndose en el centro terapéutico más importante del mundo.

En el 263 a. C. falleció Filetaro y le sucedió en el poder su sobrino Eumenes, gobernante con el que se inicia el verdadero embellecimiento y la gran riqueza de Pérgamo, pues de aquella época datan los orígenes de su escuela artística, que se haría famosa en el mundo antiguo, y es asimismo en ese momento cuando tuvo lugar el inicio de la construcción de la biblioteca. Además, según cuenta la tradición, fue también en Pérgamo donde, en aquellos florecientes años, se inició el arte de la jardinería entre el mundo griego. Quizás a finales del siglo III a. C., la ciudad contaba ya con unos cuarenta mil habitantes en una superficie de ciento sesenta hectáreas.

Eumenes falleció en el 241 a. C., y fue sustituido por Átalo I, que se proclamó rey de Pérgamo y

convirtió a la ciudad en un auténtico centro artístico y literario, continuando con la labor que había iniciado su padre, para lo cual amplió la biblioteca, que ya en esta época podía albergar unas cien mil obras y era en ese momento la segunda en importancia del mundo helenístico después de la de Alejandría.

Átalo I se dedicó también a embellecer aún más la ciudad. Comenzó por dotarla, en primer lugar, de un nuevo cinturón amurallado que superó los límites de la ciudadela, pero que aún no se extendía por la parte baja del valle en torno al que Pérgamo se asentaba. Dentro de este recinto protegido mandó edificar un gran palacio que sirviera como residencia real. Dentro de ese mismo recinto mandó también construir un complejo de tres gimnasios, dedicados respectivamente a los *neoi* o ‘adultos’, *epheboi* o ‘adolescentes’ y a los *paides* o ‘niños’: un monumental conjunto de ciento cincuenta por treinta y seis metros, que dotó la imagen de la ciudad de un poderoso efecto escenográfico.

También mandó construir un templo llamado del Donante, donde se conservaba el original en bronce de la estatua del Galo moribundo, una de las obras escultóricas más famosas de la época helenística; un edificio termal y una *stoa* porticada, y además ordenó ampliar el templo de Deméter, que alcanzó unas dimensiones de cincuenta por cien metros, aproximadamente.

Átalo I murió en el año 197 a. C., y le sucedió el más importante de todos los reyes que hubo en Pérgamo, su hijo Eumenes II. Con él, la ciudad alcanzó el momento de mayor gloria, fama y monumentalidad durante la época helenística. Eumenes II favoreció el desarrollo del comercio y para ello construyó grandes almacenes que fueron utilizados para guardar las mercancías que llegaban a Pérgamo, lo que le permitió adquirir una considerable riqueza y con ella completar la muralla que había iniciado su padre por la parte baja de la acrópolis, para darle al recinto urbano una mayor seguridad ante posibles ataques enemigos, pues en aquella época Roma, que era su aliada, empezaba a poner su pie en Asia Menor.



Maqueta en la que se ha reconstruido la acrópolis de Pérgamo en su momento de máximo esplendor. El altar de Zeus es la construcción que puede observarse a la derecha de la misma.

Eumenes II empleó asimismo aquella riqueza en hacer de su ciudad una de las más bellas e importantes de su época, hasta el punto de que se calcula que a su muerte, en el 158 a. C., Pérgamo contaba ya con más de ciento sesenta mil habitantes y una superficie de unas trescientas cuarenta y cinco hectáreas. Así, terminó las obras del palacio que su padre había iniciado en la acrópolis, construyó el ágora inferior rodeándolo de tres *stoas* dóricas, y también un teatro, de treinta y ocho

metros de altura, con una capacidad para diez mil espectadores, en la ladera de una montaña que aún hoy continúa asombrando por lo escarpado de sus formas.

Eumenes II no solo destacó por los logros arquitectónicos durante su reinado, sino por haber favorecido la cultura y las artes. Con él siguió aumentando el esplendor de la gran biblioteca de Pérgamo, que quizás ya por esta época albergara más de doscientas mil obras en sus estanterías. Se cuenta que, preocupados por la competencia que esta le hacía a la de Alejandría, los soberanos Lágidas de Egipto tomaron la decisión de prohibir la exportación de papiro a Pérgamo, para que así no tuviesen este material en el que copiar nuevos libros. Pero esa misma tradición cuenta que fue Eumenes II (o con toda seguridad algún personaje de su época) el que inventó un nuevo soporte para la escritura, basado en el curtido y alisado de pieles de animales, al que se le conoce, por la adaptación al nombre de la ciudad donde se inventó, como el *pergamino*, que acabó sustituyendo al papiro como material en el que a partir de entonces se escribirían los libros.

El hijo de Átalo I también favoreció como hemos dicho el arte, y es que en su época la escuela artística de la ciudad alcanzará su momento culminante con la realización de una de las grandes obras que se llevaron a cabo en el mundo clásico, el famoso altar de Zeus, que hoy se conserva en el Museo de Pérgamo, que se encuentra en la Isla de los Museos, en la ciudad alemana de Berlín. El altar se construyó probablemente entre los años 172 y 165 a. C., tenía forma de U y unas dimensiones de treinta y siete por treinta y cinco metros. A continuación, entre el 165 y el 156 a. C. el escultor Fíromaxos creó el friso de la gigantomaquia de ciento trece metros de longitud y dos metros y treinta centímetros de altura, obra cumbre de la escultura helenística.

En aquel momento Pérgamo se dividía, desde un punto de vista urbano, según su grado de elevación sobre el nivel del mar, en tres partes. La parte baja de la ciudad, en las llanuras del río Selino, a unos treinta y cinco metros de altitud, todavía no había disfrutado del gran crecimiento que tendría lugar a continuación en época romana, pero sí albergaba ya el primitivo santuario del Asklepion, a unos tres kilómetros y medio del conjunto urbano, así como el ágora inferior con sus tres *stoas*. En segundo lugar, se encontraba lo que puede darse en llamar la ciudad a media altura de Pérgamo, en la que se ubicaba el gran complejo de los tres gimnasios, contruidos con un claro sentido escenográfico para quien los contemplara en tres terrazas distintas. En esa parte también se localizaba un complejo termal y se inició la construcción del *témenos* o ‘espacio sagrado’ de la basílica de Hera, que constaba también de una *stoa* y de una exedra; así como un pequeño estadio para unos ochocientos espectadores y el ya citado templo de Deméter. La acrópolis o parte más elevada era donde se concentraban los monumentos más importantes de la ciudad. Estaba rodeada por una poderosa muralla y en su interior se ubicaban el Heroon o palacio de los reyes de Pérgamo, el templo de Atenea Polias Niképhoros, el templo del Donante, la gran biblioteca, el teatro, el templo de Dionisos con una terraza de doscientos cincuenta metros de longitud, y la obra culmen de todo el conjunto, el altar de Zeus, cuya terraza ocupaba un espacio de setenta y siete por sesenta y nueve metros, al que se accedía mediante una monumental escalinata.

Cuando Eumenes II falleció en el 158 a. C., Pérgamo se encontraba en todo su esplendor, de manera que su sucesor, su hermano Átalo II, continuó con su obra, pero ya en menor medida, si bien se concluyó, durante su reinado, el *témenos* de Hera Basilea. A su muerte subió al trono Átalo III, que carente de descendencia dejó su reino en herencia al pueblo romano en el 133 a. C. Los romanos aceptaron encantados el legado y se dispusieron a acrecentarlo, favoreciendo el desarrollo de Pérgamo y la extensión de la ciudad por el valle del río Selino. La urbe había sufrido daños en

diversas guerras, como aquella durante la cual, en el 156 a. C., el rey Prusias de Bitinia destruyó el primitivo recinto del Asklepion, cuyas obras de reconstrucción se iniciaron diez años después, para ver cómo ya en esta época, en la de dominación romana, se intensificaban dirigidas por Hermógenes de Alabanda.

Los romanos dotaron a la ciudad de una magnífica red de abastecimiento de agua, pues a los cuatro acueductos que ya existían de la época helenística añadieron tres más, lo que representó una obra de ingeniería verdaderamente asombrosa, pues tuvieron que construir un enorme sifón que permitiera elevar el agua desde el valle, a ciento noventa metros de profundidad, hasta el recorrido original que tenía el nivel del acueducto. Para ello levantaron un sistema de cañerías de presión de tres kilómetros de longitud y de setenta centímetros de sección, con lo que Pérgamo se halló perfectamente abastecida de agua, proveniente de la zona de Geyikli Dag, a más de cien kilómetros, y de esa forma pudo ver crecer aún más su población.

A mediados del siglo I a. C., la biblioteca se hallaba en su momento de máximo esplendor, se calcula que podía albergar unos trescientos mil o incluso cuatrocientos mil libros, algo menos de la mitad que la de Alejandría. Pero cuando esta última ardió en el año 48 a. C. y el general romano Marco Antonio (como vimos cuando nos acercábamos al esplendor alejandrino), enamorado de la reina egipcia Cleopatra VII, decidió compensar a su amante regalándole el contenido de la de Pérgamo, este fue trasladado a la ciudad de Alejandría. La pérdida de la importancia cultural que hasta entonces había tenido Pérgamo en el mundo de su tiempo no se hizo esperar.

Pero la vida y el crecimiento de la ciudad no se detuvieron desde un punto de vista demográfico o urbano y así, en época de Augusto, se construyeron un nuevo gimnasio y un odeón. Pocos años después, entre el 54 y el 55 de nuestra era, San Pablo visitaba la ciudad en el curso de sus viajes, lo que propició que en el año 92 fuera elegido el primer obispo cristiano de la misma, de nombre Antipas.

A lo largo del siglo II d. C. la ciudad alcanzó su momento de máximo esplendor demográfico, superando probablemente los doscientos mil habitantes y extendiéndose por el valle del Selino. Es, en ese momento, cuando se construyen algunos de los edificios más importantes de la misma, el Traianeum o palacio del emperador Trajano, un témenos de sesenta y ocho por cincuenta y ocho metros que sustituye a un edificio helenístico anterior y que se ubica en el punto más alto de la acrópolis. Constaba de una gran riqueza decorativa y poseía dos estatuas colosales de los emperadores romanos. En la terraza inferior, unos diez metros más abajo, se encontraban los arsenales de la ciudad.

En este momento se construye también el Aula Roja, llamada así por estar realizada en mampostería de ladrillos rojos, consagrada al culto de Serapis, Isis y Harpócrates, estaba conectada al Asklepion mediante la vía de las Procesiones de unos ochocientos veinte metros de longitud y bordeada por pórticos de mármol de dieciocho metros de anchura.

El Asklepion se reconstruyó por tercera vez, hacia el año 150, con unas dimensiones colosales para un centro de salud, doscientos por ciento cincuenta metros. En este caso fue Cuspio Pactumeo Rufino, el hombre más rico de la ciudad, el que financió las obras. Poseía una amplia escalinata central y una gigantesca cúpula de veinticuatro metros de diámetro, con paredes de tres metros de espesor, todo el interior estaba revestido de excepcionales mármoles policromados. Junto a él se encontraba el Sebasteion o biblioteca, así como una galería subterránea de ochenta metros de longitud, que comunicaba el patio con un edificio circular dedicado a los tratamientos médicos, en él

se dice que recibieron atención emperadores como el propio Adriano, Marco Aurelio o Caracalla. Fue en este lugar donde estudió medicina uno de los médicos más famosos de la antigüedad y de todos los tiempos, Galeno, que había nacido en Pérgamo en el año 129. El Asklepion estaba dotado de una *stoa* con un patio porticado en mármol y poseía un teatro con capacidad para tres mil quinientas personas. Este centro médico fue, sin duda, el más famoso de la antigüedad y en él se ubicó la escuela de medicina más importante del mundo antiguo.

Pero a partir del siglo III todo el esplendor de Pérgamo comenzó a venirse abajo debido a problemas dentro del propio Imperio romano y a la competencia de otras ciudades comerciales como Petra y Palmira. Aun así, la visita de grandes personalidades, como el emperador Caracalla, permitió que se abordaran las últimas reconstrucciones importantes, como la del gran teatro o la del templo de Dionisos.

Pero en el año 253 la ciudad sufrió un gran terremoto que asoló el santuario de Esculapio y después del seísmo, Pérgamo ya no volvió a recuperarse más. De esa forma, en los siglos V y VI, los bizantinos transforman lo que quedaba del santuario en una basílica con un baptisterio y unos pórticos de ciento veintiocho metros, y con cuarenta y cinco columnas. También reconstruyen el teatro de tres mil quinientas localidades y reacondicionan los ochocientos veinte metros de la vía de las Procesiones, a la que denominan vía Tecta o vía Sacra. Durante esta época, Pérgamo es una sede episcopal. Pero entre los siglos VII y IX, Pérgamo sufre diferentes saqueos e incendios por parte de los árabes, sobre todo entre 716 y 717, cuando tomaron la ciudad destruyendo el santuario de Serapis y el templo de Adriano. Por ese motivo, durante los reinados de los emperadores León III y Constantino V, entre 717 y 775, se procedió al derribo de numerosos monumentos antiguos para poder utilizar sus materiales en la construcción de unas nuevas murallas. De esta forma se perdió, entre otros, el monumental altar de Zeus, que fue demolido para ser incorporado a la muralla sur de la acrópolis. Fue indiscutiblemente un acto de vandalismo inexcusable, pero también es probable que, de no haberse llevado a cabo, el altar hubiera acabado desapareciendo totalmente como pasó con el resto de los monumentos de la ciudad, ya que tras la conquista de los otomanos en el siglo XIII y el terrible saqueo a la que la sometieron las tropas de Tamerlán en 1402, la ciudad antigua prácticamente desapareció en su totalidad.

Sin embargo, cuando en 1879 una misión arqueológica alemana desmantelaba los muros de la acrópolis, se encontró en su interior los restos del altar, que fueron llevados a Berlín y, convenientemente restaurados, se conservan hoy para su admiración en el denominado Museo de Pérgamo de la capital alemana.

Bibliografía

- ASIMOV, Isaac. *Historia de los egipcios*. Madrid: Alianza, 1993.
- ASTON, Mick y TAYLOR, Tim. *Atlas de Arqueología*. Madrid: Acento, 1999.
- BARDET, Jean Pierre y DUPAQUIER, Jacques. *Historia de las poblaciones de Europa. Volumen I. De los orígenes a las premisas de la revolución demográfica*. Madrid: Síntesis, 2001.
- BARRACLOUGH, Geoffrey. *El mundo. Gran atlas de Historia*. Barcelona: Ebrisa, 1985.
- BENÉVOLO, Leonardo. *Los orígenes del urbanismo romano*. Madrid: Celeste, 1994.
- BIESTY, Stephen. *Roma vista por dentro*. Barcelona: RBA Molino, 2005.
- . *Grecia vista por dentro*. Barcelona: RBA Molino, 2006.
- BRAVO, Gonzalo. *Historia de la Roma Antigua*. Madrid: Alianza, 1998.
- BROWNING, I. *Petra*. Londres: Chatto & Windus, 1982.
- CANO FORRAT, Juan. *Introducción a la Historia del urbanismo*. México: Limusa, S.A. de C. V., 2008.
- CHANDLER, Tertius. *Four thousands years of urban growth. An historical census*. Saint Davis University, Lewiston, New York: Mellon Press, 1989.
- CHUECA GOITIA, Fernando. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza, 1998.
- CONNOLLY, Peter y DODGE, Hazel. *La ciudad antigua. La vida en la Atenas y Roma clásicas*. Madrid: Acento, 1999.
- CORNELL, Tim y MATTHEWS, John. *Atlas cultural de Roma. Legado de un imperio*. Barcelona: Óptima, 2000.
- DELFANTE, Charles. *Gran historia de la ciudad. De Mesopotamia a Estados Unidos*. Madrid: Abada, 2006.
- EL ABBADI, Mustafá. *La antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*. Madrid: Unesco, 1994.
- ELVIRA, Miguel Ángel. *La cultura helenística*. Cuadernos de Historia 16, número 247. Madrid,

1985.

- FORTE, Maurizio y SILIOLITTI, Alberto. *Arqueología. Paseos virtuales por las civilizaciones desaparecidas*. Madrid: Grijalbo Mondadori, 1996.
- FRANCHETTI, Vittorio. *Historia del urbanismo*. Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local, 1985.
- FRASER P. M. *Ptolemaic Alexandria*. Oxford: Clarendon Press, 1972.
- GALLEGO, Julián y GARCÍA MAC GAW, Carlos. *La ciudad en el Mediterráneo Antiguo*. Buenos Aires: Del Signo, 2007.
- GARCÍA RUEDA. *Las primeras ciudades*. Cuadernos de Historia 16, número 216. Madrid, 1985.
- GIRAITOLI, María Teresa y RAMBALDI, Simone. *Ciudades de la Antigüedad. Las grandes metrópolis del mundo antiguo*. Barcelona: Librería Universitaria, 2002.
- GRIMAL, Pierre. *Las ciudades romanas*. Barcelona: Oikos Tau, 1991.
- GROS, Pierre y TORELLI, Mario. *Historia del urbanismo. El mundo romano*. Roma: Laterza, 1988.
- HACQUARD, George. *Guía de la Roma Antigua*. Madrid: Centro de Lingüística Aplicada Atenea, 2003.
- HARPUR, James y WESTWOOD, Jennifer. *Atlas de lugares legendarios*. Madrid: Editorial Debate, 1991.
- HOMO, León. *Roma imperial y urbanismo en la antigüedad*. México: Uteha, 1976.
- LANGE, Kurt. *Pirámides, esfinges y faraones*. Barcelona: Destino, 1995.
- LARA, Federico. *Las siete maravillas*. Cuadernos de Historia 16. Número 228. Madrid, 1985.
- LAVEDAN, Pierre. *Historia del urbanismo*. París: Laurus, 1952.
- MACDONALD, Fiona. *Las ciudades a través del tiempo. Ciudadanos y civilizaciones*. Madrid: Anaya, 1994.
- MAYER, Marc y RODÁ, Isabel. *Ciudades antiguas del Mediterráneo*. Barcelona: Lunwerg, 1998.
- MÍNGUEZ, Dionisio. *Breve historia de la Antigua Grecia*. Madrid: Nowtilus, 2007.
- MODELSKI, George. *World cities -3000 to 2000*. Seattle: Faros, 2000, 2003.
- MORRIS, Anthony Edwind James. *Historia de la forma urbana, desde sus orígenes, hasta la Revolución Industrial*. Barcelona: Gustavo Gili, 1992.

MUMFORD, Lewis. *La ciudad en la Historia*. Buenos Aires: Infinito, 1979.

MUÑOZ, José María. *La ciudad como obra de arte: las claves del urbanismo en la antigua Grecia*. Madrid: Ediciones Clásicas, 1996.

OVERY, Richard. *Historia del mundo. The Times*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006.

PRITCHARD, James B. *Atlas de la Biblia. The Times*. Barcelona: Plaza y Janés, 1991.

ROMER, John y ROMER, Elizabeth. *Las Siete Maravillas del Mundo*. Barcelona: Del Serbal, 1996.

SAMBRICIO, Carlos. *La Historia urbana*. Madrid: Marcial Pons, 1996.

SCARRE, Chris. *Atlas de Arqueología. The Times. Mundos del pasado*. Barcelona: Plaza y Janés, 1990.

---. *Las setenta maravillas del mundo antiguo. Los grandes monumentos y cómo se construyeron*. Barcelona: Blume, 2001.

SICA, Paolo. *La Historia de la ciudad. De Esparta a Las Vegas*. Barcelona: Gustavo Gili, 1997.

SWERDLOW, Joel L. *Historia de tres ciudades. National Geographic, agosto 1999*. Barcelona: RBA, 1999.

WESTWOOD, Jennifer. *Atlas de lugares misteriosos*. Madrid: Editorial Debate, 1989.

WILKINSON, David. *The power configurations of the central civilisation/World system 1500-200 BC*. Chicago: Meeting of the International Studies, 2007.

BREVE HISTORIA de las...

CIUDADES DEL MUNDO CLÁSICO

Ángel Luis Vera Aranda

La fabulosa historia de las más importantes ciudades del mundo clásico y sus impresionantes monumentos arquitectónicos como el Partenón, el Coliseo, el templo del bosque de Dafne, el Palacio Blanco del rey sasánida Cosroes, el Faro de Alejandría, el Artemision, la gigantesca Avenida de las Columnatas,...

Alejandría, Atenas, Roma, Pérgamo, Antioquía, Petra, Seleucia... Acércate a la historia de las grandes ciudades del mundo clásico, su importancia, su evolución a lo largo del tiempo, sus monumentos, las causas de su decadencia y la pérdida de su legado durante la Edad Media.

Esta obra presenta la oportunidad de conocer los cambios y las transformaciones que experimentaron estas ciudades desde su surgimiento hasta su conversión en verdaderas metrópolis del mundo clásico. Además, ubicándolas dentro de la historia del urbanismo, nos permite valorar los aportes que hicieron a lo largo de la Historia.

Presenciamos las grandes maravillas del mundo antiguo como el Partenón, el Coliseo, el templo del bosque de Dafne, el Palacio Blanco del rey sasánida Cosroes, el Faro de Alejandría, el Artemision, la gigantesca Avenida de las Columnatas. También veremos el desarrollo político de estas ciudades, sus conflictos urbanos, sus personajes más destacados, los acontecimientos históricos en que se vieron implicadas, y los sucesos que las llevaron al declive final.

Ángel Luis Vera, con gran rigor y sencillez, logra presentarnos de forma seria y entretenida la fascinante historia de estas grandes y enigmáticas ciudades del mundo clásico.

BREVE HISTORIA

www.BreveHistoria.com

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temático y mucho más.